

A surreal landscape under a dramatic, cloudy sky. In the foreground, a dark grand piano sits on a grassy field. In the distance, a small figure of a person stands on a beach. The overall color palette is dominated by dark blues, greys, and a bright, hazy light from the sky.

NO MIRES ATRÁS, AMOR

MANUEL
NAVARRO SEVA



No mires atrás, amor

Manuel Navarro Seva

Título: No mires atrás, amor
Autor: Manuel Navarro Seva
Editor: Manuel Navarro Seva
Diseño de portada: Sara García

Primera edición: Julio 2017

© Manuel Navarro Seva, 2017

Rights Info: Safe Creative, código 1706302795963

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra a través de cualquier forma o medio sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todos los personajes que se describen en esta obra son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es casual.

A mi hijo Manu

Introducción

Una noche de primavera del año 1983 muere asesinada en su casa de Madrid la reconocida pianista Alicia Pardo, con treinta y ocho años y una trayectoria brillante en el mundo de la música clásica.

La investigación policial, a cargo de los inspectores Contreras y Moreno, se alarga sin resultados satisfactorios por la falta de pruebas concluyentes.

Julián, único hijo de Alicia, se empeña en averiguar cómo era su madre, qué secretos guardaba, quién la mató.

Mientras tanto, el asesino de Alicia vuelve a matar.

Una novela de intriga tejida con el crimen, la música, la literatura y el amor.

«La noche en que mi abuela murió, lo primero que hice fue alargar la mano y cerrarle suavemente los ojos. Mientras le bajaba los párpados, los sueños que ella había abrigado a lo largo de setenta y nueve años se esfumaron en silencio, sin dejar rastro, igual que las gotas de un aguacero de verano revientan contra el asfalto de la calle.»

Escucha la canción del viento

Haruki Murakami

Personajes por orden de aparición

Alicia Pardo:

Madre de Julián Soler. Pianista.

Julián Soler:

Hijo de Alicia Pardo y Fernando Soler.

Fernando Soler:

Esposo de Alicia y padre de Julián. Escritor y profesor de Lengua y Literatura en la Universidad Complutense de Madrid.

Beatriz:

Amiga íntima de Alicia desde la etapa escolar.

Mariana:

Empleada del hogar en casa de los Soler.

Don Gonzalo:

Psiquiatra. Amigo de la familia Pardo.

Amelia:

Esposa de don Gonzalo.

Javier Contreras:

Inspector de la Policía Judicial.

David Moreno:

Inspector de la Policía Judicial.

Ferrer:

Inspector jefe de grupo de la Policía Judicial.

Emilio Pardo:

Padre de Alicia Pardo y esposo de Eva. Violinista y director de orquesta.

Eva:

Madre de Alicia Pardo. Cantante de ópera.

Espinosa:

Comisario jefe de la Brigada Central de Policía Judicial.

Daniel Steiner:

Amigo y seguidor entusiasta de Alicia Pardo. Empresario.

Andrés Castro:

Compañero de estudios en el Real Conservatorio de Música de Madrid y amigo de Alicia Pardo.

Teresa Feijóo:

Exesposa de Andrés Castro. Maestra.

Rosa:

Tía de Andrés Castro.

Gertrude Hoffmann:

Amante de Fernando Soler. Estudiante de Lengua y Literatura, profesora de inglés.

Alberto:

Hermano menor de Fernando Soler.

Mercedes:

Abuela paterna de Julián.

El Rubio:

Compañero de estudios de Julián en la universidad.

Sofía:

Hermana gemela del Rubio.

Esteban:

Amigo íntimo de Sofía. Profesor de la Facultad de Ciencias Exactas.

Quique:

Camarero del bar cercano a las dependencias de la Brigada.

María Lagos:

Amiga del Rubio, Sofía y Julián. Estudiante de Filología Inglesa, escritora.

José María Uriarte:

Personaje de la primera novela de Fernando Soler, esposo de Nerea Aguirre.

Nerea Aguirre:

Personaje principal de la primera novela de Fernando Soler.

Capítulo 1. Seis dedos

Año 1973

Alicia Pardo se hallaba tendida en la cama del paritorio. Acababa de dar a luz y aún estaba recuperándose del efecto de la anestesia cuando preguntó a la enfermera si había sido niño o niña, y si su bebé estaba sano.

—Es un niño muy guapo. Pesa tres kilos ochocientos cincuenta gramos y mide cincuenta y un centímetros.

—Pero ¿está bien? —insistió.

—Sí, no se preocupe, está muy bien.

—¿Por qué no me lo han dejado ver aún?

—El pediatra lo está examinando. En cuanto acabe, se lo traeremos y podrá conocerlo, acariciarlo y darle el pecho. Descanse, ha sido un parto difícil y largo.

El médico, que había acudido al instante a la llamada de la matrona, se llevó el flequillo hacia atrás con un gesto inconsciente de la mano y se recolocó las gafas en la nariz con el dedo índice. Reconoció en silencio al recién nacido en una habitación anexa a la sala de partos.

Cuando hubo terminado de explorarlo, salió de la habitación y fue en busca del padre, quien aguardaba nervioso la noticia del alumbramiento en la sala de espera, fumándose un cigarrillo.

El doctor saludó a Fernando y le dijo:

—¡Enhorabuena! Ha tenido un niño de casi cuatro kilos.

—¿Mi mujer y el bebé están bien, doctor?

—Sí, sí, los dos están bien. Aunque debo comunicarle que su hijo ha nacido con una polidactilia.

—¿Una polidactilia?!

—Sí, una malformación congénita: tiene seis dedos en cada mano.

—¿Seis dedos?! ¿Por qué? ¿Cuál es la causa, doctor? —inquirió Fernando Soler abrumado por la noticia.

—Mire, se trata un tipo de alteración genética que puede producirse de manera espontánea, durante el desarrollo del embrión, en casi un cincuenta por ciento

de los casos, o transmitirse de padres a hijos en el otro cincuenta por ciento. No es un defecto tan raro, se da en uno de cada mil niños que vienen a este mundo.

Fernando movió la cabeza de izquierda a derecha sin lograr comprender por qué le había ocurrido una cosa así a su propio hijo.

—Supongo que se podrá solucionar mediante cirugía, ¿no, doctor?

—Por supuesto que sí, pero hay que tener en cuenta que los seis dedos de cada mano están perfectamente constituidos y, aunque hay solución quirúrgica para extirpar el sexto dedo, en principio no se la recomiendo por su complejidad y posibles secuelas para el resto de la mano. A su hijo no le causará ningún problema funcional.

Fernando asintió todavía turbado.

—Sin embargo, más adelante tendremos que someter al niño a unas pruebas médicas para descartar que existan otros problemas asociados con esta afección —añadió el médico.

—¿Qué otros problemas?

—Lo más probable es que se trate de una incidencia genética aislada cuyo único síntoma sea la polidactilia, pero puede haber alguna otra dolencia asociada a esta.

—¿Otra dolencia asociada? ¿Qué quiere decir?

—No se inquiete antes de tiempo. En el examen que le he practicado a su hijo no he observado ninguna otra malformación física. Lo más probable es que no encontremos nada. Sin embargo, debemos hacerle pruebas para descartar cualquier otra complicación que pudiera existir.

Fernando meneó la cabeza asintiendo y miró al doctor con expresión grave. Se despidió de él, encendió un cigarrillo, trató de serenarse y unos minutos después fue en busca de su mujer, que ya había sido trasladada a una habitación de planta.

Durante el tiempo que transcurrió desde el parto hasta que le llevaron a su bebé, Alicia imaginó que algo raro estaba sucediendo, no le parecía normal que aún no le hubieran dejado ver a su hijo.

Mientras el pediatra hablaba con Fernando, una enfermera entró en la habitación de Alicia con el niño en brazos, que no dejaba de llorar de hambre. Lo depositó con delicadeza en el regazo de su joven madre, y esta lo besó, le acarició la carita y acercó la boca del neonato a su pecho. Julián se agarró al pezón y comenzó a succionar con fuerza. Alicia nunca pensó que podría llegar a experimentar aquella intensa emoción y tanta ternura por su hijo.

De repente descubrió sus manos y comprobó que tenía seis dedos en cada una. Se los besó y prorrumpió en un llanto inconsolable. De su boca no podía salir ni una sola palabra, solo gemidos entrecortados. Fue entonces cuando notó cuánto le dolía todo el cuerpo.

Fernando llegó en ese momento a la habitación y besó a la madre y al niño. Felicitó a su mujer y trató de consolarla.

—¿Has hablado con el doctor? —le preguntó Alicia limpiándose las lágrimas de las mejillas con la mano.

Le dijo que sí y le contó lo que le había explicado el pediatra.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué mi hijo tiene seis dedos? ¿Por qué le ha ocurrido a él? —dijo Alicia, y volvió a llorar.

Fernando le cogió una mano y se la besó. A él también se le humedecieron los ojos.

Cuando el niño quedó satisfecho, dejó de mamar. Se durmió y Fernando lo tomó de los brazos de Alicia y lo colocó en la cuna para que ella descansara.

Al día siguiente los abuelos acudieron a la clínica a conocer al recién nacido. Las abuelas le entregaron a Alicia un precioso ramo de flores que Fernando colocó en agua en sendos recipientes que había pedido prestados a una enfermera. Alicia les explicó que Julián había nacido con seis dedos en cada mano antes de que ellos pudieran advertirlo.

Tres días después del parto les dieron el alta médica y regresaron a su casa, situada en el tercer piso de un edificio de la calle Francos Rodríguez, con la alegría de que todo había salido bien, aunque preocupados por el problema de las manos de Julián. Quedaba aún por saber si estaba afectado, o no, por alguna otra malformación. Pero Fernando no le había querido decir nada a su mujer sobre este asunto con tal de no preocuparla más de lo que ya estaba.

Alicia dedicaba el día y la noche al cuidado de su hijo. No lo perdía de vista ni un solo minuto, como si temiera que alguien se lo robara. Había comenzado a aceptar aquella particularidad con la que había nacido su hijo. Fernando también la había asumido. No obstante, ambos padres tenían el propósito de consultar más adelante otra opinión sobre los pros y los contras de someter a Julián a una operación para amputarle el dedo sobrante. Ahora era el momento de disfrutar del niño, que estaba precioso. Dormía como un bendito y mamaba con una fuerza inusitada. A Alicia se le habían agrietado los pezones, y le dolían cuando su hijo se agarraba a ellos, pero eso no era ningún problema en comparación con la felicidad que le proporcionaba el contemplar al pequeño chupando con ganas de su pecho. Lo alimentaba bajo demanda, sin importarle el dolor ni la hora que fuera, disponía de mucha leche. Fernando les hizo varias fotografías para perpetuar aquel momento tan especial.

Habían transcurrido unos meses cuando, un día, Fernando le comentó a Alicia que era preciso practicarle a Julián unas pruebas médicas.

—¿Unas pruebas? ¿Por qué? —dijo ella, arrugando el entrecejo.

—Para descartar otros posibles problemas asociados a su malformación.

—¿Qué otros problemas?

—No lo sé, Alicia. Es una cuestión preventiva. El doctor me dijo que lo más probable es que no encuentren nada, pero deben hacerle más pruebas.

—¿No me estarás ocultando nada?

—No. De verdad que no.

Capítulo 2. Una llamada telefónica anónima

Llevaron al niño al hospital y tras las pruebas exhaustivas que le practicaron, el especialista tranquilizó a los padres. Les dijo que no habían hallado ninguna otra malformación, y les aseguró que la polidactilia no tenía por qué influir negativamente en su desarrollo ni en la funcionalidad de sus manos.

Algún tiempo después Alicia recibió una llamada telefónica anónima que la inquietó sobremanera.

—¿Dígame?

—¡Hola! Así que has tenido un hijo. Estarás contenta.

Era una voz que Alicia no pudo reconocer. Una voz distorsionada, o desfigurada adrede, que podía pertenecer tanto a un hombre como a una mujer.

—Sí, claro que estoy contenta. Muy contenta. ¿Quién eres?

Silencio.

—Dime quién eres, por favor —preguntó de nuevo Alicia, suplicante.

Esperó la respuesta unos segundos, pero la voz deformada no le contestó. Ella podía oír la respiración al otro lado de la línea.

Se impacientó y dijo:

—Mira, si no te identificas voy a colgar.

—Pronto sabrás quién soy. Volveré a llamarte, no lo dudes —dijo la voz, y rio a carcajadas.

Alicia se quedó helada.

Aquella risa no era normal, era la risa de un loco, una risa esperpéntica, pensó.

Colgó y se mantuvo un rato observando el teléfono con miedo, como si esperara que volviera a sonar. Pero por fortuna no lo hizo.

Entró en su alcoba y comprobó que el niño dormía tranquilo en la cuna, succionando el chupete. Se sentó junto a él y lo observó prolongadamente.

La llamada la alarmó. El solo hecho de que le mencionara a su hijo la puso en guardia. También la inquietó el que la persona que había llamado no quisiera identificarse. Posiblemente no fuera más que uno de esos individuos que lo único que desea es molestar, o gastar una broma de mal gusto, o quizás algo peor, caviló.

«Estarás contenta», había dicho la voz.

¿Era un reproche o una afirmación sincera de felicitación? Más bien parecía lo primero, el tono que había utilizado era un tono severo.

Llamó a Fernando por teléfono a la facultad para contárselo.

Él trató de quitarle importancia, al notarla tan preocupada.

—No te alarmes, cariño. Puede que no sea más que un gracioso que quiere gastarnos una broma. Olvídate de ello.

—No sé, Fernando, no puedo, ¿y si fuera un chalado? ¿Y si quisiera hacerle daño a nuestro hijo? No me ha gustado nada cómo se reía.

—No, mujer. No pienses eso. Mira, si vuelve a llamar... Si insiste, avisaré a la policía para que intenten localizarlo.

Alicia colgó y trató de seguir el consejo que le había dado su esposo, pero tardó algún tiempo en olvidar aquella extraña llamada, aquella risa, y en dejar de temer que el teléfono volviera a sonar y fuera la voz misteriosa.

Se puso en contacto con su amiga Beatriz. Eran íntimas desde que estudiaron juntas el Bachillerato. Se lo contaban todo la una a la otra. No se veían tanto como les hubiera gustado, solo de manera esporádica se telefoneaban o quedaban unas horas para tomar café.

—Hola, Bea. Necesito hablar contigo.

—¿Te pasa algo? ¿Cómo está Julián?

—Está muy bien. Pero yo estoy preocupada con algo que me ha sucedido. ¿Puedes venir a verme esta tarde?

—Claro. Me paso por tu casa a eso de las seis y me invitas a un café. Pero ¿de qué se trata?

—Te lo diré esta tarde.

Alicia preparó el café y cuando llegó su amiga se abrazaron y la hizo pasar al salón. Se sentaron en el sofá a tomarlo. Le contó por qué estaba preocupada desde que había oído aquella extraña voz.

Beatriz le aconsejó que no le diera ninguna importancia a la llamada.

—Hay personas que no tienen otra cosa que hacer sino molestar a los demás. Oí en un programa de la televisión que lo hacen por ver cómo reacciona la gente y como una diversión.

—A mí es la primera vez que me ocurre una cosa así.

—Yo me olvidaría de ello, Alicia. Seguramente no volverá a llamarte.

—Pero ¿cómo ha sabido que he tenido un niño?

—No tengo la menor idea. No le des más vueltas. ¿Tu marido qué opina?

—Lo mismo que tú. Dice que si vuelve a llamar avisaremos a la policía.

Alicia se sintió mucho mejor después de hablar del tema con su amiga Beatriz. Luego se contaron algunas anécdotas recientes y cómo les iban las cosas. Se despidieron y quedaron en verse más a menudo.

El día después de encontrarse con su amiga buscó en su armario el chándal que solía usar para salir a correr antes de quedarse embarazada. Se lo probó y, aunque le estaba más estrecho, pudo embutírselo y pensó que debía tomarse en serio el hacer ejercicio. Tenía que recuperar la forma física y la silueta, pues había acumulado unos kilos de más. Buscó una camiseta de manga corta y una cinta elástica para colocársela alrededor de la cabeza. Se miró al espejo de cuerpo entero, fue a ver al niño, que dormía tranquilo, le dijo a Mariana que no tardaría en volver y salió a la calle.

Se dirigió caminando deprisa hacia el parque de la Dehesa de la Villa. Cuando iba corriendo presintió que alguien la seguía y la observaba desde hacía un buen rato. Volvió la cabeza y vio a varias personas que corrían detrás de ella por un sendero flanqueado de árboles.

Todo parecía normal.

Sin embargo, de pronto se acordó de la llamada telefónica que había recibido días atrás y se entristeció pensando que algo malo podía haberle ocurrido a Julián, al que había dejado al cuidado de su asistenta. Tenía que volver a casa enseguida, cerciorarse de que su hijo estaba allí y se encontraba bien.

Dio la vuelta y aumentó el ritmo y la longitud de la zancada hasta que se sintió a salvo en su casa y se aseguró de que Julián dormía plácidamente en su cuna. Preguntó a Mariana si había llamado a alguien. La asistenta le dijo que no.

Se duchó y se relajó oyendo música un rato.

Con todo, las llamadas molestas se repitieron de manera esporádica durante cierto tiempo. Alicia descolgaba ansiosa cada vez que sonaba el timbre del teléfono, esperando que no fuera la voz disimulada. A veces no decían nada al otro lado de la línea, como si el llamante solo deseara hacer saber que seguía pendiente de ella; otras veces sí hablaba para reprocharle el haber tenido un hijo.

Se sentía acosada y se alteraba cada vez que oía aquella voz.

No obstante, con el paso del tiempo, consiguió serenarse al comprobar que no ocurría nada, que el niño seguía creciendo, ajeno a cualquier peligro.

Fernando no consiguió oír la extraña voz nunca y llegó a pensar alguna vez que su mujer sufría un miedo irracional a perder a su hijo. No daba crédito a sus palabras cuando le hablaba de la voz amenazadora. Pensaba que su preocupación era exagerada. En todo caso, trataba siempre de quitarle importancia y de hacerle ver a ella que quien fuera el que trataba de asustarla, lo había conseguido, pero no era más que un hijo de puta que solo pretendía reírse de los demás usando el teléfono de forma anónima y cobarde para conseguir su propósito.

Pasado un tiempo las llamadas dejaron de producirse, y Alicia se olvidó del asunto, aun cuando, a veces, paseando con el niño en el cochecito por el parque, presentía que alguien la observaba desde lejos o la seguía.

Capítulo 3. Don Gonzalo

Año 1980

Julián creció igual que cualquier otro niño de su edad, pero era extremadamente tímido. Tanto que apenas hablaba. Pedía las cosas señalándolas con el índice y el brazo extendido, y contestaba con monosílabos o moviendo la cabeza para afirmar o negar cuando le preguntaban algo. Se escondía detrás de las faldas de su madre si ella se detenía un momento en la calle, o en la tienda, para saludar a algún conocido. Sus padres fingían a veces que no lo veían, esperando en vano que pronunciara el nombre de aquello que quería conseguir. Era capaz de renunciar a ello con tal de no pedirlo con la palabra.

Como sus padres estaban preocupados, recién cumplidos los siete años lo llevaron a un psiquiatra ya retirado, amigo de la familia, a ver qué se podía hacer para mejorar su comportamiento retraído.

La primera vez que fueron los tres en el coche a un pueblo de la sierra, su padre encontró la casa donde vivía el psiquiatra preguntando a un par de personas, las únicas que vieron deambular por la calle de un lugar desierto, que normalmente se llenaba, los fines de semana y en verano, de familias procedentes de la capital, que solían pasar allí unas vacaciones tranquilas y disfrutaban de temperaturas bastante más frescas que las de Madrid.

La casa del doctor era una vivienda grande, unifamiliar, con un hermoso jardín, y bonitas vistas de la sierra madrileña.

Hacía un día fresco y gris de otoño y las hierbas cubrían la montaña de un verde intenso. Las hojas de los árboles presentaban un colorido soberbio, variado, espectacular. Y el olor a humedad y a moho hacía pensar en un buen año de setas.

Una mujer les abrió la puerta y los hizo pasar a la casa. Por su atuendo y elegancia en los modales se adivinaba que no era una criada. Los condujo a los tres a una salita y les pidió que esperaran un momento que enseguida les recibiría el profesor.

Poco más tarde, cuando apareció el psiquiatra, supieron que aquella mujer era Amelia, su esposa.

Don Gonzalo, un hombre muy mayor de perilla blanca y cara de buena persona, los saludó a los tres, extendiendo la mano al padre para estrechársela, con

dos besos en la mejilla a la madre, y una caricia en la cabeza del niño, que bajó la mirada al suelo.

Tras unas palabras de bienvenida, quiso saber cómo estaban los abuelos maternos del niño, a los que conocía desde su juventud, y una vez completada la bienvenida y las saluciones, indicó a los padres que esperaran sentados en la salita; le pidió al niño que lo acompañara a su despacho, en el que había una mesa de escritorio con tres sillones tapizados en piel negra y un diván también de cuero negro. Desde un ventanal Julián pudo otear el jardín que rodeaba la casa, el césped cubierto de hojas secas, varios árboles de sombra entre los que destacaban un arce blanco, un castaño de indias, un plátano. Y una hermosísima panorámica de la sierra. Observó que las paredes de la estancia estaban atestadas de títulos académicos enmarcados y fotografías de hombres ilustres de semblante grave, barba poblada, o perilla como la que usaba el doctor.

Estaba nervioso e imaginó que el psiquiatra le haría tenderse en el diván para hacerle una exploración médica, pero en lugar de eso, con la mano extendida, le indicó con afabilidad que se sentara en uno de los sillones. Él se acomodó detrás de la mesa, lo miró sonriente a través de unas gafas de cristal grueso y le preguntó cómo se llamaba.

El niño contestó al punto, algo azorado aún:

—Julián.

—A mí puedes llamarme Gonzalo.

Estaban los dos solos en el despacho, el uno frente al otro, y el psiquiatra le preguntó qué quería merendar.

—Nada —dijo Julián sorprendido.

No obstante la negativa, llamó a su esposa haciendo sonar una campanilla que había sobre la mesa. Al instante entró la mujer, que era bastante más joven que él, a ver qué necesitaban. Llevaba un vestido estampado de hojas de colores diversos sobre fondo negro, muy acorde con la estación del año, y una rebeca granate sin abotonar.

El chico pensó que era una mujer muy guapa, alta y elegante, como su madre.

—Amelia, tráele al muchacho unas rosquillas de anís y un vaso de leche con azúcar, y a mí un descafeinado con leche, por favor.

La mujer del doctor dijo, mirando sonriente al niño, que en un momento lo traería todo, y salió del despacho.

Julián no dijo nada, pero cuando Amelia volvió con la merienda y la dejó sobre la mesa, tomó una rosquilla del plato, sin pedirla, y se la comió con apetito. Pensó que estaba verdaderamente buena, pero no lo dijo. Echó una cucharada de azúcar a la leche y, después de disolverla con la cucharilla, se la bebió de un solo trago. Cuando hubo acabado, con el dorso de la mano se limpió la boca.

Entretanto, don Gonzalo vertió un sobrecito de sacarina en el café, la disolvió con la cucharilla y se lo bebió a sorbos mientras observaba complacido al chico.

A continuación carraspeó un poco para aclararse la garganta, y le hizo algunas preguntas sencillas a las que Julián contestó de manera concisa.

—Me han dicho tus padres que tienes seis dedos en cada mano.

—Sí.

—¿Y eso te parece un problema?

—No.

—¿Sabes que pueden operarte para extirpar uno de los dedos?

—Sí. Me lo han dicho mis padres.

—¿Y tú qué opinas?

—No sé.

—¿Quieres mostrarme las manos?

Julián acercó el cuerpo, inclinándose hacia delante, extendió los brazos y posó las manos sobre la mesa, con las palmas hacia abajo. El psiquiatra las examinó con atención y le dijo que poseía unas manos muy bonitas con seis dedos perfectos.

El niño volvió a acomodarse en el sillón y embutió las manos en los bolsillos de su pantalón sin decir palabra alguna.

Después de un buen rato de charla el doctor llamó a los padres y a su esposa. Amelia acompañó al niño a la salita mientras el profesor se quedó en su despacho hablando con los progenitores. Les dijo que se lo llevaran a consulta una vez a la semana y que conseguiría que Julián venciera su timidez y aceptara su defecto. No era ningún problema grave. Regresaron a casa contentos de lo que acababa de comunicarles el psiquiatra. Julián esperó en silencio hasta que su padre se lo explicó en el coche, poco antes de llegar a Madrid.

La actitud de sus padres cambió desde aquel día. Ya no parecían tan preocupados como antes de efectuar la visita al profesor.

Mientras duró el tratamiento, más o menos un año, una vez por semana se dirigían en coche al pueblo de la sierra donde habitaba el psiquiatra. A veces, cuando Alicia estaba de gira dando un concierto o un recital de piano, lo acompañaba su padre, que lo aguardaba leyendo en la salita de espera mientras el profesor lo trataba. Aquellos viajes semanales crearon entre ambos, padre e hijo, un vínculo afectivo más profundo que el de la mera consanguinidad.

Con las visitas al viejo doctor, Julián mejoró de su exagerada timidez. Incluso llegó a pensar que tener seis dedos era un privilegio del que no disfrutaban los demás chicos de su entorno. Dejó de ser el muchacho tímido que no se comunicaba mediante el uso de la palabra, igual que hacía cualquier otro chico de su edad.

Sus padres decidieron no operarlo para extirparle los dedos extra, aun cuando Alicia era partidaria de la solución quirúrgica, pues quería que su hijo estudiara música como habían hecho ella y los abuelos, pero Fernando se negó. Se trataba de un caso no demasiado raro, pero después de sopesar los pros y los contras, el

matrimonio decidió no correr riesgos innecesarios hasta informarse adecuada y ampliamente de los posibles efectos secundarios que pudiera acarrear la cirugía en el funcionamiento de sus manos, además de las previsibles molestias del posoperatorio.

Capítulo 4. Un hecho inesperado

Año 1983

Una noche de la primavera del año 1983, cuando la carrera de Alicia Pardo estaba despegando imparable y era reconocida, por su trayectoria nacional y su proyección internacional, como una de las mejores intérpretes de Rachmaninov y Mozart, una bala truncó su vida.

Tenía treinta y ocho años. Su hijo contaba tan solo diez y se sentía muy unido a ella, pensaba que era la persona que mejor lo comprendía y más lo amaba.

Este hecho inesperado y trágico lo sumió en un estado de melancolía que tardó en superar. Fue un golpe demasiado duro para toda la familia, pero, en especial, para él. La falta de su madre le produjo un vacío profundo, difícil de llenar.

Lo único que supo Julián en aquellos días de luto, que pasó con sus abuelos maternos en La Moraleja, fue que Mariana encontró a Alicia sin vida, tendida en el suelo de la alcoba matrimonial.

El día de la muerte de Alicia, Fernando Soler asistía a un congreso sobre literatura latinoamericana en la Universidad de Salamanca. Un congreso internacional que fue anunciado en todos los medios de comunicación.

Había sido invitado no solo por su condición de catedrático de Lengua y Literatura de la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid, sino también como escritor que había recibido excelentes críticas por su primera novela publicada.

Esa tarde Alicia había llevado a Julián a La Moraleja para dejarlo a dormir con sus padres, pues tenía una cena con unas amigas íntimas, y Mariana no podía quedarse con él esa noche, se encontraba indispuesta.

Alicia salió a cenar y después fue con sus amigas a tomar una copa. Volvió muy tarde a casa, se dirigió a su habitación, encendió la luz de la lámpara del techo, se desnudó, tarareando la melodía de la sonata *Claro de Luna* de Beethoven, y entró en el cuarto de baño. Se observó en el espejo unos segundos y le gustó lo que este reflejaba: un cuerpo aún joven y hermoso. Estaba feliz, había disfrutado mucho de la cena y de las amigas, con las que se veía de manera muy esporádica debido a su trabajo.

Cuando terminó de asearse, regresó a la habitación y reparó en la presencia de una persona que se encontraba esperándola de pie en el centro de la alcoba.

Sintió un escalofrío.

Lo primero que detectaron sus ojos fue la pistola con la que aquel individuo le apuntaba. Su cerebro recibió la alarma de peligro inminente y lanzó una orden a todo su cuerpo. Alicia notó que el corazón le trepaba hasta la garganta, extendió el brazo con la mano abierta para protegerse del arma y dio un paso hacia atrás.

En ese instante no pensó en quién podría ser el portador de la pistola, ni si era un hombre o una mujer, no se dio cuenta de que llevaba la cara cubierta con un pasamontañas negro. Tampoco supo que el arma era una Super Star del calibre nueve mm Parabellum, de fabricación española. Solo percibió que aquella persona que se hallaba frente a ella empuñaba una pistola que la amenazaba.

Alicia estaba muy asustada, pero no pudo huir. Se quedó paralizada, inmóvil como una imagen congelada de vídeo, y fue entonces cuando se percató de que era un hombre que usaba un pasamontañas, y se preguntó quién podría ser, cómo habría entrado en la casa, por qué estaba frente a ella encañonándola con la pistola y, de pronto, comprendió cabalmente que aquel individuo iba a dispararle.

Trató de mantener la calma y con un hilo de voz masculló:

—¿Qué quieres?

No recibió respuesta. Y volvió a preguntar:

—¿Quién eres?

El hombre percibió en las preguntas de Alicia y en el balbuceo con que pronunció las palabras el miedo que sentía. Tenía sometida a su víctima, ejercía un poder total sobre ella y decidió que era el momento de apretar el gatillo. Momento que había preparado con escrupulosidad y paciencia.

Alicia recibió como única respuesta a sus dos preguntas una bala en la frente.

Ni un saludo, ni un reproche, ni un gesto, ni siquiera un adiós. Nada. Aquel desconocido no pronunció palabra alguna.

Alicia oyó la detonación ligeramente amortiguada por un cojín y notó el impacto de la bala en su cabeza. Se desplomó en el suelo sin sentido. No experimentó el más mínimo dolor, aun cuando su corazón aún palpitaba débilmente en su pecho.

No tuvo tiempo de pensar en nada.

No pudo evocar lo que había sido su vida, ni arrepentirse de sus errores, ni tuvo tiempo de preocuparse de qué sería de su hijo a partir de ese momento, ni qué haría Fernando sin ella, ni si la echarían de menos.

Se marchó de este mundo sin despedirse de sus seres queridos, sin saber quién le había disparado aquella bala asesina, ni por qué la había elegido a ella.

No tuvo tiempo de preguntarse si había sido víctima de un error, si era otra mujer la que debía haber muerto y no ella.

Si había sido un error o no, ahora ya no tenía ninguna importancia para ella. Los muertos no necesitan respuestas, los vivos sí.

Capítulo 5. El cuerpo tendido en el suelo

Al día siguiente Mariana encontró a Alicia tendida en el suelo de la alcoba de matrimonio. No presentaba signo alguno de violencia en el cuerpo, excepto la cara ensangrentada y el orificio en la frente, por donde la bala habría entrado en su cerebro.

El dormitorio estaba desordenado. Mariana supuso que el asesino había estado buscando algo. También vio que en el suelo se hallaban el billetero abierto de Alicia y un cojín agujereado y chamuscado. Salió llorando a toda prisa de la habitación sin tocar nada y dando por hecho que Alicia estaba muerta.

Aún impresionada y nerviosa, sin poder dejar de llorar, llamó inmediatamente por teléfono a Fernando Soler, que estaba en ese momento participando, en calidad de ponente, en una mesa redonda sobre la novela latinoamericana del siglo XX, en el salón de actos de la Universidad de Salamanca, como parte del programa del IV Congreso Internacional de Literatura Latinoamericana.

Lo avisaron ante la obstinación de la asistenta y salió de la sala refunfuñando para atender el teléfono.

—¿Qué quieres? —dijo, molesto por la interrupción.

—¡Dios mío!, ha ocurrido algo terrible —dijo Mariana, y le explicó, balbuciendo, lo que acababa de descubrir en la alcoba.

Al oír la trágica noticia, Fernando tardó unos segundos en reaccionar, y dijo:

—¡No puede ser! ¿Me estás diciendo que Alicia está muerta? ¿Que alguien le ha disparado en la cabeza?

—Sí, don Fernando.

—No puedo creerlo. ¿Cómo ha sucedido?

—No lo sé. Solo puedo contarle lo que he visto al llegar esta mañana.

—¿Y Julián? ¿Se lo has dicho a Julián?

—No. Solo le he llamado a usted.

—¿No has avisado a la policía?

—Aún no.

—Pues llama y no toques nada de la habitación. Enseguida voy para allá.

Fernando volvió a la sala de conferencias. Pidió disculpas al público asistente y a los organizadores de la convención y se despidió. Pasó por su hotel, metió sus cosas en la maleta y, a continuación, regresó a Madrid en su coche.

Después de llamar al 091, Mariana se preguntó cómo habría entrado el presunto asesino, y posible ladrón, en la casa, y comprobó que la cerradura de la puerta no había sido forzada, sino abierta, «seguramente por alguien que tenía una copia de la llave», se dijo a sí misma.

Un coche patrulla de la Policía Nacional acudió a la dirección del paseo del Pintor Rosales, donde vivía el matrimonio y su hijo. Dos agentes subieron al piso, hablaron con Mariana del motivo de su llamada y a continuación informaron por teléfono al juez de guardia y a la Policía Judicial.

Los inspectores Javier Contreras y David Moreno se presentaron una media hora después en el domicilio de la víctima, realizaron una inspección preliminar del escenario del crimen, y dejaron todo tal como lo habían hallado para que sus compañeros de la científica pudieran hacer correctamente su trabajo.

El juez llegó con el médico forense poco después que los inspectores, quienes lo pusieron al corriente.

Contreras avisó a la Policía Científica.

El forense examinó el cadáver. Le pareció claro cuál había sido la causa de la muerte. Y comprobó que no había indicios de violación ni otro tipo de violencia física.

Más tarde acudieron varios funcionarios de policía para inspeccionar el escenario del crimen. Rastrearón la alcoba, donde estaba tendido el cuerpo de Alicia, buscaron huellas en el pasillo y en la puerta de entrada, cuya cerradura presentaba signos de haber sido manipulada con una ganzúa o una llave de tensión. Tomaron muestras de sangre y de ropa, y encontraron el casquillo del único cartucho que había sido disparado contra Alicia, además de varios cabellos en la alfombra y el cojín que presuntamente habría sido usado por el asesino para amortiguar el sonido del disparo. Levantaron huellas dactilares utilizando polvos de talco y una brocha, hicieron fotografías, y buscaron cualquier otro indicio que pudiera convertirse en una prueba inculpatória. Metieron cada una de las muestras en una bolsa de plástico, las etiquetaron todas, y se las llevaron al laboratorio para realizar los análisis técnicos habituales.

Los inspectores Contreras y Moreno interrogaron a Mariana y a los vecinos del edificio. Nadie había visto ni escuchado nada extraño esa noche, salvo uno de los inquilinos que mencionó haber oído una detonación, pero dijo que no pensó que se tratara de un disparo y siguió durmiendo.

Alicia era una persona admirada en la vecindad no solo debido a su dedicación a la música y a su éxito, sino además porque muchos conocían a Julián y estaban al corriente de la singularidad de sus manos. Con todo, aparte de hacerse notar por el sonido del Steinway durante varias horas al día, ella pasaba bastante desapercibida. Mariana era quien se ocupaba de la compra y solía llevar a jugar al niño al parque del Oeste o a montar en bicicleta por la acera ancha del paseo del Pintor Rosales.

Julián no había ido al colegio el día en que asesinaron a su madre. Esa tarde Fernando fue a verlo a casa de los abuelos y le comunicó la trágica noticia, le dijo que debía permanecer con ellos unos días hasta que todo se normalizara. También fue él quien le explicó que Mariana había hallado a su madre en la alcoba, lo había llamado a él por teléfono a Salamanca y había avisado después a la policía. Omitió algunos detalles desagradables tales como el disparo en la cabeza y la sangre para ahorrarle a su hijo una pena mayor de la que ya soportaba.

El niño no pudo decir nada, ni siquiera lloró en ese momento. Nunca había imaginado que su madre pudiera morir, y menos aún desaparecer de su vida de esa manera tan inesperada. Sin embargo, constató rápidamente que nunca más podría volver a verla, nunca más podría contarle sus secretos, sus temores, nunca más sentiría su presencia junto a la cama por las noches cuando acudía a su cuarto a arroparlo y darle un beso, nunca más volvería a oírla tocar el piano en la casa, no volvería a verla sonreír, ni oír su voz.

A partir de aquel día solo podría recordarla.

Transcurridos unos instantes desde que su padre le dio la luctuosa noticia, el abuelo Emilio lo abrazó. Acto seguido la abuela Eva se acercó a él y lo abrazó también con ternura. Ambos rompieron a llorar y Julián no paró de hacerlo hasta que esa noche consiguió dormirse, acompañado por la abuela, que no se marchó a su cama hasta que el niño se hubo tranquilizado y se durmió.

En esos días no dejaba de pensar que nunca podría olvidar que habían asesinado a su madre. Especulaba con la idea de que podía tratarse de un error, que no era ella la que debía morir, sino otra. Y deseaba con todas sus fuerzas que quien lo había hecho pagara con su propia vida. No sabía aún que, por regla general, el paso del tiempo se ocupa de eclipsar lentamente los recuerdos tristes, y solo retiene en la memoria los momentos felices que pasamos al lado de nuestros seres queridos.

El niño se quedó unos días a vivir en casa de los abuelos, en La Moraleja, hasta que su padre lo recogió y llevó de nuevo a casa, en el paseo del Pintor Rosales.

Al entrar en su habitación observó largamente las fotos de su madre y se enjugó los ojos llorosos con las manos.

Durante el tiempo que duró su estancia en La Moraleja se entretuvieron escuchando música clásica en el estéreo a todas horas, sin ganas de hacer otra cosa. Oían reiteradamente uno de los vinilos que había grabado Alicia, el *Concierto n.º 21 para Piano* de Mozart. Julián se lo aprendió de memoria.

Su abuela, que solía cantar en la cocina, en el baño, en su habitación..., dejó de hacerlo durante esos días de luto, y el abuelo no sacó el violín de su estuche ni siquiera un momento. Él pasaba muchas horas viendo la televisión, o preguntándose por qué habían matado a su madre, por qué le habían disparado.

«Por qué le ha ocurrido a ella y no a otra», se repetía sin descanso.

Algún tiempo después, Fernando, advirtiendo que su hijo se había encerrado en sí mismo, decidió llevarlo a la consulta de don Gonzalo, que lo trató igual que la primera vez, con mucho afecto e inteligencia. Después de varios meses consiguió que volviera a ser como era antes de perder a su madre, un chico tímido pero normal, aunque no logró que olvidara que ella había desaparecido de su vida de manera permanente.

Uno de aquellos días Mariana le contaría a Julián la horrible impresión que se llevó al hallar el cuerpo sin vida de Alicia en el suelo del dormitorio.

Capítulo 6. Mariana

Mariana había estado cuidando a personas mayores dependientes, enfermas de alzhéimer o con demencia senil, hasta entrar como asistenta en casa de Fernando y Alicia, en la calle Francos Rodríguez, poco después de que naciera Julián.

A pesar de que cuidar a enfermos dependientes era un trabajo muy duro, decía ella, les cogía cariño enseguida y sentía una pena intensa cuando se marchaban al otro mundo, en el que ella creía. Entonces, al quedarse sin trabajo, recogía sus escasas pertenencias y volvía a ofrecerse como empleada del hogar, o cuidadora, a través de una agencia de colocación, o poniendo anuncios en supermercados y en el tablón de la parroquia. Tenía excelentes referencias de trabajo, decían de ella sus anteriores patronos que era muy cariñosa, alegre, eficaz y honrada.

Era una mujer de algo menos de cincuenta años. Creyente, católica practicante. De buen aspecto, fuerte, pero no gruesa, de altura media y cabello teñido de castaño oscuro, que solía llevar recogido detrás en un moño. Cuando se lo soltaba parecía mucho más joven y guapa. No podía afirmarse que fuera atractiva, pero siempre llevaba la ropa limpia, nunca olía mal, se depilaba las piernas con una cuchilla de afeitar y, aunque era menos elegante y agraciada que Alicia, a Julián le recordaba mucho a su madre, no entendía por qué, quizás por el cariño que Mariana le tenía, o porque sabía escucharlo y aconsejarle con cordura cuando él le contaba sus miedos e inquietudes.

Mariana poseía una mente despierta y bastante buen juicio.

Había enviudado joven, a los cinco años de casarse. Su marido había muerto en un accidente de circulación. Conducía una Vespa cuando lo golpeó un coche en la avenida de la Albufera de Madrid mientras se dirigía a su trabajo, en una fábrica de material telefónico del extrarradio. Fue un accidente tonto que podía haber quedado en nada, pero el golpe que se dio en la cabeza con el asfalto le produjo un hematoma interno que fue creciendo lenta e inadvertidamente hasta que acabó con su vida.

Le había contado a Julián en numerosas ocasiones cómo había ocurrido el accidente y qué había pasado después, y su versión variaba ligeramente de una vez a otra. Añadía algún detalle nuevo al relato, como, por ejemplo, la mezquina indemnización que había recibido del seguro o el largo tiempo que había tardado en cobrarla.

Decía de su marido que era un buen hombre y que la trataba como a una señora. No llegaron a tener descendencia, no porque no la buscaran, sino porque «Dios no nos la concedió».

La pensión de viudedad que le asignó la Seguridad Social era insuficiente para pagar siquiera las letras de la hipoteca del piso que habían comprado, poco antes de casarse, en el barrio del Puente de Vallecas, así que decidió ponerse a servir. No tenía estudios para dedicarse a otra actividad. Sí poseía, sin embargo, una admirable inteligencia práctica para desenvolverse con cautela en el mundo en que le había tocado vivir, y tenía mucho sentido común.

Poco después de morir Alicia, Fernando Soler decidió proponerle que se quedara a dormir en la casa en calidad de empleada interna del hogar a cambio de un aumento razonable de su salario. Ella aceptó encantada, por una parte, porque le había tomado cariño a Julián y, por otra, porque necesitaba más dinero y no tenía nada mejor que hacer. Ni siquiera debía cuidar de sus padres que ya no vivían.

Por las tardes, una vez terminadas las tareas domésticas, se sentaba con Julián en el diván frente al televisor, en espera de que llegara don Fernando. Le cogía las manos al niño y contaba sus dedos dándole a cada uno su propio nombre, pulgar, índice..., hasta llegar al sexto al que llamaba el Extra, y bromeaba para quitarle importancia al hecho de tener seis dedos. Después se las masajeaba con aceite de caléndula, que compraba en un herbolario del barrio de Argüelles, para evitar que se le irritaran con el frío, mientras le decía que era un niño muy guapo y el más listo de todos los niños que había conocido nunca.

En esa época Julián se despertaba por la noche llorando y llamando a su madre. Sufría pesadillas recurrentes que tenían como protagonista a Alicia. Esta aparecía al final de un pasillo, un pasillo angosto y largo, interminable, y lo llamaba a voces: «¡Julián, ven, ven a darme un beso!». Él intentaba acercarse a ella, corriendo tanto como se lo permitían sus piernas, pero nunca lo conseguía por más de prisa que corriera, parecía que el pasillo se alargara y no se acabara nunca. Cuando al fin estaba a punto de lograrlo, su madre se desvanecía igual que el humo se desvanece en el aire.

Fernando se levantaba e iba a su cuarto a ver por qué lloraba, se quedaba con él un buen rato y le contaba un cuento hasta que conseguía que su hijo se durmiera de nuevo. Como tenía que madrugar para ponerse a trabajar en su novela antes acudir a impartir sus clases, y necesitaba dormir bien, decidió pedirle a Mariana que se mudara a la habitación pequeña, enfrente de la que ocupaba Julián. Así, cuando ella lo oía llorar, iba a ver qué le ocurría, le daba un trago de agua y se acostaba a su lado; le hablaba en voz queda, lo abrazaba, le acariciaba la cabeza y le agarraba las manos con suavidad hasta que el niño se tranquilizaba y se volvía a dormir.

Con el paso del tiempo las pesadillas de Julián desaparecieron, pero Mariana siguió acudiendo a su habitación a ver si todo iba bien. Si estaba dormido, apagaba la luz y se retiraba a su cuarto, pero si lo encontraba despierto aún e inquieto, entraba y le preguntaba:

—¿Qué te pasa, hijo? ¿Necesitas algo?

—Sí, que te quedes conmigo un rato. No puedo dormir.

Ella se sentaba en el borde de la cama y le contaba una historia hasta que él se dormía.

Una de aquellas noches, antes de que el sueño lo dominara, Mariana tocó con los nudillos en la puerta de su habitación. Julián le pidió que pasara, que se sentara en la cama y le diera más detalles de la muerte de su madre. Ella le dijo que no pensara más en ese asunto, pero Julián no podía quitarse la imagen, que perduraba en su recuerdo, de su madre tendida en el suelo con un agujero de bala en la frente, y necesitaba saber más, mucho más.

Así que él insistió:

—¿Qué hiciste aquella mañana después de llegar a casa?

—Hice lo que solía hacer cuando entraba: recoger la cocina —aunque ese día no había mucho que recoger— y preparar el café. Desayuné tranquilamente, más tarde puse la lavadora, y como tú no estabas, pues tu madre te había dejado con tus abuelos, esa mañana no tuve que llevarte al colegio.

—¿No echaste de menos a mi madre?

—Sí. Ella solía levantarse antes de que tú terminaras de desayunar. Se despedía de ti, te daba un beso y te deseaba un buen día. Luego desayunaba ella, se aseaba y se iba a su estudio a tocar el piano. Qué bien tocaba tu madre el piano, daba gusto oírla. Pero la noche anterior había salido a cenar y pensé que debió de volver muy tarde, así que decidí dejarla descansar un poco más y continué con mis tareas.

—¿Con quién había salido a cenar mi madre?

—Me dijo que con Beatriz, una compañera de estudios, y otras tres o cuatro amigas. Iban a celebrar el cumpleaños de una de ellas.

—¿Y después qué hiciste?

—Serían las nueve y media cuando decidí al fin entrar en su alcoba y despertarla. Levanté la persiana con suavidad y la luz inundó la habitación poco a poco. Miré la cama y me di cuenta de que estaba vacía, sin deshacer aún. Así que pensé que no había vuelto, me volví para marcharme de allí y me la encontré tendida en el suelo, cerca del cuarto de baño. ¡Dios mío! ¡Qué temblor me entró! No supe qué hacer, me asusté tanto... Ni siquiera me acerqué a ella para tomarle el pulso y comprobar si aún vivía. Estaba segura de que había muerto. Salí de la alcoba corriendo, como si hubiera visto al mismo diablo, a llamar a tu padre por teléfono. No quise decir nada a tus abuelos, pensé que era mejor que los avisara tu padre cuando llegara a la casa. Poco después marqué el número de la policía tal como me había ordenado tu padre.

»La policía no tardó en llegar. Me preguntaron qué había ocurrido y yo les conté cómo había encontrado a tu madre en su habitación. Más tarde llegaron otros dos policías: un tal inspector Contreras y otro que se presentó como inspector Moreno. El inspector Contreras, un hombre guapo, de esos que saben seducir a las señoras, de bigote espeso y largo que le cubría por completo el labio superior y le caía por los lados tapándole las comisuras de los labios, con gafas de cristales

oscuros, que se quitó y guardó en el bolsillo superior de la chaqueta, lo primero que hizo fue entrar en la habitación de tus padres y mirarlo todo de arriba abajo. Después se dirigió a la cocina y rebuscó en el cubo de la basura, no sé qué esperaba encontrar allí. Yo iba detrás de él por si necesitaba algo y para ver qué hacía.

Julián asentía y miraba a Mariana con la boca abierta. Ella continuó:

—El inspector Moreno, algo más joven que el inspector Contreras y menos guapo que él, sacó fotos del cuerpo de tu madre, que en paz descanse, de la habitación desordenada, de la cerradura de la puerta de entrada. Hizo fotos de todo. A continuación el inspector Contreras se acercó a mí y me hizo un montón de preguntas, mientras esperaba la llegada del juez.

—¿Qué clase de preguntas te hizo el inspector Contreras?

—Me preguntó con quién se relacionaba tu madre, qué ocupación tenía, a qué hora había vuelto esa noche a casa, con quién había salido y si vino sola o acompañada, dónde estaba tu padre... En fin, no recuerdo qué más me preguntó. Fueron muchas las preguntas que me hizo, y se repetía, una y otra vez, quizás para asegurarse de que yo decía la verdad o no me contradecía. Le conté todo lo que yo sabía con pelos y señales, lo que no sabía no me lo iba a inventar por mucho que él insistiera. Ese hombre conoce bien su oficio y sabe cómo hacer las preguntas para que no le ocultes nada.

»Él y su compañero tomaron notas en sus cuadernos. Al terminar de interrogarme me miró como si estuviera pensando qué otra cosa quería preguntarme y no se acordara de qué era, y después se fue a saludar al juez, que acababa de llegar con el forense. Estuvieron hablando un buen rato los cuatro. Yo estuve observándolos, y pendiente de ellos por si necesitaban algo más de mí.

Julián mantenía los ojos bien abiertos, escuchando la narración. Mariana, después de suspirar profundamente, siguió:

—Cuando terminaron de hablar, el inspector Contreras se me acercó y me pidió que lo llamara si recordaba algo extraño o echaba en falta alguna cosa en la habitación de tu madre o en el resto de la casa. Yo me quedé pensando si había algo más que contar pero en aquel momento no se me ocurrió nada.

—¿Y faltaba algo en el cuarto de mi madre?

—Cuando encontré a tu madre no se me ocurrió mirarlo todo a ver si faltaba alguna cosa. La habitación estaba desordenada y su monedero abierto, pero salí de allí como alma que lleva el diablo. Luego ya no me dejaron entrar en la habitación, y cuando al fin se marcharon los policías, volví, lo miré todo y no eché en falta nada.

Julián movió la cabeza y Mariana prosiguió con el relato:

—El forense examinó el cuerpo de tu madre y minutos después llegaron más policías para buscar huellas, sacar más fotos y todo eso. Cuando llegó tu padre, se le veía muy cansado, como si no hubiera dormido bien esa noche. Entró en la habitación y al ver el cuerpo de tu madre tendido en el suelo se puso pálido. Intentó acercarse a ella pero los agentes de policía se lo impidieron.

»Salió de la habitación llorando. Le hice una infusión de tila y se la llevé al salón. Lo puse al corriente de todo lo que me habían preguntado los inspectores y lo que habían estado haciendo. Se tomó la infusión a sorbos y se retiró a su estudio.

—¿Y no le hicieron preguntas a mi padre?

—No. Debieron pensar que estaba muy afectado. Cuando dieron por terminada la faena, el juez ordenó el levantamiento del cadáver y mandó trasladarlo al Instituto Anatómico Forense. Así que lo metieron en una bolsa de plástico con cremallera y se lo llevaron en un furgón policial. ¡Dios mío! Qué pesadumbre sentí en ese momento.

—¿Al Instituto Anatómico Forense?

—Sí, hijo, ese lugar donde hacen las autopsias.

—¿Para qué?

—Por razones legales. La ordena el juez cuando ha habido un crimen para saber de qué murió la víctima y a qué hora, si hubo algún tipo de violencia, y todas esas cosas. Yo lo he visto en el cine. Siempre que ha habido una muerte violenta la tienen que hacer. Es lo que manda la ley y la lógica.

—¿Y mi padre qué hizo?

—Lo llamaron antes de marcharse para despedirse de él, salió de su despacho y se fue con ellos. Volvió unas horas después. Le pregunté si quería tomar algo y me dijo que no. Esa noche se acostó en la habitación de invitados y permaneció allí todo el día siguiente, sin salir. Le llevé una bandeja con comida, pero no tomó nada, ni un bocado, solo bebió agua y una manzanilla que me pidió.

Julián asintió y miró a Mariana, esperando que le contara más detalles. Luego ambos se quedaron un rato en silencio. Al cabo, Mariana le dijo:

—Anda, duérmete ya y no pienses más en ello. Mañana tienes que madrugar para ir al colegio.

Mariana le dio un beso y salió de su cuarto.

Julián no podía entender por qué su madre había muerto de esa manera tan inesperada y trágica, siendo como era una persona tan cariñosa y amable.

«¿Quién la mató? ¿Por qué? ¿Acaso fue un ladrón? Si lo fue, ¿qué se llevó?», se preguntó.

Y también se preguntó de nuevo por qué habían matado a su madre y no a otra. Tardó en conciliar el sueño después de que Mariana saliera de su dormitorio. Pensó que debía preguntarle a su padre, y con esa idea se durmió aquella noche.

Capítulo 7. Bala de nueve mm

El Comisario Espinosa leyó el informe preliminar de la autopsia, que acababan de entregarle. En él se señalaban la causa y la hora probable —entre las dos y las tres de la madrugada— de la muerte de Alicia Pardo, producida por un disparo en la cabeza, así como el estado de las partes del cuerpo examinadas. No se había encontrado ningún otro signo de violencia en el cadáver.

También disponía el comisario del informe de balística en el que se indicaba que, tras los análisis de la vaina encontrada en el lugar del crimen y del proyectil extraído de la cabeza de Alicia Pardo, el tipo de arma que habría usado el asesino era una pistola Super Star del calibre nueve mm Parabellum.

Después de leer ambos informes, el comisario llamó a su despacho a los inspectores que llevaban el caso y al jefe de grupo, el inspector Ferrer. Le entregó los dos documentos al inspector Contreras y preguntó:

—¿Habéis encontrado el arma?

—No, comisario, el asesino debió de llevársela y probablemente la hizo desaparecer. Estamos buscándola en las inmediaciones del lugar del crimen —respondió Contreras.

—Hay que encontrarla como sea. Nos podría llevar a conocer quién es su dueño.

—En eso estamos, comisario, pero es como buscar una aguja en un pajar. De todas formas, aunque la encontrásemos sería difícil descubrir huellas en la pistola, es de suponer que el asesino las habrá borrado.

—¿Tenemos algo más? —preguntó el comisario.

—Nada más por el momento —dijo Moreno.

—Hemos interrogado a la asistenta, que fue quien encontró el cadáver por la mañana, y a los vecinos —dijo Contreras—, pero nadie sabe nada. Solamente hubo uno que afirmó haber oído en la madrugada del crimen lo que le pareció un disparo, pero siguió durmiendo sin mirar siquiera qué hora era.

—El dormitorio estaba revuelto, como si hubieran estado buscando algo —dijo Moreno.

—Entonces, parece que el móvil del crimen pudo ser el robo —comentó el comisario.

—Es muy probable. En el suelo de la alcoba encontramos el billetero de la víctima con sus carnets y tarjetas de crédito, pero sin dinero. Lo cual parece indicar, en efecto, que se trata de un robo —dijo Contreras.

—Sin embargo, matar solo para llevarse dinero de un monedero es algo bastante cruel, o de alguien que no está en sus cabales —afirmó Moreno.

—Puede ser que lo haya hecho un drogadicto desesperado por conseguir dinero rápido para su dosis —intervino Ferrer que se había mantenido callado durante toda la conversación.

—Es posible que entrara en la casa a robar, viera luz en la habitación y quisiera saber si había alguien despierto para pedirle lo que buscaba a punta de pistola. Descubrió a Alicia, se asustó y le metió una bala en la cabeza; después buscó el dinero en el dormitorio, encontró lo que quería y salió echando leches —dijo Contreras.

El comisario asintió con la cabeza y dijo:

—Es una teoría plausible... ¿Habéis interrogado al marido?

—Todavía no. Hablamos con él el día del crimen y parecía muy afectado —dijo Contreras.

—¿A qué esperáis? Interrogadlo.

—Sí, comisario, pensábamos hacerlo ya —dijo Contreras.

—Necesitamos encontrar el arma homicida, insisto. Si la encontrásemos podríamos investigar, al menos, su procedencia y llegar a saber quién la compró —indicó el comisario.

Todos asintieron.

Después de unos instantes de silencio, el comisario les dijo:

—¡Hala!, no especulemos más y vamos a trabajar que hay mucho que hacer. Necesitamos conseguir pruebas y encontrar a ese malnacido. Tenedme informado en tiempo real.

Contreras y Moreno asistieron al entierro de Alicia Pardo, que tuvo lugar en el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena. Fue una ceremonia en la que los familiares estuvieron arropados por muchas personalidades y compañeros del mundo de la música, así como amigos de Fernando Soler, de la Universidad Complutense de Madrid, y de las dos familias.

El inspector Moreno sacó fotografías de algunos de los asistentes, con el objeto de cruzarlas más tarde con las disponibles en los archivos policiales por si se pudiera encontrar alguna conexión significativa.

Después de dar el pésame a los familiares, se despidieron de ellos y regresaron a las dependencias de la Brigada.

Cuando iban en el coche Contreras comentó:

—¿Te has fijado? El niño iba de la mano de Mariana.

—¿Y?

—Nada. Me pregunto por qué no estaba junto a su padre o con los abuelos.

—Quizás sea porque el chico está muy unido a la asistenta.

—¿Pero no te parece raro?

—No. ¿Por qué?

—Por nada. Que me parece lógico que durante la ceremonia el chico hubiera estado con su padre.

Capítulo 8. Steiner

Javier Contreras era madrileño. Tenía una larga experiencia en la policía. Después de estudiar Derecho, con veinticinco años aprobó las oposiciones para entrar en la Policía Nacional, en la Escala Ejecutiva con la categoría de inspector, y pronto destacó por su sagacidad y espíritu de servicio. Había estado varios años destinado en el País Vasco, en una comisaría de Bilbao. Más tarde pidió el traslado y, por fin, en 1975 lo llamaron. Superó las pruebas selectivas y los cursos de capacitación, y consiguió un destino en Madrid, en la recién creada Brigada Central de Policía Judicial, dentro de la estructura de la Comisaría General de Policía Judicial.

Vivía solo, estaba separado y no tenía hijos.

Fumaba algo más de dos cajetillas diarias y solo bebía cerveza —el vino y las bebidas alcohólicas de alta graduación le producían ardor de estómago—, pese a que el médico le había prohibido totalmente el tabaco y el alcohol debido a que padecía una gastritis crónica. Él pensaba que la gastritis se la había producido el miedo a la organización terrorista ETA durante el tiempo en que estuvo destinado en el País Vasco.

David Moreno tras aprobar la oposición a inspector para la Policía Nacional, un año más tarde que Contreras, fue destinado a la Comisaría de Segovia. En 1975 pasó a la Brigada Central de Policía Judicial. Conoció a Contreras en los cursos de capacitación y se hicieron buenos amigos. Más tarde coincidieron en el Grupo de Homicidios de la Brigada.

Unos días después de celebrarse el funeral, Contreras llamó por teléfono a Fernando Soler. Lo citó esa misma tarde en las dependencias de la Brigada para entrevistarle en relación con la muerte de su esposa. Fernando le rogó que si era posible la entrevista se realizara en su casa, a lo que Contreras no opuso ninguna objeción.

Se presentó en el domicilio de Fernando con su compañero Moreno y, ante la pregunta del portero, le indicó adónde se dirigían, identificándose con la placa de la Policía Judicial. Este los acompañó hasta la casa de los señores Soler, pero no se atrevió a preguntar a qué iban, supuso que la visita tendría que ver con las diligencias relativas al reciente fallecimiento de la señora Alicia Pardo.

Mariana les abrió la puerta. Los dos policías la saludaron y ella los hizo pasar al salón. Les ofreció un café y ambos aceptaron complacidos. Fue a avisar a Fernando, que estaba en su despacho escribiendo mientras esperaba al inspector, y a continuación Mariana se marchó a la cocina a preparar los cafés con leche.

Fernando saludó a los policías con una media sonrisa y un apretón de manos. Se acomodó en uno de los sillones, junto al sofá donde se habían instalado los inspectores.

—Ustedes dirán —dijo Fernando un tanto envarado.

—Espero que esté en condiciones de atender nuestras preguntas. Imagino lo duro que habrá sido para usted sobrellevar el duelo por la muerte de su esposa, así que le agradezco que haya accedido a recibirnos. Deseo hacerle solo unas preguntas relacionadas con la noche de los hechos —dijo el inspector Contreras.

—Sí, sí, adelante. Soy el más interesado en que encuentren cuanto antes a quien lo hizo. Debe recibir su merecido.

—De momento no hemos hallado ninguna pista que nos permita seguir una línea clara de investigación. Parece ser que el móvil fue el robo, a juzgar por el desorden que había en la habitación. ¿Han echado en falta algo de valor en la casa?

—No, nada en absoluto. Todo estaba revuelto, como vieron ustedes, pero parece que no se llevaron nada de la alcoba, ni de la casa, al menos que yo sepa.

—Encontramos el billetero de su mujer en la habitación y nos lo llevamos para levantar huellas dactilares. Todo indica que el presunto asesino pudo apropiarse del dinero que contenía.

—¿Han encontrado sus huellas en el billetero?

—No, solo estaban las de su esposa. Es bastante probable que el asesino llevara guantes. Y es posible también que tanto el desorden de la habitación como el hecho de que se apropiara del dinero que faltaba en el monedero no sean más que maniobras de distracción para confundirnos.

Fernando se encogió de hombros y permaneció en silencio.

—¿Piensa usted que su esposa podía tener algún enemigo? —preguntó Contreras.

—No. Mi esposa era una mujer dedicada a su trabajo. No creo que nadie la odiara tanto como para matarla. Es absurdo pensar siquiera en ello. No obstante..., debo decirles que, después del nacimiento de Julián, durante un tiempo estuvo recibiendo llamadas telefónicas anónimas que la preocupaban.

—¿Llamadas anónimas? ¿No reconocieron la voz del llamante?

—No, yo nunca oí la voz, y Alicia me refirió que era irreconocible. Era una voz deformada, al parecer, deliberadamente.

—¿No denunciaron el hecho a la policía?

—No, no lo hicimos. Pensamos que podría tratarse de algún bromista inofensivo.

—Pero su esposa estaba preocupada, ¿no?

—Sí, es cierto, pero las llamadas dejaron de producirse y nos olvidamos pronto del asunto.

El inspector Contreras miró un momento su bloc de notas y enseguida dijo:

—Perdone la pregunta, ¿cree usted que su esposa podía tener algún amigo íntimo?

—¿Se refiere a un amante? No, no lo creo. Al menos yo no estaba enterado. Nos queríamos mucho y dudo que mi esposa saliera con alguien.

—No, claro... Ella viajaba mucho, ¿verdad?

—Sí, es cierto, debido a su trabajo viajaba bastante, por lo general a ciudades europeas.

—¿Usted nunca la acompañaba?

—Al principio, si me lo permitía el trabajo, sí. Pero luego dejé de acompañarla.

Contreras se mantuvo unos instantes en silencio, se atusó el bigote, dirigió la mirada a su compañero, como si esperara alguna sugerencia de este, y continuó el interrogatorio:

—Bien... Podría usted proporcionarnos una lista de las personas con las que se relacionaba su mujer.

—Claro que sí... Tenía una amiga íntima, Beatriz, con la que quedaba a veces para salir, y hablaban a menudo por teléfono. Por cierto, creo que tengo su número en mi agenda. Esperen un momento. —Fernando se levantó y se dirigió a su estudio a buscarla. Volvió enseguida con la agenda—. Tome nota del teléfono de Beatriz y de estos otros nombres que tengo apuntados.

El inspector Moreno escribió en su cuaderno los nombres de los amigos y colegas de trabajo con los que, según Fernando Soler, se relacionaba Alicia con más asiduidad.

Contreras volvió a atusarse el bigote.

—Dígame, ¿dónde estaba usted la noche en que asesinaron a su mujer? —inquirió con el semblante serio.

Fernando se azoró un poco. Tomó la taza de café con la intención de acabarlo y comprobó que ya estaba vacía. La dejó de nuevo en la mesa y dijo:

—En Salamanca, ¿no se lo dijo mi asistenta?

—Sí, así es, pero quería que usted me lo confirmara. ¿En qué hotel se alojaba?

—En el Parador Nacional. Pero ¿a qué vienen estas preguntas? ¿Piensa usted que soy el asesino de mi propia esposa? —dijo Fernando, elevando el tono de voz.

—No se moleste, por favor. Tranquilícese. Solo intento hacer mi trabajo. En principio para nosotros todos son sospechosos, incluido usted. Bien —el inspector consultó su reloj—, es tarde, debemos marcharnos ahora. Si usted recordara algún

asunto que pudiera ayudarnos o echara en falta algo de la casa, por favor, llámeme a este número de teléfono —dijo Contreras, entregándole su tarjeta de visita—. Antes de irnos nos gustaría volver a hablar un momento con su asistente.

—Ahora le digo que venga a verlos. Esperen aquí.

—Gracias por atendernos en estos tristes momentos de luto —dijo el inspector Contreras, y le tendió la mano para estrechársela—. ¡Ah!, una cosa más... ¿Dónde viven sus suegros? Nos gustaría hablar con ellos.

Fernando les proporcionó el teléfono y les explicó cómo llegar al chalet de los padres de Alicia, se despidió de los policías y fue a avisar a Mariana.

Cuando esta entró en el salón, el inspector le preguntó dónde se encontraba la noche del crimen. Mariana se sorprendió de la pregunta y le dijo que ya le había contestado a eso. No obstante volvió a responder.

—En mi casa. Vine por la mañana como de costumbre.

—¿Qué hizo al llegar?

—Lo de siempre, recoger la cocina, desayunar...

—¿Y no vio nada raro, o distinto a los otros días, que le llamara la atención?

—No, todo estaba igual que siempre. Menos la habitación, claro. ¡Dios mío! Qué susto me llevé cuando la descubrí y qué desorden había.

—Bien, muchas gracias. Tenemos que marcharnos ya. Si recuerda usted algo que no nos haya dicho de aquella mañana, algo que le extrañara, llámenos.

Los dos policías dejaron la casa del paseo del Pintor Rosales y subieron al coche policial.

Camino de la Brigada el inspector Contreras le preguntó a Moreno qué le había parecido Fernando Soler.

—No creo que haya sido él. Parece sincero y, lo más importante, tiene una coartada, estaba en Salamanca cuando ocurrieron los hechos.

—Sí, es cierto, y fácil de comprobar, pero ¿no crees que pudo venir a Madrid en su coche, cometer el crimen y volver a Salamanca? —dijo Contreras.

—Puede que sí, pero no parece muy probable, son más de 400 km de ida y vuelta.

—La mayor parte de ellos por autopista. Es decir, unas dos horas de ida y otras dos de vuelta, como mucho. Así que es posible.

—Sí, posible sí que es, pero no creo que haya sido él. ¿Cuál habría sido el móvil del crimen? —dijo Moreno.

—Tendremos que averiguarlo. Yo tampoco creo que haya sido él, pero no lo descartaría. ¿Y la asistente? ¿Qué opinas de ella?

—Que dice la verdad. No sabe más de lo que nos ha contado. Y no creo que haya sido ella quien ha matado a su jefa.

—Opino lo mismo que tú de los dos. Así que no tenemos nada nuevo de momento. Deberíamos ir a hablar con los padres de Alicia Pardo a ver cómo era su hija y qué piensan ellos.

—También deberíamos hablar con Beatriz y esas otras amigas con las que Alicia estuvo cenando la noche del crimen.

Contreras se puso en contacto por teléfono con Beatriz al día siguiente. Le preguntó qué sabía de las llamadas anónimas que había estado recibiendo su amiga después del nacimiento de Julián. Beatriz le confirmó lo que ya le había contado Fernando Soler. Pero no pudo aportar nada que no supieran los inspectores sobre este asunto.

Tampoco les contó nada de interés sobre la cena que habían disfrutado la noche del crimen, ni que hubiera ocurrido nada destacable en el bar de copas donde estuvieron después. Lo pasaron bien charlando, recordando anécdotas que habían vivido juntas y riéndose de las ocurrencias de Paloma, una de las amigas. Luego cada una se marchó a su casa.

—¿A qué hora os retirasteis? —preguntó Contreras.

—Tarde. Serían aproximadamente las dos de la madrugada.

—¿Alicia bebió mucho?

—No. Creo que solo se tomó un par de copas de vino en la cena y más tarde, en el bar, un Marie Brizard con hielo.

Beatriz le facilitó al inspector los nombres y dirección de los dos sitios donde habían estado.

—¿Alicia nunca te habló de si salía con alguien?

—¿Salir con alguien? No. Bueno, una vez me habló de un amigo que solía ir a escuchar sus conciertos cuando ella iba a Viena, y después la invitaba a cenar.

—¿A cenar! ¿Qué clase de amigo era? —dijo Contreras.

—Era un admirador suyo.

—¿Nada más que un admirador?

—No me dijo que existiera nada más entre ellos. Se conocieron cuando ella estuvo estudiando piano en Viena, y al parecer se llevaban bien, salían de vez en cuando, pero nunca me habló de que entre ellos existiera nada íntimo, solamente una buena amistad.

—¿Recuerda el nombre de ese amigo?

—Era austríaco. Creo que se llamaba Daniel. Sí, su nombre era Daniel Steiner.

Contreras apuntó en su cuaderno:

¿Quién es Daniel Steiner?

Interrogar de nuevo a Fernando Soler y a Mariana sobre qué saben de él.

Capítulo 9. Una niña superdotada

Los inspectores Contreras y Moreno se dirigían en coche a La Moraleja con el fin de entrevistar a los padres de Alicia. Iban en silencio, oyendo en la radio *Los 40 Principales*. Hacía un día espléndido. No tuvieron ninguna dificultad a la hora de encontrar el chalet, que se hallaba a unos dieciocho km de Madrid.

Después de estacionar el coche, pulsaron el timbre y la cancela de entrada se abrió automáticamente, deslizándose hacia el lado derecho y dejando el paso franco. Accedieron a un camino de grava bordeado de grandes maceteros de flores y plantas de distintos colores vivos, tales como begonias, azaleas, pensamientos y geranios. A la derecha vieron la piscina, y en un lateral de esta, algunos árboles de sombra: un ailanto, un castaño, un par de arces. Percibieron el olor a hierba recién cortada y el aroma que desprendían las arizónicas, recién podadas, que delimitaban el perímetro de la parcela, junto a los muros de piedra, formando un seto verde de aislamiento del exterior. Oyeron el estrépito de una máquina cortacésped que manejaba un jardinero. Caminaron unos veinte pasos hasta llegar al porche, y pulsaron el timbre de la puerta de entrada a la casa.

Una empleada del hogar de rasgos asiáticos y mediana edad los hizo pasar al salón y llamó a los señores, que salieron enseguida a recibirlos.

Los inspectores les dieron el pésame de nuevo, y Contreras se disculpó por la visita ineludible.

Después de los saludos, Eva los invitó a pasar y a sentarse en el sofá del salón. Les ofreció un café. Los dos policías aceptaron. Llamó a la asistenta filipina para que lo preparara y, a continuación, se sentó en un sillón enfrente de Emilio.

—Ustedes dirán —dijo Emilio Pardo, tomando la iniciativa.

—Perdonen las molestias —dijo Contreras, excusándose de nuevo—, sabemos lo afectados que deben de estar aún... Necesitamos que nos hablen de Alicia.

—No se preocupen, no es ninguna molestia. Cumplen con su deber. ¿Qué quieren saber? —preguntó Emilio.

—Cualquier cosa que ustedes consideren de interés para la investigación. Háblenos, por ejemplo, de la carrera musical de su hija —pidió Contreras.

—Si les parece empezaré por el principio, y si quieren detenerme y preguntarnos algo en concreto, háganlo —dijo Eva.

—De acuerdo —dijo Contreras.

Eva se aclaró la garganta, con un ligero carraspeo, antes de hablar, y Emilio se quedó mirándola.

—Pues..., Alicia, desde que era una niña, mostró inclinación por la música y tenía unas dotes excepcionales. A los seis años tocaba el piano como una niña superdotada —dijo Eva, y, de súbito, se detuvo. Inclino la cabeza y se limpió con la mano las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. Tras unos segundos de silencio continuó—: Tanto su padre como yo promovimos su educación musical y Emilio fue el primero que le dio lecciones de piano.

Emilio asintió varias veces mirando a su esposa.

—Estudió en el Conservatorio de Música de Madrid, y obtuvo por unanimidad el Premio Extraordinario Fin de Carrera —Eva volvió a detenerse y se limpió los ojos, esta vez con un clínex que le ofreció Emilio—. Estudió piano en Madrid con destacados profesores y unos años después amplió estudios en la Academia de Artes de Viena. Debutó como solista en 1971 en el Teatro Real de Madrid con el *Concierto para Piano n.º 23* de Mozart. La orquesta Nacional de España la dirigió, en aquella ocasión tan especial, su propio padre —Emilio asintió de nuevo con la cabeza, y bajó la mirada—. La invitaban con regularidad a diversas ciudades españolas y europeas, tanto para recitales como para conciertos de cámara. Actuó con diversas orquestas internacionales como, por ejemplo, la Filarmónica de Viena, la Filarmónica de San Petersburgo o la Filarmónica de Londres. Grabó discos para importantes sellos discográficos como Deutsche Grammophon o Decca Classics. Actividades que realizaba siempre con entusiasmo y mucho trabajo de preparación. Mi hija era una persona muy enamorada de su trabajo.

El inspector Contreras tomaba algunas notas en su cuaderno en tanto que Moreno permanecía muy atento a las explicaciones de Eva.

—Una carrera fantástica —dijo Contreras—. Díganos, ¿cómo era Alicia?

—Era una mujer atractiva, alta, de un metro y setenta centímetros, tenía una figura esbelta y una elegancia natural. Inteligente, de carácter afable, caía bien a todas las personas con las que se relacionaba. Era muy positiva y vehemente. Una buena hija que hacía que nos sintiéramos muy orgullosos de ella —dijo Eva, y volvió a limpiarse los ojos con el clínex que había conservado arrugado en la mano.

Emilio la miraba y asentía con la cabeza.

—Era muy responsable y trabajadora. Dedicaba muchas horas al día a preparar sus conciertos y era una intérprete sobresaliente de Mozart y Rachmaninov, con una técnica depurada y una expresividad muy personal. Su repertorio incluía, así mismo, los cinco conciertos para piano de Beethoven y varias de sus treinta y dos sonatas como *Claro de Luna*, *Pastoral* y *Patética*; además de las tres sonatas para piano de Chopin, y algunas otras obras de compositores románticos —dijo Emilio, mostrando con una sonrisa la satisfacción que sentía.

—¿Cómo era en lo que se refiere a su vida social? ¿Con quién se relacionaba como amiga?

Eva reflexionó unos instantes antes de responder:

—Tenía amigas, igual que todo el mundo, pero no era una muchacha a la que le gustara mucho salir. De todas ellas, Beatriz, una compañera de estudios, era la amiga íntima a la que más mencionaba. Estuvo saliendo con un chico hasta que, algún tiempo después de regresar de Viena, donde amplió estudios durante un año, conoció a Fernando Soler, un profesor universitario de la Complutense de Madrid, un hombre muy guapo, y dos años más tarde se casó con él —dijo Eva.

—¿Cómo se llamaba su primer novio?

—Era un muchacho de Madrid. No recuerdo su nombre. ¿Emilio, te acuerdas tú de cómo se llamaba?

—Claro que me acuerdo, se llamaba Andrés...

—Ah, sí, Andrés Castro —dijo Eva sin dejar acabar a su marido—. Era pianista como ella. Se conocieron en el conservatorio y estuvieron saliendo juntos. Aunque nunca nos lo presentó, por más que se lo pedimos. Decía que aún no iban en serio. Alicia era muy joven, casi una niña.

Después de anotar el nombre del exnovio en su bloc, el inspector Contreras preguntó:

—¿No tendrán su dirección y alguna foto de él?

—Es posible que Alicia guardara alguna foto. No lo sé, tendría que buscarla —dijo Eva.

—Si encontrara la foto de Andrés y su dirección llámenos, por favor.

—Está bien, lo haré —dijo Eva.

—¿Puede darnos los nombres de sus amigas íntimas?

—Claro que sí, tome nota.

Y eso hizo el inspector Moreno. Algunos nombres coincidían con los que les había dado Fernando Soler el día en que lo entrevistaron en su casa.

—¿Dónde vivieron Alicia y Fernando después de casarse? —preguntó Contreras.

—Vivieron en un piso de alquiler en la calle Francos Rodríguez, al noroeste de Madrid, junto al parque de la Dehesa de la Villa. Era el barrio donde vivía Fernando de soltero. Estaba cerca de la Universidad Complutense donde él impartía sus clases. En 1973 nació el pequeño Julián en la Clínica de Nuestra Señora de Loreto, al final de la avenida Reina Victoria de Madrid, y fue una alegría para todos. Era un niño precioso y muy grande, dormía como un angelito y tenía un apetito insaciable. Qué pena el haber nacido con ese defecto en las manos —dijo Eva.

—¿A qué defecto se refiere usted?

—Nació con seis dedos en cada mano. Alicia tardó bastante en aceptar esa anomalía, y en tolerar la frustración que le produjo su falta de habilidad para la

música, pero seguramente debido a ello le dedicó no solo su cariño de madre, sino también su protección, a veces desmedida. Julián se parece mucho a ella, es tozudo, tímido, alto para su edad y muy delgado —en eso también se parece a su abuelo—, de pelo negro y ojos grandes de color marrón oscuro.

El inspector Moreno escribió una nota en su cuaderno.

—Lo siento mucho —dijo Contreras.

—No es nada, el niño está sano y es muy inteligente —dijo Eva, y continuó— : Años después, con nuestra ayuda y el dinero que había ahorrado el matrimonio, compraron un piso muy amplio, de trescientos metros cuadrados. Un piso céntrico, en la avenida del Pintor Rosales de Madrid, cerca de la plaza de España. Con una vista maravillosa del parque del Oeste y del templo de Debod —dijo la abuela.

—Alicia, por su dedicación a la música, viajaba mucho, ¿no es cierto?

—Sí, viajaba con frecuencia debido a sus conciertos y recitales de piano, y no solo por España, sino además por otros países como Alemania, Austria, Rusia, Italia... Generalmente el viaje duraba varios días y Mariana se quedaba al cuidado de Julián. Nosotros íbamos a verlo con frecuencia. Recuerdo que a su regreso Alicia siempre le traía un regalo a su hijo que solía ser un coche en miniatura. A mi nieto le gustan mucho los coches. Los tiene todos sobre el mueble de su cabecero de la cama y a veces juega con ellos en el parqué de su dormitorio. Es un niño muy ordenado: siempre los recoge y los coloca en su sitio cuando se cansa de jugar. También en eso se parece a su madre.

—Siento mucho lo que le ha pasado a su hija. No descansaremos hasta encontrar al culpable —aseguró Contreras.

—Espero que lo encuentren pronto —dijo Emilio.

—No queremos molestarles más. Han sido muy amables al recibirnos en su casa y se lo agradecemos mucho. La información que nos han proporcionado es de mucha utilidad.

—No duden en visitarnos de nuevo, o llamarnos, si necesitaran alguna información adicional —dijo Emilio.

Capítulo 10. Compañeros del conservatorio

Andrés Castro estaba desayunando de pie en la cocina de su casa cuando recibió una llamada telefónica. Iba con el tiempo justo para llegar con puntualidad al trabajo, pues se había vuelto a dormir después de apagar el despertador cuando sonó a las siete y media.

—¿Dígame? —contestó, preguntándose quién llamaría a esas horas.

—¡Buenos días! Soy el inspector Javier Contreras de la Policía Judicial. Necesito hablar con Andrés Castro. ¿Es usted?

Andrés no esperaba oír la voz de un policía, una voz enronquecida como la de un actor de teatro. De súbito se percató de que la llamada del inspector Contreras podía estar relacionada con la muerte de Alicia Pardo.

—Sí, soy yo, pero ahora no puedo atenderle, lo siento, tengo mucha prisa —respondió tras unos instantes de vacilación.

—Será rápido. Solo quiero hacerle unas preguntas en relación con Alicia Pardo. Usted la conocía, ¿no es cierto?

—Sí, pero hace tiempo que dejamos de vernos. ¡¡Pobre mujer!! He sentido mucho lo que le ha pasado. Pero ¿en qué puedo ayudarle?

—Cualquier información que pueda suministrarnos sobre ella podría ser de utilidad para la investigación que estamos llevando a cabo. Dígame, ¿por qué dejaron de verse?

—Es largo de contar. Perdóne usted, el caso es que ahora no puedo entretenerme, llego tarde al trabajo.

—No se preocupe. ¿Cuándo le viene bien que nos veamos?

—Por mí podría ser esta misma tarde. A ver, déjeme que piense... Sí, esta tarde me viene bien.

—Conforme. ¿Nos vemos en su casa?

—¿En mi casa? Bueno... No tengo ningún inconveniente. Venga a eso de las siete. ¿Sabe dónde vivo?

—Sí, tengo su dirección. Es esta, ¿verdad? —dijo el inspector leyendo la dirección que había apuntado en su cuaderno de notas.

—Sí. Esa es.

Andrés se preguntó cómo la habría conseguido.

—Conforme, hasta esta tarde a las siete —dijo Contreras.

Andrés colgó y, pese a la prisa que tenía, permaneció un rato junto al teléfono pensando en la llamada del policía.

Esa tarde Contreras acudió solo al domicilio de Andrés Castro. Su compañero, el inspector Moreno, sufría una fuerte jaqueca y se había marchado temprano a su casa con la intención de meterse en la cama después de tomarse un analgésico, el segundo que ingería ese día, con una manzanilla caliente. Cuando le venía uno de aquellos ataques, tenía que tumbarse en el lecho con la luz apagada hasta que el dolor desaparecía por completo. Era un malestar insufrible que lo convertía en una persona inútil. Pensaba que algo debía de funcionar mal dentro de su cabeza, pero tan pronto se le pasaba se olvidaba de la firme determinación de hacerse visitar lo antes posible por un médico.

Andrés Castro estaba esperando al inspector sentado en el salón de su casa, viendo un programa de la televisión, y al oír el timbre del interfono se levantó del sillón y se dirigió a la puerta de entrada para pulsar el botón de apertura, dando por hecho que era el inspector.

Vivía solo en un apartamento pequeño de dos habitaciones, con cocina, salón-comedor y cuarto de baño, en el paseo de Extremadura, muy cerca de la estación Puerta del Ángel del Metro.

Esperó de pie, detrás de la puerta, la llegada de Contreras.

Este entró en el vestíbulo del bloque y leyó una nota, pegada a la puerta del ascensor, en la que se informaba de que estaba averiado. Inició la subida por las escaleras hasta el cuarto piso, el último de un edificio de ladrillo rojo. Se detuvo en el rellano del tercero para tomar aliento. Continuó y una vez en el descansillo del cuarto, antes de pulsar el timbre de la puerta, inspiró profundamente y exhaló el aire, varias veces, para regularizar la respiración.

Andrés Castro oyó la llegada del inspector y esperó a que llamara. Le abrió, y permaneció en el umbral de la puerta.

—¡Buenas tardes! Supongo que es usted el inspector Jesús Contreras.

—¡Buenas tardes! Sí, yo soy, aunque mi nombre es Javier, no Jesús. Javier Contreras. Habíamos quedado a las siete.

—Perdone que haya confundido su nombre de pila. Pase usted, por favor.

A Contreras aún le costaba respirar con normalidad, pero estaba recuperándose.

—Podía haberme dicho que el ascensor no funcionaba.

—Lo siento. No caí en avisarle cuando me llamó esta mañana. Quizás hubiese sido mejor que hubiéramos quedado en el bar de abajo.

—No importa. Es el maldito tabaco. No soy capaz de dejarlo, ya sabe lo difícil que es. Ahora ya estoy aquí. Bajar me costará mucho menos.

—Síntese, por favor —dijo Andrés, y le señaló el sofá con el brazo extendido—. ¿Quiere tomar algo?

—No. No se moleste.

Andrés se sentó en un sillón orejero pegado al diván donde se encontraba el inspector. Las manos sobre las rodillas, los ojos tristes de no haber dormido bien esa noche. Dirigía la mirada hacia su interlocutor, esperando que él le hablara. Sin embargo, Contreras permanecía callado, observándolo. Era una treta que solía emplear para poner nervioso al interrogado.

—Usted dirá —dijo al fin Andrés, usando un tono suave y tranquilo.

—Me explicó usted esta mañana, cuando lo llamé, que conocía a Alicia Pardo, ¿no es cierto?

—Sí. Fuimos compañeros del conservatorio. Y estuvimos saliendo durante algún tiempo. He sentido mucho su muerte. Qué desgracia.

—Así es. ¿Usted también estudió piano?

—Sí, pero con menos fortuna que ella. Ahora me dedico a la enseñanza.

—No le vi en el funeral de Alicia.

—No. No me enteré de la fecha. Nadie me avisó.

—¿Por qué dejaron ustedes de salir juntos?

—Cosas que pasan. Nos llevábamos bastante bien, nos escribíamos a diario mientras ella estuvo estudiando en Viena, y al regresar seguimos saliendo algún tiempo más. Un día me sorprendió confesándome que había conocido a un profesor universitario de Lengua y Literatura y que se había enamorado de él.

—Entiendo. Debió usted de sentirse mal al oír eso.

—Bastante mal. No me lo esperaba en absoluto, la verdad. Yo la quería, ¿sabe?, y creía que ella también me quería a mí. Podríamos haber sido muy felices juntos.

—¿Tanto le afectó que lo dejara?

—Sí, me costó mucho superarlo.

—Supongo que conoce el éxito que tenía.

—¡Claro! Siempre asistí a sus conciertos en Madrid. Era una excelente pianista. Muy reconocida tanto en España como en el extranjero. Se merecía el éxito que tenía.

Contreras sacó la cajetilla de cigarrillos del bolsillo de su chaqueta y le ofreció uno a Andrés.

—No, gracias. Yo no fumo.

—¿No le importa que yo lo haga aquí?

—No. Le traigo un cenicero enseguida.

Andrés se incorporó para ir a la cocina en busca del cenicero.

El inspector encendió un cigarro y aspiró el humo de la primera bocanada con avidez. Lo expulsó y dejó trascurrir unos segundos, echando un vistazo al modesto salón, hasta que le preguntó a Andrés:

—¿Vive usted solo?

—Sí. No he encontrado aún a la mujer con quien compartir mi vida.

Contreras pensó que la respuesta era una frase hecha a la que se acude normalmente para no tener que dar más explicaciones.

—Pero ¿después de Alicia no ha habido ninguna otra mujer en su vida?

—Sí, ha habido varias. Incluso llegué a casarme, pero mi matrimonio duró poco. Enseguida nos dimos cuenta de que fue un error y nos separamos.

—¿Se separaron o ella lo dejó?

—Nos separamos de mutuo acuerdo. Lo nuestro no funcionaba bien. Éramos muy distintos y creímos que la separación era la mejor solución para los dos.

Contreras le pidió el nombre de su exmujer. Andrés se lo facilitó, pero le dijo que no sabía nada de ella, ni dónde vivía. Ni siquiera disponía de su teléfono. El inspector tomó nota en su cuaderno y le preguntó:

—¿Cree usted que alguien podía desear su muerte?

Andrés se encogió de hombros y dijo:

—No lo sé. Supongo que no. Desearle la muerte a alguien en un momento dado es posible, pero de ahí a matar... es otra cosa bien distinta. Sin embargo, en este mundo hay gente mala, inspector, gente capaz de todo. Puede que lo haya hecho algún chiflado.

El inspector carraspeó. Apagó la colilla en el cenicero y le preguntó:

—¿Por qué lo dice? ¿Es una reflexión general o piensa en alguien en particular?

—Es solo una reflexión. Hace mucho que no trataba a Alicia así que desconozco la clase de vida que llevaba y con quién se relacionaba. Solo sé de ella lo que decían los periódicos de vez en cuando, por lo general después de una de sus excelentes interpretaciones. Nuestra relación quedó finiquitada cuando me dejó por otro.

—¿No siguieron viéndose como amigos?

—Pues claro que no. Después de lo que me hizo, no contemplé esa posibilidad. Tampoco ella me llamó nunca ni se interesó por mí de ninguna manera. No obstante, yo iba a oírla tocar el piano siempre que me era posible.

—Si no quería ser su amigo, ¿por qué iba a sus conciertos?

—Porque me gusta la música. Ella era una buena intérprete. Muy buena.

El inspector volvió a escribir una nota en su cuaderno y consultó su reloj.

—Bueno, no quiero entretenerle más por ahora. Puede que necesite su ayuda en otro momento. Si recordara usted algo que le hubiese llamado la atención sobre el caso, llámeme a este número, por favor —dijo Contreras, entregándole su tarjeta de visita.

—Cuando usted quiera. Lo llamaré si recuerdo algo que me haya chocado.

Contreras se levantó del sofá y se despidió de Andrés con un apretón de manos. Este lo acompañó hasta la puerta.

Camino de su casa, mientras oía *Los 40 Principales* en la radio del coche, encendió un pitillo, le dio una calada y lo dejó en el cenicero, bajó un palmo la ventanilla. Repasó la conversación que acababa de mantener y llegó a la conclusión de que Andrés Castro era una persona vulnerable, un ser solitario y resentido. Podía haber sido él quien mató a Alicia, movido por el despecho que sentía hacia ella por haberlo dejado por otro hombre, o por envidia de su éxito, éxito que él no había podido disfrutar, o simplemente por venganza, pero no lo creía capaz de una acción tan violenta como dispararle una bala en la frente a una persona.

En resumidas cuentas: no le pareció un asesino.

Por otra parte, razonó, había transcurrido mucho tiempo desde que ella lo abandonó y el tiempo, como se sabe, se ocupa de curar hasta las heridas más profundas.

Al día siguiente, en las dependencias de la Brigada, le comentó a su compañero Moreno cómo había ido la entrevista con Andrés Castro y cuáles eran sus conclusiones.

Quedaron en localizar a Teresa Feijó, la exesposa de Andrés, para entrevistarla y tratar de averiguar algo más sobre él.

Contreras redactó el informe de la entrevista y lo archivó en el expediente de Alicia Pardo.

Hasta ese momento tenían tres personas relacionadas con Alicia que podían considerarse sospechosas: Fernando Soler, Daniel Steiner y Andrés Castro. Pero no disponían de ninguna prueba sustancial contra ninguno de ellos para llevarlos ante el juez.

Capítulo 11. Un hombre tranquilo

Había salido con varias mujeres, pero Andrés Castro no había congeniado con ninguna, no podía evitar compararlas con Alicia Pardo. Hasta que encontró a Teresa Feijóo. Se enamoraron el mismo día en que se conocieron. Un amor a primera vista, lo que suele llamarse un flechazo.

Después de aquel encuentro, que ocurrió en una discoteca madrileña adonde él había acudido solo y ella con dos amigas, comenzaron a salir juntos y tras dos años de relación, se casaron por la Iglesia en el pueblo natal de ella —una pequeña localidad de la provincia de Lugo—, como hacía la mayor parte de las parejas en aquella época del tardofranquismo.

El matrimonio funcionó bien, se querían, eran felices, compartían aficiones, pero fue apagándose gradualmente y solo duró cinco años.

El inspector Moreno dio con el paradero de Teresa, que vivía en Toledo, donde había conseguido el traslado de maestra a un colegio público de esta localidad castellana de provincias, conocida como la ciudad de las tres culturas: cristiana, musulmana y judía.

La llamó por teléfono y la citó para entrevistarla sobre el caso Alicia Pardo.

—¿Una entrevista?! ¿Por qué? —dijo Teresa con asombro al oír que la llamaba un inspector de policía.

—Sí, solo serán unas preguntas en relación con Andrés Castro. Usted estuvo casada con él, ¿no?

—Sí, lo estuve. Pero hace mucho tiempo que nos separamos y, posteriormente, en 1982, un año después de que se aprobara el divorcio en España, nos divorciamos. Ese mismo año me trasladé a vivir a Toledo y rehíce mi vida aquí. Desde entonces no he vuelto a saber nada de él...

—No importa —dijo Moreno, interrumpiéndola—. Nos gustaría que nos hablara de Andrés, de cuando estuvieron ustedes casados.

—¿Por qué? ¿Es que ha hecho algo malo? ¿Qué quieren saber?

—Él estuvo saliendo con Alicia Pardo, la pianista que apareció muerta en su casa de Madrid. Queremos que nos diga cómo era Andrés, cómo se comportaba cuando ustedes vivían juntos.

—¿Acaso es sospechoso de ese crimen?

—No, en principio no, aunque no podemos descartarlo. Quizás usted pueda ayudarnos a encontrar una pista sobre quién pudo hacerlo. Estamos entrevistando a

todas aquellas personas que tuvieron alguna relación con Alicia, o simplemente la conocieron.

—Está bien. No tengo ningún inconveniente en hablar con la policía. Cuando usted quiera. ¿Dónde sería la entrevista?

—Tendría que acudir a nuestras dependencias, pero podemos hablar donde usted prefiera. No se trata de un interrogatorio formal.

Quedaron en verse en la casa de Teresa al día siguiente por la tarde, después de sus clases.

Los inspectores Contreras y Moreno viajaron a Toledo en un coche policial sin distintivos, que condujo Moreno. Eran las seis y media de la tarde cuando llamaron al timbre de la vivienda de Teresa. Esta les abrió la puerta con un niño de algunos meses en brazos. Los dos policías se identificaron y ella los invitó a pasar después de ver sus credenciales.

Se saludaron y los condujo al salón.

—¿Se ha vuelto usted a casar? —preguntó Contreras.

—¿Lo dice por el niño? Es mío y de mi pareja actual, pero aún no nos hemos casado.

—Es muy guapo —dijo Contreras—, y parece que se porta bien.

—Sí, es un niño muy bueno. Gracias. ¿Qué desean que les cuente de mi exmarido?

—Nos gustaría saber por qué se separaron ustedes. ¿Era un hombre violento?

—No, qué va, en absoluto. Era pacífico y muy respetuoso, aun cuando tuvo una infancia difícil. Y, debido a eso, o quizás no, no lo sé, a veces se deprimía, se ponía raro y dejaba de hablarme durante días, como si yo fuera la causante de su estado de ánimo, hasta que se le pasaba.

—¿Dice usted que Andrés tuvo una niñez difícil? ¿Qué le ocurrió?

—No lo sé con exactitud, tuvo que ver con un problema en relación con sus padres. Andrés nunca me lo contó, se ve que no quería hablar de ello. Solo me dijo en una ocasión que su madre era muy dura con él y le pegaba.

—¿Su madre maltrataba a Andrés?

—Sí. Al parecer su madre tenía mucho genio. Fíjese cómo sería que cuando él practicaba al piano y se equivocaba en una nota, ella le golpeaba las dos manos con una regla. Era una mujer muy exigente.

—¿La madre era pianista?

—Era profesora de piano. Y el padre, profesor de Gimnasia en un colegio de curas.

—¿Cómo sabe usted que su madre lo maltrataba si él no se lo contó?

—Me lo dijo su tía Rosa, que fue quien lo crió. Nunca hablaba de ello, pero una vez vino a comer con nosotros a casa y, después de la comida Andrés se acostó a dormir la siesta un rato, y nosotras nos quedamos en el salón, tomando café y charlando. Ella fue quien sacó el tema. Me confesó cómo era su hermana, y qué le ocurrió al padre de Andrés.

—¿Su tía cuidó a Andrés? ¿Por qué?

—Sí, Rosa se hizo cargo del niño después de que al padre lo juzgaran y condenaran por abusos a menores. Lo metieron en la cárcel, ¿sabe? Después de eso a su madre la denunció una vecina, porque bebía y maltrataba a su hijo. Fue juzgada también y declarada culpable de maltrato. Le quitaron a su hijo y le prohibieron verlo. Fue entonces cuando a Rosa, la hermana de la madre, le concedieron la custodia del niño.

Los inspectores menearon la cabeza negando, como si no pudieran creer lo que acababan de oír.

—Pero ¿quiere decir que el padre abusó de Andrés? —preguntó Contreras.

—Mire, eso no lo sé. Creo que no. La tía no lo mencionó.

Contreras asintió y dijo:

—¿Por qué se separaron ustedes? ¿Fue debido a las depresiones que sufría Andrés?

—No. No fue solo por eso. Había otras cosas que produjeron nuestro progresivo distanciamiento hasta la separación. Él estaba obsesionado con Alicia Pardo. Me hablaba de ella a todas horas, aunque no siempre era para alabarla. Pero en realidad lo que provocó nuestra ruptura fue que yo quería tener un hijo y él no.

—¿No quería tener hijos? ¿Por qué?

—Me dijo que nunca tendría descendencia. Para él un hijo representaba una carga enorme y un riesgo que no estaba dispuesto a asumir.

—¿Un riesgo?

—Quizás temía que le ocurriera lo mismo que a él con sus padres. A decir verdad no lo sé con certeza, es solo una suposición mía.

—¿Cree usted que él pudo matar a Alicia Pardo?

—¿Matar a Alicia?! No, eso no. Es imposible. No era un hombre violento. No, estoy convencida de que no fue él.

—¿Nunca perdía los estribos ni le gritaba o pegaba a usted?

—No, nunca lo hizo. Lo que me preocupaba de él era que se pasara días encerrado en sí mismo, sin hablar más que lo imprescindible. Yo no sabía a qué atenerme cuando adoptaba esa actitud. Pero nunca me puso la mano encima ni me levantó la voz. Era un hombre tranquilo.

—¿Dónde vive la tía de Andrés? ¿Puede darnos su teléfono?

—Vive en Madrid. Por ahí, en una agenda, debo de tener su número —esperen un momento, voy a buscarlo.

Teresa fue en busca de la agenda y regresó unos segundos después. Les facilitó a los inspectores la dirección y el teléfono de Rosa.

El niño de Teresa permaneció sentado en una sillita plegable durante toda la entrevista, y se entretenía chupando y mordiendo un muñequito de goma.

Los inspectores se despidieron.

—Puede que volvamos a llamarla. La información que nos ha proporcionado nos ha ayudado mucho a conocer cómo era Andrés —dijo Contreras.

—Cuando ustedes quieran.

—Muchas gracias.

—No hay de qué darlas.

El hijo de Teresa comenzó a llorar. Había llegado la hora de su biberón.

De regreso a Madrid, Contreras miró a su compañero y le dijo:

—Me parece que Andrés es nuestro hombre. ¿Tú qué opinas?

—Creo que sí. Es un tipo depresivo, introvertido, y tuvo una niñez desgraciada. Deberíamos localizar a su tía Rosa y hablar con ella.

Al día siguiente llamaron a la tía de Andrés y fueron a interrogarla a su casa. Vivía en un pisito de la calle López Silva, en el distrito Centro. Era una vivienda antigua.

Rosa, de poco más de sesenta años, soltera, les contó a los inspectores por qué se había hecho cargo de su sobrino, y criticó duramente a su hermana. Dijo de ella que era una dominante, que tenía mal carácter y la mano muy larga. Y del padre dijo que era un desgraciado pederasta, que merecía estar en la cárcel.

—¿El padre de Andrés abusó de él?

—No. En el juicio no pudo probarse que abusara de su propio hijo. Y no me consta que lo hiciera.

—¿Cómo era Andrés de pequeño? —preguntó Contreras.

—Era un niño retraído, pero muy listo y estudioso. Nunca me creó ningún problema desde que lo tuve a mi cargo.

—¿Se relacionaba bien con sus compañeros?

—Sí, tenía varios amigos con los que jugaba al fútbol.

—¿Cómo se comportaba con usted?

—Bien. Era un muchacho obediente y trabajador. Muy callado, eso sí, pero un buen chico.

—¿Conocía usted su relación con la pianista Alicia Pardo?

—Como le he dicho, no era muy comunicativo, pero sí me contó que salía con una chica del conservatorio que se llamaba Alicia.

—¿Usted la conocía?

—No. Nunca me la presentó. Me dijo que estudiaba piano como él y que le gustaba.

—¿Cuándo se independizó Andrés?

—Después de conseguir una plaza de profesor de música en un colegio, alquiló un piso en el paseo de Extremadura y un día se marchó y se llevó sus cosas.

—¿Se veían a menudo?

—No mucho, la verdad. Nos llamábamos por teléfono y alguna vez venía a visitarme y a comer conmigo.

—¿Le dijo por qué había dejado de salir con Alicia?

—Me dijo que lo habían dejado, pero no el porqué.

—¿Cómo se llevaba con Teresa Feijóo?

—Formaban una buena pareja. Ella era muy cariñosa y amable con él. Qué pena que se separaran.

—¿Andrés seguía algún tipo de tratamiento médico?

—No.

—¿Nunca necesitó ayuda médica?

—Como todo el mundo. Cuando enfermaba.

—Me refiero a ayuda psicológica.

—No, eso no. Es cierto que alguna vez lo pensé porque era un muchacho muy introvertido.

Los inspectores se miraron y dieron por acabada la entrevista.

Las conclusiones que reflejaron en el informe, que redactó Moreno, se referían a Andrés como el principal sospechoso del asesinato de Alicia Pardo, pero no habían conseguido ninguna prueba, ni evidencia inculpatoria contra él para detenerlo y someterlo a un interrogatorio.

Era una persona con tendencia a la depresión, de pequeño había sido separado de sus padres, había sufrido el maltrato de su madre, pero tanto su exesposa como su tía Rosa lo habían calificado como un hombre tranquilo, incapaz de matar a nadie.

Capítulo 12. La Extranjera

Año 1984

Había transcurrido algo más de un año desde la muerte de Alicia y las investigaciones llevadas a cabo por la policía no habían dado ningún fruto. No tenían pruebas concluyentes para llevar ante la justicia a ningún sospechoso. El juez instructor recabó toda la información a la policía sobre las diligencias llevadas a cabo con el fin de archivar provisionalmente el caso Alicia Pardo.

Fernando Soler llegó un día a su casa acompañado de Gertrude, una mujer joven que arrastraba una maleta grande de ruedas que contenía todas sus pertenencias.

La conoció una noche en la sala Rock-Ola, uno de los locales más emblemáticos de la Movida Madrileña, situado en la calle Padre Xifré, frente al edificio Torres Blancas. Fernando había acudido con un amigo a tomar una copa y escuchar un concierto de Burning, un grupo de rock español que había surgido en el barrio de La Elipa de Madrid, en el año 1974.

No era un asiduo de las discotecas, ni de los bares de copas, ni del ocio nocturno, pero cuando este amigo lo llamó para invitarlo a salir esa noche, sintió curiosidad por conocer cómo eran las noches del Madrid de la movida y, en especial, el ambiente que bullía en esa sala de conciertos de la que se decía era el núcleo de la Movida Madrileña. El Rock-Ola era un local de los más grandes de Madrid, en el que actuaban grupos de rock y pop españoles y extranjeros.

Esa noche la sala estaba atestada de público, tanto las gradas como la pista. En esta se agolpaba una multitud enardecida por la música que aplaudía sentada en el suelo delante del escenario.

En un momento dado del concierto Fernando se acercó a una de las barras con el amigo, y una chica que estaba sentada en un taburete con los codos apoyados en la barra, consiguió preguntarle si la invitaba a una copa. La joven apenas podía articular las palabras, había bebido más de lo que podía soportar su cuerpo. Él se percató de que estaba cargada de alcohol y quizás de algo más, pero, aun así, no se negó a invitarla a un gin-tonic, lo mismo que pidieron él y su amigo.

La chica le dijo:

—Yo a ti te conozco. Te he visto en la Facultad de Filología. ¿Eres profesor?

—Sí, de Lengua y Literatura. No te conozco, ¿quién eres?

—Es lógico, no soy alumna tuya.

—¿Qué estudias?

—Español.

Allí mismo, apostados en la barra, entablaron una conversación casi coherente sobre la música rock y los grupos más populares de la Movida Madrileña, elevando la voz lo máximo que podían sus cuerdas vocales para poder oírse.

Poco después ella le dijo que no se encontraba bien y abandonó la sala. Fernando la siguió hasta la calle.

—Me ha sentado mal el gin-tonic, no soporto bien el alcohol.

—Entonces no deberías beber.

—No suelo tomar más de una copa. A lo sumo dos. Pero es que me he fumado un porro.

En la calle, Gertrude vomitó todo lo que había bebido y más. Fernando, al verla en ese estado, se ofreció a acompañarla a su casa. Ella aceptó sin hacerse rogar.

Fernando regresó a la sala, pagó las copas, se despidió de su amigo, y poco después tomó un taxi y la llevó a su casa.

La chica vivía en un apartamento del barrio de Cuatro Caminos, en la calle Jaén, esquina con Comandante Zorita, apartamento que compartía con una amiga norteamericana, estudiante como ella en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense.

Cuando el taxi llegó a la dirección requerida, Fernando, antes de despedirse de Gertrude, le dijo al taxista que lo esperara un momento, la acompañó hasta el portal de su casa, le pidió el teléfono para poder llamarla y asegurarse de que se encontraba mejor, y después se marchó en el taxi.

Esa misma noche la llamó desde su casa. Gertrude le dijo que se encontraba bien, se había tomado un antiácido efervescente y se había metido en la cama.

—Me alegro de que estés bien. Y perdona por haberte llamado tan tarde.

—No pasa nada. Gracias por interesarte por mí.

Volvieron a verse en la facultad uno de los días siguientes, comenzaron a salir juntos con asiduidad y frecuentaron los locales de moda de las noches madrileñas, siempre por iniciativa de Gertrude.

Comían juntos en la cafetería de la facultad. Algunas tardes, siempre que podía, Fernando la llevaba en el coche a su casa.

Uno de aquellos días, Gertrude le dijo:

—¿Quieres subir? Te invito a un café.

—Sí, me encantaría.

Fernando estacionó el coche y subió con ella a su apartamento. Entraron en la habitación de Gertrude y se besaron con pasión. Se desnudaron mutuamente y se metieron en la cama.

Algún tiempo después, Fernando le propuso que dejara el apartamento y se fuera a vivir con él a su casa.

—Tengo un piso grande. Así te ahorras el alquiler.

Ella aceptó encantada. Fernando la recogió en su coche al día siguiente y la llevó a su piso del paseo del Pintor Rosales.

La tarde en que llegaron a su casa se la presentó a Julián y a Mariana como una amiga, y les dijo que iba a quedarse a vivir con ellos unos días.

Julián dirigió la vista hacia Mariana y esta se encogió de hombros con una mirada de complicidad. Fue una sorpresa para los dos. No vieron con buenos ojos que Fernando trajera a una extraña a su casa.

«¿Qué significa quedarse a vivir unos días?, y ¿quién es esta larguirucha?», se preguntó Mariana.

Gertrude, de ojos azules, alta, delgada, muy joven, mucho más que Fernando, tenía veinticinco años, era norteamericana.

Ella misma le contó a Julián una noche, después de la cena, sentados en el diván frente al televisor, tratando de conquistar al niño con su afecto y cercanía, que llevaba un año viviendo en Madrid. Se ganaba la vida dando lecciones particulares de inglés a domicilio, y estudiaba Lengua y Literatura en la Facultad de Filología de la Complutense. Fernando, que estaba sentado en uno de los sillones fumándose una pipa, no dejaba de observar y sonreír a Gertrude, como un bobo, mientras Mariana recogía la mesa y miraba la televisión, sin decir palabra.

Gertrude hablaba español con bastante fluidez, pero con esa pronunciación de las vocales tan característica de los norteamericanos, y cometía algunos fallos de concordancia en el uso del género de los sustantivos y adjetivos.

Una vez se hubo instalado en la casa, la norteamericana se comportaba igual que si fuera a quedarse a vivir con ellos para siempre, como si estuviera en su propio hogar.

Con Julián se llevaba bien. Lo ayudaba a hacer sus tareas por la tarde, los días en que ella no tenía clases. Pero no congeniaba con Mariana. Esta no veía con buenos ojos a la Extranjera, apodo con el que a veces se refería a ella en lugar de emplear su nombre de pila —que, por otra parte, le costaba pronunciar, y porque prefería guardar las distancias—.

Un día, cuando Gertrude llegó a la casa por la tarde, le preguntó a Julián si había acabado los deberes. Él le dijo que sí, sentado frente a la televisión viendo su programa infantil favorito. Ella cogió su cuaderno y comprobó que le había mentado. Cuando ese día regresó Fernando a casa se lo contó y él lo castigó una semana sin ver

televisión. Desde entonces la connivencia entre Mariana y Julián era total con respecto a la Extranjera. Los dos se habían aliado contra ella.

Julián no comprendía a su padre, juzgaba que a veces era demasiado severo con él sin motivo aparente. El chico lo atribuía a que echaba de menos a Alicia.

Por las noches, cuando ya estaban metidos en la cama, desde su cuarto los oía reír y hablar animadamente, a veces gemir, y esto lo contrariaba sobremanera, puesto que esa mujer con la que se acostaba su padre no era su madre.

«¿Cómo puede acostarse con ella si solo hace poco más de un año que murió mi madre?», se decía sin conseguir comprender la actitud de su padre. Una de aquellas noches Julián oyó que Gertrude le preguntó cuándo iban a casarse. No pudo oír la respuesta, si es que la hubo, pero sintió cómo el corazón galopaba en su pecho.

Para él pensar que la Extranjera podía convertirse en su madre era demasiado injusto e irracional. No podía concebirlo.

Fernando se levantaba temprano, alrededor de las seis, y se sentaba a escribir en su estudio antes de marcharse a media mañana a la facultad para dictar sus clases de Lengua y Literatura.

Gertrude se despertaba con el tiempo justo para ducharse, desayunar con Julián y acompañarlo al colegio. Después se iba a la facultad o a dar alguna de sus clases particulares de inglés. Por la tarde lo recogía y si algún día no podía hacerlo a causa de sus clases, era Mariana quien iba a buscarlo al colegio para acompañarlo de regreso a casa.

Fernando le pidió a Gertrude que le diera clases de inglés a Julián. De modo que un par de tardes por semana, después de volver del colegio, se metían en la cocina. Ella se preparaba un té y a él le hacía un Cola Cao con leche caliente y una tostada con mantequilla y mermelada, luego se sentaba a la mesa junto a él y no dejaba de observarle las manos mientras sorbía la infusión caliente y soplaba a la taza para enfriarla.

«No sé qué pasará por su cabeza al contar mis dedos. Cuando nota que me he dado cuenta de que me mira las manos, desvía la vista y se esfuerza por mostrar esa sonrisa fingida», pensaba el niño.

Julián imaginaba que su defecto le producía pena a Gertrude, o quizás era aversión, y por ello procuraba mantener las manos escondidas por debajo de la mesa. Solo las sacaba de su escondite para escribir los ejercicios de inglés que ella le dictaba.

Una tarde le dijo que Gertrude le parecía un nombre muy raro, difícil de decir, y ella le contó que sus abuelos eran alemanes y habían emigrado a los Estados Unidos, país donde había nacido su padre. Mientras que su madre era norteamericana de varias generaciones.

—Debido a eso tengo un nombre y un apellido alemán: Gertrude Hoffmann.

—¿Cómo se escribe?

Gertrude se lo deletreó, y él lo escribió en el cuaderno que usaba para la clase de inglés.

A Julián el idioma de Shakespeare no se le daba muy bien. Pero ella tenía mucha paciencia y era una buena profesora, las clases eran muy amenas, así que el niño consiguió aprender a comunicarse de manera básica en ese idioma en poco más de un año, y comenzó a sentir algo de afecto por la Extranjera, aun cuando en su balanza pesaba más la parte negativa que entrañaba su presencia en la casa.

A veces, durante las clases, se quedaba absorto mirando sus ojos azules como el cielo. También le miraba los pechos, grandes como los de su madre, y se acordaba de que Gertrude hacía el amor con su padre casi todas las noches.

Tiempo atrás Alicia le había dicho que había mamado su leche durante más de dos años. Aún recordaba cuando ella se lo contó: «Corrías hasta mí y me pedías con tu manera de hablar que me sacara la teta y te dejara mamar». Alicia se escondía de las miradas ajenas y le daba el pecho: ella sentada, él de pie. Julián creía que esta imagen era real, tal como había ocurrido, pero probablemente la había elaborado en su mente varias veces hasta dejarla grabada tal como la recordaba en ese momento.

Una tarde Gertrude no fue a recogerlo a la salida del colegio, tampoco lo hizo Mariana, pues la americana no la había avisado con tiempo, y Julián tuvo que regresar a su casa solo.

Cuando llegó su padre del trabajo, leyó la nota que le había dejado ella y se enfadó. Gritaba y la insultaba, mientras rompía la hoja de papel en mil pedazos.

Acabó calmándose y se sentó en el diván mirando absorto al suelo; Julián se colocó a su lado, mudo, sin saber qué decirle para animarlo, aguardando a que él le hablara.

Fernando no había querido leerle a su hijo el contenido de la nota antes de romperla, solo le dijo que no volverían a verla nunca más. No obstante, estuvieron esperando a Gertrude un buen rato, pero ella no apareció.

«Era una mujer extraña. Muy guapa, buena profesora, pero rara, pensó Julián, además de ser extranjera».

Esa noche se fueron a la cama temprano, sin cenar.

Se alegró de que dejara a su padre, aunque se percató de que su falta lo transformó durante esos días en un hombre resentido, huraño y malhumorado. Apenas hablaba, y lo castigaba sin ver televisión por cualquier motivo, por pequeño que fuera, igual que había hecho poco después de la muerte de Alicia.

Pero la alegría de Julián y Mariana por la desaparición de Gertrude de sus vidas les duró poco: dos semanas después de marcharse, regresó con su maleta de ruedas. Le explicó a Fernando que había estado con su antigua compañera de piso, se reconcilió con él y se quedó en la casa del paseo del Pintor Rosales.

La vuelta de Gertrude no le sentó muy bien a Mariana. No soportaba su actitud arrogante de niña bien.

«Se imagina que es la dueña de esta casa, y cree que lo sabe todo», le decía a Julián con una media sonrisa.

Él volvió a oírlos gemir y charlar animadamente desde la cama, cada noche, y se alteraba pensando que no era su madre y, sin embargo, su padre se acostaba con ella. No conseguía aceptarlo y esa idea le rebullía en la cabeza hasta que el sueño lo vencía.

Mariana quería a Julián mucho más que Gertrude, de eso estaba completamente seguro él. Lo había cuidado prácticamente desde que nació, en especial, cuando su madre estaba fuera interpretando conciertos como solista o dando recitales de piano. Para Mariana era como su propio hijo, el hijo que tantas veces había deseado y Dios no le había concedido. Le decía a Julián que nada era definitivo, las cosas podían cambiar de un día para otro igual que habían cambiado después de la muerte de su madre, refiriéndose a que la Extranjera volvería a marcharse en cualquier momento.

Julián rechazaba a Gertrude por haber invadido su hogar, por haber ocupado el sitio que le correspondía a su madre, y también debido a la influencia que Mariana ejercía sobre él.

Capítulo 13. Un viaje por la Toscana

A veces se miraba las manos y pensaba que quizás un día tendría que operárselas. A Alicia y a los abuelos les hubiera gustado que se dedicase a la música, pero eso era imposible, Julián tenía buen oído pero demasiados dedos. A pesar de ello, con la ayuda de su madre había conseguido aprender a interpretar al piano algunas melodías conocidas. En ocasiones se sentaba al piano de Alicia y practicaba.

Los abuelos maternos de Julián vivían en un chalet con piscina y jardín en la zona residencial de La Moraleja, situada al norte de la capital de España. Un lugar tranquilo donde habitaban personas famosas que se dedicaban al fútbol, al mundo del espectáculo, a las finanzas o a cualquier otra actividad que les reportara mucho dinero: era preciso ser rico para comprarse una casa en este lugar privilegiado. Los abuelos lo eran gracias a sus actividades relacionadas con la música clásica.

Cuando aún vivía Alicia, muchos domingos y algunos otros días festivos, Julián y sus padres solían acudir a comer a La Moraleja o a la casa de la abuela Mercedes, en el centro de Madrid. Se entretenía con los juguetes que habían pertenecido a sus padres y aún se conservaban intactos en los anaqueles o en los armarios de sus habitaciones, o guardados en el cuarto trastero, en cajas que las abuelas sacaban cuando él las pedía.

No llegó a conocer a su abuelo paterno, había muerto dos años antes de que el naciera debido a un infarto prematuro y fulminante.

La abuela Mercedes había trabajado como profesora; mostraba últimamente algunos fallos de memoria, pero todavía cocinaba bastante bien y se valía por ella misma. Vivía sola, con la ayuda de una asistenta que le hacía la compra y limpiaba la casa. Sus hijos, Fernando y Alberto, estaban preocupados por ella, especialmente Fernando, al que no le gustaba que su madre pasara tantas horas sin compañía, deseaba que una mujer se quedara a dormir con ella por la noche, por si le ocurría algo, pero la abuela reiteraba que no hacía ninguna falta cada vez que Fernando se lo proponía, y se negaba sistemáticamente manifestando su enojo. Alberto, el hijo menor de Mercedes, no quería contrariarla y le decía a su hermano que esperara, que aún no era necesario contratar a una interna.

Mercedes estaba muy gruesa, un día resbaló y se cayó en el cuarto de baño, no se rompió ningún hueso, por fortuna, pero no pudo levantarse por más que lo intentó. Permaneció en el suelo toda la noche, en camión, hasta que al día siguiente la encontró la asistenta. Estaba entumecida. Lo pasó mal y debido al frío que soportó estuvo con un catarro imponente bastante tiempo. Se recuperó, pero debido a este incidente, Fernando comentó por teléfono con Alberto lo que le había ocurrido a la madre, y ambos se pusieron de acuerdo en que lo mejor era buscar a una empleada

del hogar interna que se hiciera cargo de la casa y cuidara a su madre, noche y día. Fernando se ocupó de contratarla, pese a la negativa de Mercedes que, al final, tuvo que capitular.

Alberto era tres años menor que su hermano, estaba casado y tenía dos hijos. Vivía en Ávila, donde ejercía como profesor de instituto. De modo que Fernando, al vivir más cerca de la madre, era quien se ocupaba de estar al corriente de sus necesidades y de atenderlas.

Julián siempre manifestó sus preferencias por los abuelos maternos frente a la abuela paterna y el piso, de tamaño mediano, donde vivía, entre otras cosas porque donde mejor se lo pasaba era en el chalet de La Moraleja, en especial, en la temporada de verano. Le encantaba nadar en la piscina, secarse al sol echado boca abajo en el césped sobre una toalla, y jugar al balón en el jardín con el abuelo Emilio.

Era un chico despierto y muy curioso; había dejado atrás aquellos años de timidez, y preguntaba sobre todo aquello que le llamara la atención. Pero, en especial, sobre su madre. Cuando iba al chalet se pasaba un buen rato observando las fotos enmarcadas que había por toda la casa, colgadas en las paredes o sobre la mesa redonda de una esquina del salón, y les preguntaba a los abuelos.

—¿Abuelo, quién es esa señora de la foto?

—¿No la reconoces? Es tu abuela Eva hace bastantes años, cuando aún era joven.

—Creía que era mi madre.

—Es que se parecían mucho.

—La abuela canta ópera, ¿verdad? Mi madre me dijo que tenía una voz muy bonita de soprano.

—Sí, es una soprano con mucho talento interpretativo y con una voz muy potente. Es conocida en el mundo de la ópera, particularmente, por sus interpretaciones del repertorio *belcantista* como Elvira en *I puritani* de Bellini, o Lucía en *Lucía de Lammermoor* de Donizetti; también interpretó papeles como Gilda en *Rigoletto* de Verdi o Musetta en *La Bohème* de Puccini. Daba gusto oírla cantar y verla actuar en escena, y todavía hoy mantiene una preciosa voz, pero los años no perdonan.

—¿Abuelo, qué significa *belcantista*?

—Bueno... Es un término que se utiliza en la ópera para nombrar al *bel canto*, un estilo vocal que se desarrolló en Italia desde finales del siglo XVII hasta mediados del XIX. Compositores destacados de este movimiento fueron Rossini, Bellini y Donizetti.

—Mi madre me dijo que la abuela viajaba mucho, y daba recitales en todos los teatros del mundo.

—Bueno, en todos no. Tu abuela cantó en muchos teatros y auditorios, tanto en España como en el extranjero, en ciudades europeas como Milán, Londres o París, por eso viajaba mucho. Ahora ya se ha retirado, y solo canta en casa.

—¿Dónde os conocisteis?

—En Lucca, una ciudad muy bella de la Toscana italiana, situada cerca de Florencia. Ella participaba en un festival de música dedicado a Puccini, en el que interpretaba arias, duetos y fragmentos de óperas de este genial y conocido compositor.

»Yo estaba de vacaciones y hacía un viaje por la Toscana, visitando, en especial, Florencia y Lucca. Asistí una tarde en esta última ciudad, donde nació Puccini, a un recital de tu abuela y me sentí fuertemente atraído tanto por su belleza como por su voz extraordinaria. Volví al día siguiente para oírla cantar de nuevo y después de la función la esperé en la puerta de la basílica de San Giovanni, una iglesia renacentista muy bonita, donde fue bautizado el compositor Puccini y donde se celebraba el recital. Un marco incomparable. Me acerqué a ella y la felicité por su actuación. Estuvimos charlando un buen rato, y la invité a cenar pero ella rehusó, disculpándose, me dijo que tenía un compromiso.

Julián miraba a su abuelo sin perder un ápice de su relato. Emilio inspiró hondamente y, después de expulsar el aire, continuó:

—Nos citamos para vernos el día siguiente y dedicamos la mañana a recorrer juntos las calles del centro histórico de Lucca, que aún hoy mantiene el esplendor que tuvo en la Edad Media y se conserva intacto, pues Lucca tuvo la suerte de no ser destruida por ninguna guerra. La ciudad está rodeada por una muralla de ladrillos rojos que se construyó para defenderla de los ataques enemigos. Muralla que desde hace muchos años se utiliza como un lugar público para caminar o montar en bicicleta. Lucca tiene un patrimonio artístico monumental y posee una cocina deliciosa, como ocurre en toda Italia. Después del paseo nos sentamos a la mesa de un restaurante y disfrutamos de un exquisito plato de pasta y un excelente vino tinto italiano. Nos despedimos y esa misma tarde tuve que regresar a Madrid.

—¿Y cuando la volviste a ver, abuelo?

—No volví a verla hasta tiempo después en Madrid, en una función de ópera en la que ella hacía el papel de Clotilde en *Norma*. Estuvo fantástica. La saludé al terminar la representación y a partir de ese momento continuamos viéndonos, más tarde nos hicimos novios y finalmente decidimos unir nuestras vidas para siempre.

La abuela Eva le contó a Julián que el abuelo Emilio era un virtuoso del violín. Le dijo que le gustó desde el día en que lo vio por primera vez en Lucca. Era un hombre atractivo, muy alto y delgado, tenía una elegancia natural, y una memoria fotográfica desde niño, que había sabido ejercitar y aún conservaba. Era capaz de interpretar los conciertos de memoria y, cuando dirigía, se aprendía todo el programa y no necesitaba mirar las partituras.

—Cuando podía lo acompañaba en sus viajes —le dijo la abuela—. Recuerdo en especial el día en que interpretó como solista el *Concierto para violín en Re*

Mayor de Tchaikovski. El público que llenaba la sala grande de la Filarmónica de San Petersburgo le aplaudió de pie durante más de un cuarto de hora. Yo ocupaba uno de los asientos de las primeras filas y se me puso la carne de gallina. Al terminar el concierto, dos mujeres muy jóvenes y bonitas subieron al estrado a entregarle un ramo de flores cada una y noté en su cara la emoción que sintió ante aquel aplauso prolongado y también por el detalle cariñoso de las flores.

Los abuelos y Alicia consiguieron que Julián se interesara por la música clásica, pero debido al problema de sus manos tuvieron que renunciar a que se convirtiera en un intérprete como ellos hubieran deseado.

Julián era conocedor de que había personas que con una polidactilia habían conseguido tocar un instrumento, pero a él no se le daba demasiado bien.

Cuando Mariana libraba y su madre no se encontraba en Madrid a causa de su trabajo, Julián se quedaba con los abuelos en La Moraleja. Le gustaba nadar y en verano se hacía unos largos en la piscina, o veía la televisión mientras los abuelos oían su música favorita o preparaban sus conciertos. Qué voz tenía la abuela, una voz aguda, preciosa. «Con el paso de los años voy perdiendo facultades», le decía a su nieto, pero él no era capaz de notar nada anómalo en su voz, para él era una voz perfecta. El abuelo Emilio se metía en su gabinete a practicar y estudiar la próxima partitura que debía interpretar.

Después de la muerte de Alicia Pardo, en aquellos días en que Julián tuvo que quedarse con ellos, su abuelo le hablaba de sus músicos favoritos y le contaba anécdotas de sus viajes por el continente europeo.

Chaikovski era el compositor que más le había impresionado de todos los que había tenido el honor de interpretar al violín o de dirigir una de sus partituras.

—Algún día te contaré una historia muy especial sobre Chaikovski. Era un genio de la música —le dijo Emilio a su nieto.

—¿Qué historia, abuelo?

—Ya lo sabrás. Ten paciencia.

Capítulo 14. Compartir los secretos

Año 1987

El día del cumpleaños de Julián toda la familia se reunió en su casa para celebrarlo. Acudieron los abuelos maternos, el tío Alberto y su mujer, los primos, la abuela Mercedes, que estaba muy mayor y bastante despistada.

Mariana preparó una merienda especial para la ocasión, y Gertrude elaboró una tarta de manzanas y colocó sobre ella las catorce velitas que había comprado el día anterior. A él el detalle de las velas no le gustó demasiado, no porque las hubiera colocado Gertrude, sino porque le pareció bastante pueril para su edad; sin embargo, procuró apagarlas con un soplo prolongado, mientras formulaba interiormente un deseo. Lo consiguió a la primera y miró a todos sonriendo, esperando una ovación que no se hizo esperar.

Hubo aplausos, felicitaciones, besos, regalos... Pasaron una tarde fantástica.

Los primos, más pequeños que él, se comportaron fatal. Mariana intentó entretenerlos, pero no pudo con ellos y acabó con dolor de cabeza y muy alterada de los nervios.

La abuela Mercedes se sentó en un sillón del salón y durmió un buen rato a pesar del bullicio.

Julián le pidió a la abuela Eva que cantara, y ella, después de decir que no varias veces con la cabeza, accedió y cantó a capela el aria «Casta diva» de *Norma*. Todos aplaudieron complacidos y le pidieron un bis; ella volvió a decir que no, pero ante la insistencia unánime se aclaró la voz e interpretó «Sì, mi chiamano Mimì» de *La Bohème*. Julián se emocionó al oír a la abuela Eva cantar. Parecía que no se esforzara. Tenía una voz potente y clara de soprano lírica, una voz fantástica.

Cuando todos se hubieron marchado, mientras Fernando llevó a Emilio y Eva a La Moraleja, Gertrude ayudó a Mariana a recoger la mesa y ordenar la casa.

Fernando y Gertrude salieron a tomar una copa cuando él regresó de llevar a sus suegros.

Julián se quedó en casa con Mariana, que había trabajado de lo lindo, y había tenido que tomarse un analgésico.

La relación entre Fernando y los padres de Alicia era la normal entre un yerno y unos suegros. Podría decirse que no se llevaban mal. Sin embargo, después de la muerte de Alicia se hizo algo más distante, pero siempre era cordial.

Mariana y Julián se encontraban sentados en el sofá viendo una película en la televisión y, de pronto, él se acordó de su madre. A decir verdad, no había dejado de pensar en ella durante toda la fiesta de cumpleaños. Los días de aniversario eran las fechas en que más la echaba de menos, al igual que en Navidad y Reyes.

Le dijo a Mariana que sentía nostalgia de su madre y le pidió que le hablara de ella.

—¿Qué quieres saber, hijo?

—No lo sé, lo que te parezca bien contarme. Dime cómo era, qué hacía...

—¿No te acuerdas? Era muy guapa, culta, educada, y siempre mostraba su afecto a los demás, al menos a mí me lo parecía. Conmigo se comportaba como una señora, pero no era distante, me trataba con cariño y respeto. Tu madre tocaba el piano como los ángeles. Pasaba muchas horas practicando, y eso a veces era algo molesto, tengo que reconocerlo.

—Ya lo sé, me acuerdo muy bien de cómo tocaba el piano y de su aspecto, no la he olvidado, tengo fotos suyas en mi cuarto. Me refiero a si era feliz.

—Claro que era feliz, hijo. Tu madre lo tenía todo para ser feliz: belleza, dinero, salud, una profesión que adoraba, un marido que la quería, y te tenía a ti que eras su tesoro. ¡Cuánto te quería tu madre!

—Lo sé. Pero a veces mi padre y ella discutían. Yo los oía gritarse en ocasiones.

—Todas las parejas discuten, eso es lo normal. La convivencia es difícil y a veces hay roces, discrepancias, malentendidos.

—Pero mi madre se quedaba llorando cuando discutían y mi padre se marchaba de casa dando un portazo.

Mariana permaneció un buen rato en silencio. Movi6 la cabeza asintiendo varias veces, con el ceño fruncido, pensando qué podía decirle a Julián.

—Mira, hijo, ya eres un hombre para entender ciertas cosas, y debes conocer la verdad. Tu padre siempre estaba muy ocupado, pasaba mucho tiempo escribiendo en el ordenador, o leyendo en su estudio, o dando sus clases en la facultad, y solía volver a casa bien tarde. Era un hombre muy atractivo, y aún sigue siéndolo, y estoy segura de que muchas de sus alumnas estaban loquitas por él. El caso es que tuvo un lío con una de ellas y tu madre se enteró. No sé cómo lo supo, las mujeres nos olemos estas cosas enseguida, tenemos una especie de sexto sentido.

Él abrió bien los ojos y dio un respingo. Mariana continuó:

—Tuvieron una discusión tremenda. ¡Dios mío, cómo se gritaron! Se dijeron cosas que no estaban nada bien. Tu madre lo echó de casa, le dijo que se marchara y no volviera más. Tu padre agachó la cabeza como un perro y se fue con el rabo entre las patas, y con lo puesto. Dos días después volvió. Le dijo a tu madre que había terminado con la chica con la que estaba saliendo, y que no iba a volver a verla más. Le pidió perdón.

—Entonces mi madre no era feliz. Mi padre se la pegaba.

—Esas cosas pasan, hijo. No se puede ser feliz siempre, todos los días, hay que disfrutar de la felicidad cuando llega y resignarse cuando se va. No sé si me entiendes. Hay momentos buenos y momentos malos. Tu padre la quería muchísimo, lo sé, pero los hombres se dejan embaucar fácilmente por las mujeres. O son ellos quienes las buscan. Y esa vez tu padre se enamoró —o quizás solo quería sexo— de una alumna. Seguro que era una sinvergüenza, una rompe matrimonios.

—¿Y tú cómo sabes esas cosas?

—Tu madre me lo contaba todo. Decía que «compartir los secretos aligera la carga». Tenía mucha confianza en mí. Venía a la cocina, me pedía que le preparara un café, se sentaba a la mesa y hablábamos. Ella se desahogaba conmigo. Sé que tus padres se querían muchísimo. Pero estas cosas pasan, hijo.

»Tu padre sigue siendo un hombre muy atractivo y tiene mucha facilidad para relacionarse, por eso las mujeres no lo dejan en paz. Pero, créeme, es un buen hombre. Y te quiere, mucho más de lo que tú te imaginas.

—Yo también lo quiero a él, pero para mí es un extraño. No sé nada de él. Se pasa el día sentado frente al ordenador o en la facultad. A veces pienso que no le importo, que le molesta mi presencia. No sé por qué. ¿Crees que puede ser porque no acepta que yo tenga seis dedos?

—No digas eso. Es tu padre y a su manera te quiere mucho, igual o más que quería a tu madre, aunque a ti te parezca que no. Tú deberías interesarte por sus cosas, ya eres un hombre, y preguntarle cómo lleva sus novelas, qué escribe, o qué tal van sus clases, por ejemplo.

Julián no respondió. Sin embargo, lo que acababa de decirle Mariana lo hizo reflexionar.

Nunca había hablado a fondo con su padre de la muerte de Alicia, pero sabía que era preciso hacerlo. Por fuerza él tenía que saber mucho más de su madre que Mariana. Y sabía que ella tenía razón, debía interesarse más por su padre. Él también lo había pasado mal después de perder a su esposa.

Capítulo 15. Solo fue un error

Julián estudiaba primero de BUP en el colegio Fray Luis de león, en la calle Evaristo San Miguel. Un día salió del centro con un labio partido y la cara llena de moratones.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó Mariana al verlo entrar en la casa.

—Nada, me he caído —dijo sin mirarla.

—No, dime la verdad. ¿Te has peleado con algún chico?

Julián se echó a llorar, no pudo evitarlo. Cuando consiguió tranquilizarse, se sinceró con ella.

—Hace tiempo que no me dejan en paz. Es un grupo de cinco chicos que se mete conmigo. Me insultan. Me llaman el Seisdedos y me hacen la vida imposible.

—Y te han pegado, ¿verdad?

—Me he peleado con uno de ellos, pero el resto del grupo se ha sumado a la riña y me han golpeado también.

—¿Y los demás compañeros qué han hecho?

—Nada, se han quedado mirando como estatuas y no han intervenido para ayudarme o separarnos.

—¿Se lo has dicho a alguno de los profesores?

—No. Si lo hiciera sería peor aún. Prefiero no chivarme.

—Esta noche debes hablarlo con tu padre. Ven que te cure esas heridas. ¡Dios mío!, qué labio te han dejado.

Mariana lo llevó al cuarto de baño y le lavó la cara con agua y jabón. Después le aplicó un desinfectante en las heridas. Él apenas se quejó.

Esa tarde habló con su padre cuando este llegó a casa.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —le preguntó Fernando, sorprendido al ver las heridas y magulladuras.

—No es nada, papá. Un compañero se ha metido conmigo y con mis dedos.

—Y te has peleado con él, ¿no?

—Sí. No he podido evitarlo.

—No te disculpes. Yo hubiera hecho lo mismo. No debes permitir que te peguen. Nunca.

—Es que eran cinco chicos.

—En ese caso... ¿Quieres que vaya a hablar con el director del colegio?

—No, papá. Sería peor. Esos chicos forman un grupo temido por todos. Nadie quiere enfrentarse con ellos. Hacen lo que les da la gana.

—Precisamente por eso los profesores deben tomar medidas y acabar con los abusos.

—Yo hablaré con uno de mis profesores, no te preocupes por mí.

—De acuerdo. Acércate que te vea bien la cara.

Obedeció a su padre y este le pasó el dedo por la herida del labio que ya estaba casi seca y luego le tocó los moratones.

—¿Te duele?

—Un poco. Pero ya se curará.

Julián cambió de tema y le preguntó a su padre, mirándolo fijamente a los ojos:

—¿Tú querías a mi madre?

—Lo dices como si fuera solo tuya. Pues claro que la quería. Ten en cuenta que era mi mujer además de ser tu madre. ¿Por qué me lo preguntas?

—Sé que discutíais. Os oía sin querer.

—Bien... ¿Y?

—¿Tuviste un lío con una alumna tuya?

—¿¿Quién te ha contado esa historia?!

—Mariana.

—Es cierto, pero eso fue un error. Al saberlo, tu madre se enfadó, como es lógico, y enseguida dejé de ver a esa chica. No me siento orgulloso de aquello, pero, insisto, solo fue una aventura que duró muy poco. Tu madre era para mí la única mujer. La quería más que a nada en este mundo.

—Y a mí, ¿me quieres?

—Qué cosas tienes. Claro, hombre. Tú eres lo más importante para mí. Te quiero mucho. Ven.

Fernando se acercó a su hijo con los brazos abiertos, y lo abrazó fuerte y prolongadamente.

Julián se sintió mejor después de aquel abrazo.

—¿Te vas a casar con Gertrude?

—Nos queremos, pero no lo creo. Somos felices así, y ella es una mujer muy libre. No querrá atarse a mí para siempre. Además está la diferencia de edad. Lo hemos hablado ella y yo y de momento hemos decidido no casarnos.

—También discutes con ella, como lo hacías con mamá. Sin pretenderlo os he oído desde mi cuarto.

—Como te he dicho le gusta sentirse libre, hacer lo que le apetece en cada momento y no dar explicaciones de nada.

—¿Y eso te molesta?

—Depende, hay veces que sí. Pero no tengo otro remedio que aguantarme. Hoy día las cosas han cambiado mucho y, por otra parte, Gertrude viene de una cultura muy distinta a la nuestra.

—Papá, no me gustaría que te casaras con ella.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé. No acaba de gustarme la idea.

—Nunca me casaré con ella, quédate tranquilo. Pero si lo hiciera no tienes nada que temer.

Capítulo 16. La joven pelirroja

Año 1990

En la universidad Julián entabló amistad con un estudiante al que apodaban el Rubio. A decir verdad era pelirrojo. Lo conoció al principio del curso en la cola de la librería Felipa, una tienda de libros de segunda mano situada en las inmediaciones de la Gran Vía madrileña, donde se podían conseguir libros en buen estado y a un precio asequible para los estudiantes. Habían ido los dos a comprar el libro de texto *Teoría del Derecho*. Iniciaron una conversación superficial y después de comprar el libro quedaron esa misma noche para tomar unas cañas en un bar de la calle Princesa.

El Rubio era un joven divertido y abierto. Una de esas personas que enseguida caen bien a todo el mundo. Vivía en el barrio de Argüelles con su padre y una hermana gemela. Estudiaba Derecho, al igual que Julián, en cambio su hermana Sofía hacía Ciencias Exactas.

Durante el curso los dos muchachos se hicieron muy amigos, salían a menudo para ir al cine, o a tomar cañas o vinos, o a una discoteca con el propósito de ligar. A Julián no se le daba muy bien conseguir que una muchacha se interesara por él. Uno de los motivos era su timidez que, aunque había superado bastante, hacía que le costara conectar con las chicas. Por otra parte, ellas le rehuían en cuanto se daban cuenta de su defecto en las manos. Pensaban de él que era un bicho raro. Por el contrario, el Rubio disfrutaba de un éxito envidiable con las muchachas.

Una noche cálida del mes de octubre quedó con el Rubio en un bar del paseo del Pintor Rosales, que hacía esquina con la calle Ferraz, muy cerca de donde vivía. Julián llegó antes que su amigo y se sentó a la barra a esperarlo. Pidió una cerveza y miró su reloj varias veces hasta que al fin apareció el amigo con una chica pelirroja como él. Los muchachos se saludaron efusivamente y el Rubio le presentó a la pelirroja.

—Esta es mi hermana Sofía —dijo el Rubio, y Julián se quedó embelesado mirándola, como si no hubiera visto belleza igual en su vida.

Sofía se parecía bastante a su hermano, pero era mucho más guapa que él, un poco más baja, y tenía un cuerpo que Julián intuía perfecto debajo del pantalón vaquero y la camiseta de manga corta.

Sofía le dio dos besos en la mejilla; luego se sentaron a una mesa en la terraza del bar.

Ella le dijo:

—Mi hermano me ha hablado mucho de ti.

Julián se ruborizó, dejó el vaso de cerveza en la mesa, y se repantigó en el sillón con las manos embutidas en los bolsillos y las piernas abiertas.

—Espero que solamente te haya hablado de lo bueno —dijo Julián sonriendo, un poco cohibido aún.

—Claro... También me ha contado lo de tus manos.

—¿Te lo ha dicho?! Qué chismoso es.

—Sí. ¿Por qué las escondes? —dijo Sofía, mirando los bolsillos de Julián.

—No me gusta mostrarlas si no es preciso.

—¿Me las dejas ver?

Él dudó unos instantes.

En eso vino el camarero a atender la mesa. Los tres pidieron una caña de cerveza. El camarero se marchó, y en ese momento Julián sacó sus manos de los bolsillos y las posó sobre el velador con las palmas hacia abajo. Recordó que no era la primera vez que había tenido que mostrarlas.

Sofía le cogió la derecha y contó los dedos mentalmente; después estuvo un buen rato observándola, pensando en qué podía decir. De pronto se acordó del caso de una chica, amiga de una amiga suya, que se las había operado.

—Conozco a una chica que nació con seis dedos y le extirparon el sobrante con éxito. Hace poco coincidí con ella en el Metro y me lo contó, me mostró las manos y no se le notaba nada más que una cicatriz muy fina.

—Seguramente su dedo extra sería un pedúnculo de fácil eliminación. Los míos son todos funcionales y nacen en la muñeca. He pensado muchas veces si debo operarme, pero las posibles secuelas pueden ser peores que los beneficios. Quiero ser abogado, no violinista como mi abuelo —se le ocurrió decir, sonriendo.

Sofía sonrió también y replicó:

—En ese caso supongo que no debe de ser una operación fácil. Además, no creo que sea un problema tener más dedos que los demás mortales. Si no te fijas ni se nota.

—He leído mucho sobre este asunto, como puedes imaginar. Hay diferentes clases de polidactilia, y no es un defecto tan raro como podría parecer. Uno de cada mil niños nace con más dedos de lo normal e incluso con menos, y puede darse tanto en las manos como en los pies.

—¿Es hereditario? —preguntó Sofía.

—Puede serlo, en un cincuenta por ciento de los neonatos afectados es de origen hereditario. En mi caso no lo es, nadie en mi familia tiene esta anomalía, ni la

ha tenido, que sepamos. Mis seis dedos se deben al efecto de la mutación espontánea de un gen durante el desarrollo del embrión.

El Rubio le observó las manos y dijo:

—El hombre evoluciona a mejor y tus manos son un ejemplo de progreso de la especie humana. Tener más de cinco dedos puede ser una ventaja.

—¿Qué tipo de ventaja ves tú en ello?

—No lo sé. Si tienes más de cinco dedos, será por algo —contestó—. Peor sería tener un dedo menos. Yo no me operaría.

—Esa teoría de la evolución resulta bastante curiosa —dijo Julián con una sonrisa—. A mí me hubiera gustado nacer con cinco dedos como la mayoría de la gente. Por lo demás, no pasa nada. Estoy acostumbrado y manejo muy bien mis manos y mis seis dedos.

Pidieron unas tapas y más cervezas. A medianoche se retiraron del bar un poco achispados y, para intentar despejar la cabeza antes de volver a casa, se encaminaron hacia el templo de Debod.

—¡Qué bonito! —dijo Sofía, escrutando el entorno—. Es un lujo tener un monumento como este en Madrid.

—¿Sabéis por qué este templo egipcio está instalado aquí? —preguntó Julián.

—Según parece nos lo regaló el gobierno de Egipto —replicó el Rubio.

—Sí. El gobierno egipcio lo regaló a España en agradecimiento por la colaboración que prestó un equipo español de arqueólogos en el despiece del templo de Abu Simbel, para su traslado a una zona próxima más alta con objeto de evitar su inundación por el Nilo, al construirse la presa de Assuan.

»Los trabajos para levantar la citada presa afectaron igualmente al templo de Debod que fue también desmontado, transportado y reconstruido en este lugar. Yo solía venir aquí de pequeño con mi madre y ella me lo contó un día. Le gustaba mucho venir aquí a pasear. Creo que se inauguró en 1972, un año antes de nacer yo.

Hacía una noche templada y clara, sin nubes, y las estrellas se reflejaban en el estanque que rodeaba el monumento histórico. El escenario era fantástico, ideal para la representación de la ópera Aida. Se sentaron en el ribete de la alberca y comenzaron a charlar de las clases y de los profesores. El Rubio se ausentó un momento para aliviar la vejiga. Julián le cogió una mano a Sofía, la miró a los ojos, acercó los labios a su boca y le dio un beso. Percibió el suave perfume que desprendía su cabello, y notó sus labios tibios y húmedos. Ella se dejó besar, no opuso ninguna resistencia, pero al ver regresar a su hermano se apartó de Julián.

Él se disculpó y dijo:

—Perdona, no he podido resistir el impulso.

—No te preocupes, me ha gustado. No lo esperaba, la verdad, me había dicho mi hermano que eras un poco tímido, pero me parece que no es cierto.

En eso se les unió el Rubio, descendieron hasta el paseo del Pintor Rosales y se despidieron tras una corta caminata.

Los tres comenzaron a salir juntos con frecuencia desde ese día.

Cuando terminó el curso, con todas las asignaturas aprobadas, el Rubio y Julián se veían casi a diario en la piscina de la Complutense. Un lugar tranquilo que disponía de pileta olímpica y otra más pequeña para saltos de trampolín. Había estudiantes y profesores universitarios, nada de niños. Con frecuencia también se les unía Sofía. Hacían unos largos en la olímpica. Después salían y se tumbaban en el césped bajo el sol del verano para recuperarse del esfuerzo de nadar y fumarse un cigarro. Luego volvían al agua y los dos chicos competían en una carrera de cien metros lisos. La pelirroja los observaba sentada en el césped, los brazos rodeando sus rodillas, y, cuando alcanzaban la meta —siempre era Julián el primero en llegar—, él dirigía los ojos hacia ella y veía que Sofía les aplaudía, y se sentía feliz y orgulloso de haber ganado la carrera.

—Tú eres un monstruo —le dijo el Rubio—, nadas mejor porque tienes más dedos que yo.

—¡Gracias! —dijo Julián en tono de reproche.

—No quería decir eso, lo siento.

—Lo sé. No te preocupes.

Mientras se cambiaban en el vestuario, el Rubio le dijo:

—Si entrenaras, podrías llegar a ser un campeón olímpico.

—No me interesa. Quiero dedicar mi tiempo a estudiar y a investigar cómo era mi madre y quién la mató.

—¿La policía no ha podido encontrar al asesino aún?

—Todavía no. Pero yo lo encontraré.

—Si puedo ayudarte, cuenta conmigo.

—Lo haré. Por cierto, quería que supieras que tu hermana me gusta. Está buenísima.

—¿De veras?

—Sí, mucho.

—Pero si es muy fea.

—¿¡Fea!? Nada de eso, lo que ocurre es que se trata de tu hermana y a ti no te gusta, como es lógico. No le digas nada, por favor.

—No quiero desilusionarte, pero creo que está saliendo con alguien.

Oír eso sorprendió a Julián, no se lo esperaba en absoluto o, al menos, no lo deseaba.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro.

—A pesar de ello, me mira de una manera que yo creo que también le gusta a ella.

—Pues tendrás que averiguarlo tú mismo. No querrás que se lo pregunte yo.

—Por supuesto que no. No seas gilipollas.

Uno de aquellos días de verano un amigo de la facultad los invitó a una fiesta de cumpleaños en un chalet de Aravaca, un barrio de Madrid situado a unos diez kilómetros del centro. El padre del Rubio le dejó el coche y fueron en él los tres: Sofía, el Rubio y Julián.

Era el mes de agosto y hacía una tarde calurosa.

En el césped del jardín de la casa, recién cortado y regado, sobre una mesa alargada había platos de emparedados y pastelitos y, junto a la mesa, bebidas de todo tipo enfriándose en dos cubos grandes con hielo. La música de un equipo estéreo animaba la fiesta a un volumen demasiado alto.

Olía a césped mojado, a jazmines y a galán de noche.

Ellos tres llegaron y enseguida se acercaron a los cubos a coger una cerveza. Luego se mezclaron con la gente, que se movía al compás de la música con el vaso en la mano, entre risas, bebiendo cerveza o cubalibres de ron o ginebra. El crepúsculo cedió el paso a la noche. Una noche estrellada de verano.

Sofía estaba hablando con un grupo de amigos y Julián se les unió y la invitó a bailar. En el equipo sonaba la canción *Listen to your heart* de Roxette. Se apartaron a un rincón solitario y bailaron, los cuerpos muy juntos, notándose el uno al otro, siguiendo los acordes de la música casi sin moverse del sitio. Él acercó sus labios a la boca de Sofía y la besó. Fue un beso largo, profundo, uno de esos besos que no se olvidan nunca. Le pidió que lo acompañara a la calle a dar un paseo, y salieron de la casa cogidos de la mano.

Se detuvieron poco después y volvieron a besarse. La empujó suavemente hasta que ella apoyó la espalda en la cerca de piedra de otro chalet, siguieron besándose y tocándose, y, de pie, hicieron el amor, ella rodeando las caderas de él con sus piernas.

Se sentaron en un bordillo de la acera de la urbanización, Julián encendió dos cigarrillos, le puso uno a ella en los labios y los fumaron, gozando del momento, en silencio. Después de aplastar las colillas en el piso con la suela de los zapatos, ella le dijo que estaba saliendo con Esteban, un profesor de su facultad.

—Me lo dijo tu hermano. Y no quise creerlo. ¿Estás enamorada de él?

—Creo que sí —dijo Sofía titubeando.

—¿Por qué no ha venido contigo a la fiesta?

—Está de vacaciones en su pueblo.

—¿Pero lo vuestro va en serio?

—Claro que sí.

—¿Y lo que ha ocurrido esta noche entre nosotros qué?

—Ha ocurrido y punto. Lo que hemos hecho no puede volver a pasar. Supongo que he bebido mucha cerveza, y tú también. No sé. No he podido evitarlo.

Julián estaba abatido. No entendía por qué si quería al profesor había dejado que la besara y llegara hasta donde habían llegado. Pensó que tenía que insistir hasta conseguir que dejara a su novio y saliera con él.

—Yo tampoco he podido contenerme, Sofía. Me gustas mucho. Está bien, pero, al menos, sigamos siendo amigos. ¿Vale?

—No, será mejor que no nos veamos más.

—¿Por qué no podemos ser amigos? Dime. ¿Por qué?

—Porque tú también me gustas.

Después de oír esas palabras, Julián pensó que no entendía a Sofía. No podía comprender su actitud. Si habían hecho el amor no era solo por las cervezas que habían tomado. Era porque se gustaban mutuamente.

Volieron a la fiesta y continuaron bailando como hacían los demás.

Muy tarde, de madrugada, regresaron a Madrid.

Esa noche Julián se durmió pensando en ella y en qué haría para lograr que dejara a Esteban. Seguir siendo amigos no era lo único que realmente anhelaba. Necesitaba mucho más que una amistad.

Capítulo 17. El manuscrito de Nadezhda

Uno de aquellos días calurosos del verano de 1990 Julián se lanzó a nadar a la piscina de los abuelos. Hizo varios largos. Salió y se tumbó en el césped. Notaba su corazón palpitándole deprisa en el pecho. El sol evaporó en un instante las gotas de agua que aún quedaban en su cuerpo. Una vez recuperó la respiración, se sentó y encendió un pitillo.

El abuelo se aproximó a él con dos cervezas frías en la mano. Se sentaron a la mesa debajo del porche. A ratos corría una brisa agradable que mitigaba el calor sofocante. Bebieron directamente de las botellas.

Unos minutos después Emilio se levantó de la silla y le dijo que volvía enseguida. Julián estuvo observando sus movimientos y advirtió que caminaba con pasos cortos e inseguros. Emilio volvió con un portafolio de piel y sacó de él una carpeta de archivo, en la que había escrito el nombre Nadezhda. Dentro encontró los papeles que buscaba.

Después de ojearlos, Emilio le dijo a su nieto:

—Déjame que te cuente aquella historia sobre Chaikovski que te prometí hace años.

—Sí, lo recuerdo. Soy todo oídos, abuelo.

—Esta historia que voy a narrarte me ocurrió en San Petersburgo una vez que fui a dirigir tres conciertos. Salí del hotel por la mañana a dar un paseo. Iba caminando por el malecón del río Moika, y me hallaba en la calle Glinki, muy cerca de la plaza del Teatro, donde se encuentran el Conservatorio Rimski-Korsakov y el teatro Mariinski, cuando encontré una tienda de instrumentos musicales. Entré solamente a echar un vistazo. No tenía intención de comprar nada, solo sentía curiosidad por ver qué vendían allí.

»La empleada que atendía el negocio en ese momento, una mujer joven y alta, me reconoció y, emocionada, me dijo en inglés que una vez me había oído interpretar el *Concierto para violín de Chaikovski* y nunca antes había sentido tanta emoción al oírlo. Yo le agradecí el cumplido, me sentí halagado y hablamos un rato. Ya me iba a despedir cuando me dijo que tenía un manuscrito atribuido a la benefactora de Chaikovski, Nadezhda von Meck, y me preguntó si quería verlo.

»Le dije que sí, por supuesto. Y me lo mostró. Estaba a la vista sobre una mesa, guardado en una urna de cristal para protegerlo del público y del ambiente. Como yo insistí en tenerlo un momento en mis manos, ella, después de pensarlo unos segundos, aceptó. Me dijo que por ser yo lo sacaría de su caja protectora. Fue hasta detrás del mostrador, cogió un manojito de llaves de un cajón y regresó hasta la urna

junto a la cual yo la esperaba ansioso por tocar y ver de cerca el documento. Abrió la urna y sacó el manuscrito. Consistía en varias hojas que habían formado parte de un cuaderno del tamaño de una cuartilla. Posiblemente un diario. Me las ofreció y las cogí con mis manos. Fue como tocar al mismo Chaikovski. Después de ojearlas unos segundos, y dado que yo no entiendo el ruso, le pedí que me tradujera los primeros párrafos, al menos.

Julián seguía atento el relato de su abuelo sin decir palabra.

—Ella aceptó encantada de complacerme. Me tradujo una pequeña parte. Se trataba de un documento que hablaba de Piotr Ilich Chaikovski, y llevaba la firma de Nadezhda von Meck. Le pregunté si estaba en venta y me dijo que sí. «¿Cuánto pedís por él?», le pregunté. Llamó por teléfono y después de colgar me rogó que esperara al dueño de la tienda, que solo sería cuestión de minutos, puesto que vivía muy cerca. En efecto, poco después un hombre anciano se presentó en el establecimiento, me habló del manuscrito, de su origen y de cómo lo había conseguido, y me pidió una cantidad elevada de dinero. Yo le hice una oferta por el cincuenta por ciento de lo que dijo y pronto llegamos a un acuerdo.

»Compré el manuscrito y ya en el hotel lo metí en la caja fuerte, me había costado una fortuna, pero al menos conseguí una rebaja sustancial. No sé si pagué lo justo o más de lo que valía, pero mereció la pena. Es un documento único.

Julián asintió sin dejar de mirar el manuscrito que su abuelo tenía entre las manos.

Después de contarle esta historia, Emilio le entregó una copia traducida al castellano, que guardaba junto con el documento original en el mismo archivador de cartón que había sacado del portafolio.

Julián tomó en sus manos la copia y la leyó en voz alta:

«Nací en enero de 1831 en el seno de una familia noble. Heredé de mi padre la pasión por la música. Él era un terrateniente, tocaba el violín y se interesaba por las artes en general, y la música en particular. En mi hogar recibí clases de piano además de una buena formación financiera.

De mi amada madre obtuve un carácter enérgico, mucha fuerza de voluntad y una ambición sin límites. Me casé con apenas diecisiete años con un ingeniero de origen alemán, un hombre atractivo, trabajador y marido fiel. Karl von Meck, mi esposo, era doce años mayor que yo. Tuvimos dieciocho hijos de los que solo once lograron sobrevivir.

Me hubiera gustado dedicarme plenamente a la música, pero no tuve tiempo para ello. Karl era un buen hombre, y buen marido, pero las noches para mí fueron un suplicio. Nunca llegué a disfrutar de las delicias del sexo con él. A veces llegué a tener dudas sobre mi tendencia sexual. Con mis múltiples

embarazos, la atención de mis hijos, la pena causada por la pérdida de siete de ellos, en momentos y circunstancias diversas, más varios abortos, mi vida transcurría lánguida y frustrada por no poder dedicar más tiempo a mi verdadera ambición: convertirme en una excelente pianista, y viajar por todo el mundo ofreciendo conciertos y recibiendo los aplausos del público.

Me sentí aliviada, no debo negarlo, cuando una noche de 1873 Karl murió de manera repentina. Me dejó viuda con cuarenta y dos años. Heredé sus participaciones financieras en distintos negocios. Entre otros me dejó dos líneas de ferrocarril, varias propiedades inmobiliarias y millones de rublos.

Desde su muerte me concentré en administrar sus finanzas, con la ayuda de mi hermano Alexander y mi hijo mayor Vladimir; me ocupé de la educación de los siete hijos que aún vivían conmigo, y me confiné en un aislamiento casi total que solo rompía para asistir de incógnito, sentada en mi palco, a los conciertos de la Sociedad Musical Rusa y del Conservatorio de Moscú, donde a la sazón Nicolai Rubinstein era el director.

Con la fortuna que heredé de mi difunto Karl, me convertí en una benefactora de las artes, especialmente de la música. Varios intérpretes y compositores recibieron mi ayuda, no solo Rubinstein, sino también Debussy, al que contraté como profesor de mis hijas y mi pareja al piano, y muchos otros. Pero mi pasión se rebasó con la música de Piotr Ilich Chaikovski. El día que oí su composición La tempestad, una fantasía orquestal basada en la obra homónima de Shakespeare, quedé profundamente impresionada.

Iosif Kotek, uno de los violinistas al que yo apoyaba, alumno predilecto de Chaikovski en el Conservatorio de Moscú, me habló de él. Me dijo que era un músico de mucho talento. Le escribí una carta en diciembre de 1876 en la que le solicitaba tuviera a bien componer una obra para piano y violín que pudiera yo interpretar en mi propia casa. Él me contestó enseguida agradeciendo mis palabras de elogio y mi solicitud, y diciéndome que para un músico como él, que había sufrido muchas desilusiones con las críticas adversas que había recibido, era reconfortante saber que existían personas como yo sinceramente apasionadas por su obra, y que se ponía sin demora a realizar mi encargo. Una vez terminada, me envió la partitura y la escuché a primeros del año 1877, en la fecha de mi cuadragésimo sexto cumpleaños. Le escribí una segunda carta diciéndole que su música me hacía la vida más fácil y agradable.

Desde ese momento iniciamos una correspondencia en la que él me hacía saber sus inquietudes y ambiciones musicales y yo le contestaba

alentándolas. Él era mucho más abierto que yo, desnudaba su alma por completo en aquellas misivas.

Decidimos no vernos nunca, pero a través de las fotografías que nos intercambiábamos conocí su aspecto físico, de un atractivo indiscutible. No solo me enamoré de su música, sino también de su mente y quién sabe si de su cuerpo. Desde luego, yo no buscaba una aventura ni una relación carnal, bastante tuve con mi ardiente esposo, me interesaba únicamente mantener una relación de carácter intelectual, filosófico y musical. Por esa razón nunca acepté que me visitara y, a decir verdad, él tampoco manifestó ningún deseo de hacerlo.

Así, pues, no llegamos a conocernos en persona. Solo una única vez nos vimos de manera casual y fugazmente en el transcurso de nuestra idealizada relación.

Poco a poco nuestra correspondencia se hizo más frecuente y cercana. Llegamos a escribirnos más de mil doscientas cartas. Nos enviábamos fotos, me confiaba sus estados de ánimo, sus miedos y depresiones esporádicas a raíz de sus continuos fracasos y la incompreensión de los críticos hacia su música. Yo trataba de animarlo con mi apoyo y mi deseo de ser su amiga y confidente. Le encargué una segunda pieza para violín y piano, y comprendió que quería ayudarlo con mi dinero, pero no lo rechazó; antes al contrario, aceptó gustoso confesándome la difícil situación económica que atravesaba. Así pues decidí concederle una asignación anual de seis mil rublos, cantidad muy superior al sueldo de un funcionario que rondaba los cuatrocientos. Dejó su cátedra en el Conservatorio de Moscú y se dedicó de lleno a la creación musical.

Yo estaba convencida de estar ayudando a un genio.

Piotr me comunicó en una de sus cartas que tenía en mente la composición de una ópera de título Eugenio Oneguín, basada en un personaje de Pushkin. Esta ópera llenó muchas de las páginas de nuestra correspondencia. Me contaba sus ideas sobre la obra y yo lo alentaba y le exponía mis opiniones.

En la primavera del año 1877 en una de sus cartas me contó de pasada, después de hablarme de su ópera y de una sinfonía que estaba componiendo, que tenía previsto casarse con una ex alumna del Conservatorio de Moscú, una tal Antonina Miliukova. Parece ser que ella le confesó su amor en diferentes ocasiones con la amenaza de suicidarse si no la aceptaba como esposa. Le hizo ver a Piotr que ella le sería muy útil en la casa y le traería la estabilidad emocional que él necesitaba.

Se dejó convencer por Antonina y se casó con ella. Para mí supuso un golpe tremendo. Le había hablado de mi aversión al matrimonio, de mi desacuerdo con la distribución de los derechos y obligaciones que conlleva según nuestras normas, pero en mi caso tuve que reconocer sus beneficios en cuanto a la procreación y estabilidad social. La misoginia aparente de Piotr y su propia aversión al matrimonio me atrajeron de él. Mi amor hacia él no era carnal, sino espiritual, como he dicho ya. El matrimonio con Antonina me contrarió en demasía. A pesar de ello, seguimos escribiéndonos y yo continué apoyándolo con mi dinero.

Fue un matrimonio degradante para ambos que apenas duró tres meses.

Ese otoño me escribió una carta en la que decía que quería huir sin importarle a qué lugar, estaba desesperado. Yo me encontraba en mi casa de la Riviera italiana, cerca de San Remo, y me hubiera gustado ir a visitarlo a Moscú para animarlo, pero nuestro acuerdo de no vernos me lo impidió.

Más tarde supe que había intentado suicidarse en el río Moscova.

Después de esto, le asigné una renta anual mayor y le propuse que hiciera un viaje por Europa occidental. Recorrió Suiza, Italia y Viena. Cada día me escribía contándome sus emociones y el sosiego que le aportaba dicho periplo.

En agradecimiento Piotr me dedicó su Sinfonía n.º 4.

De ese año de 1877 son sus obras más sobresalientes, originales y bellas: el Concierto para violín y orquesta y el ballet El lago de los cisnes.

En agosto de 1878 terminó su ópera Eugenio Onegin. Lo felicité y le propuse que pasara el verano en mi dacha de Brailov mientras yo estaba en Florencia. La idea lo entusiasmó y allí esbozó su primera suite orquestal, inspirado por la naturaleza.»

Nadezhda von Meck

Cuando hubo terminado de leer la copia del documento, Julián se quedó pensando, mirando al suelo, sin saber qué decir.

—¿Qué te parece? —le preguntó el abuelo.

—Como bien has dicho, es un documento único, extraordinario, como si formara parte de las memorias escritas por una persona que debió de conocer a Tchaikovski muy bien a través de la correspondencia que mantuvieron ambos. Y todo ello sin llegar a verse nunca. Es increíble que no se vieran.

—Entre ellos dos debió de existir una atracción enorme y una gran amistad.

—Por curiosidad, ¿cuánto te costó el manuscrito, abuelo?

—Qué cosas preguntas, hijo. No importa lo que pagué por él. El dinero solo sirve para gastarlo en aquellas cosas que nos interesan y nos hacen felices. El caso es que el documento parece estar inacabado. No sé por qué solo llega hasta ese momento. Es posible que la autora, debido a su avanzada edad, o por problemas de salud, no pudiera terminarlo, o no quisiera. Aunque sí está firmado, como ves en el original, y la firma parece ser real.

»Chaikowski escribió después de la ópera *Eugenio Oneguín* otras partituras que le dieron su merecida fama de genio: la ópera *La dama de picas* en 1890, y los dos ballets *La bella durmiente* en 1890 y *Cascanueces* en 1892.

»Pocos días antes de su muerte, que ocurrió en 1893, debida según cuentan a una epidemia de cólera que se declaró en Moscú y lo contagió, dirigió en esta ciudad su *Sinfonía número 6*, conocida con el nombre de *Patética*, una obra que quizás sea la que mejor refleja su personalidad atormentada y compleja.

»Unos meses después, en enero de 1894, murió de tuberculosis Nadezhda, sin haberlo conocido en persona, tal como ella misma escribió en su manuscrito. Muchos dicen que no pudo soportar la muerte del compositor.

»Chaikovski está enterrado en el cementerio Tijvin de San Petersburgo, que se encuentra situado junto al Monasterio de Alexander Nevsky. Siempre que he viajado a esta bella ciudad rusa, y he podido, he visitado su tumba. Es un camposanto en el que reposan los restos de muchos rusos ilustres.

—¿Tienes más documentos como este?

—Sí, unos pocos más, cartas y partituras originales del compositor ruso, incluso algunos oficios que escribió cuando era funcionario del Ministerio de Justicia. Me gusta coleccionar este tipo de cosas. Algún día te los regalaré, serán tuyos y podrás venderlos si lo deseas, o te hace falta el dinero.

—Abuelo, no te burles de mí.

—Lo digo en serio, Julián.

—Nunca los venderé.

Ese año de 1990 el abuelo cumplió setenta y cinco.

Le dijo a su nieto que su última interpretación en público fue el *Concierto para violín* de Beethoven en el Auditorio Nacional de Música de Madrid. Tuvo que parar de tocar, pedir disculpas al público y retirarse al camerino un momento. Sintió que las manos no le respondían a la velocidad que requería la partitura. Volvió al escenario y terminó el concierto, pero ese día se dio cuenta de que debía renunciar a su profesión.

A raíz del incidente, Emilio visitó a su médico y este le recomendó que se hiciera examinar por un neurólogo.

A través de los signos clínicos que el paciente presentaba, tales como temblor, rigidez, alteraciones en la marcha, signos todavía incipientes, y a las pruebas adicionales de laboratorio y neuroimagen que le practicaron pudieron diagnosticarle la enfermedad de Párkinson.

Aunque aún estaba en una fase inicial, debía dejar de ofrecer conciertos, como solista y como director.

—Gracias a la medicación que me han prescrito para suplir la falta de dopamina en mi cerebro, puedo seguir tocando, pero ya no en público, haría el ridículo si lo hiciera.

—¿Y esa enfermedad, abuelo, no tiene cura?

—No, hijo, los fármacos ayudan pero no curan y por desgracia no es operable. En todo caso, ya soy mayor para ejercer mi profesión. Debo abandonar y dejar paso a los jóvenes.

La música representaba para Emilio Pardo toda su vida. No se había dedicado a ninguna otra actividad. Tener que dejarla fue para él mucho más doloroso que conocer la clase de enfermedad que padecía.

Julián se sintió muy apenado y decidió acudir a La Moraleja mucho más a menudo que antes y pasar más tiempo con los abuelos maternos.

La abuela se dedicaba por entero a cuidar a Emilio y a hacerle compañía. A pesar de su edad aún disfrutaban de estar juntos, escuchar música y compartir sus recuerdos.

Capítulo 18. Una pareja distinguida

Una mañana calurosa de principios del mes de septiembre, Julián llamó al Rubio por teléfono y le preguntó si le apetecía acompañarlo a darse un baño en la piscina de sus abuelos.

Dijo que sí, sin pensarlo mucho, y le pidió el coche a su padre.

A media mañana esperaba a su amigo en el asiento del conductor del vehículo, aparcado cerca de la puerta de la casa de este.

Julián se llevó una agradable sorpresa al comprobar que detrás se hallaba sentada Sofía.

Hacía tiempo que no la veía, exactamente desde la noche de la fiesta en Aravaca.

Con el pelo rizado y suelto le pareció que estaba guapísima.

—¡Hola, Sofía! —dijo al entrar en el coche—. Qué gusto me da verte de nuevo.

—¿Cómo estás? Se nos acaba lo bueno, ¡eh! El día quince empiezan las clases.

—¿Y tu novio, no ha vuelto aún? —preguntó Julián con malicia. Y enseguida se dio cuenta de que había metido la pata, no debía haber sacado este tema.

—No —respondió ella mirando a la calle a través del cristal de la ventanilla—. Sigue en su pueblo.

Mientras arrancaba el coche, el Rubio meneó la cabeza a ambos lados para indicar que no le había gustado lo que Julián le había preguntado a su hermana.

—Bueno... ¡Hay que ver qué caldeado está el ambiente! —exclamó el Rubio.

Se dirigieron hacia la entrada a la autovía de circunvalación M-30, tomaron la dirección norte para acceder poco después a la autovía A-1 de Burgos. El tráfico a esas horas empezaba a disminuir.

Los tres iban callados, mirando a través del parabrisas o de las ventanillas del coche. El reencuentro con Sofía había complacido a Julián, y ella había acompañado a su hermano expresamente para verlo a él, pero la pregunta de Julián había levantado una sombra de muro entre ellos.

El Rubio reaccionó y dijo:

—Me apetece mucho darme un buen baño.

—Habrás traído bañador, ¿no? —preguntó Julián, volviendo la vista hacia Sofía.

—Pues claro que sí. ¿Cómo están tus abuelos?

—Están bien, pero se hacen mayores. Mi abuelo ha dejado de dar conciertos.

—¿Por qué lo ha dejado?

—Le han diagnosticado Párkinson.

—¡Qué putada! Lo lamento mucho.

Julián había avisado a sus abuelos de que iría a verlos con un amigo. Cuando llegaron al chalet, los dos se alegraron al ver que los acompañaba una chica, pensaron que podía ser la novia de su nieto y esto les hizo mucha ilusión.

Después de las presentaciones les indicaron a los visitantes que se acomodaran en el porche y, cuando todos se hubieron sentado, sometieron a los amigos de Julián a las preguntas de rigor: que qué estudiaban, si les gustaba la carrera, de dónde eran sus padres, a qué se dedicaban... Julián los interrumpió moviendo ostensiblemente la cabeza, en señal de censura, para indicarles que dejaran de interrogar a sus amigos.

Se levantó del sillón y, dirigiéndose a sus acompañantes, les dijo:

—¿Vamos a darnos un baño o qué?

El Rubio y Sofía respondieron que sí y se levantaron también de sus asientos.

Pasaron a los vestuarios, junto a la piscina, y salieron poco después dispuestos a zambullirse en la pileta.

Julián reparó de nuevo en que Sofía estaba espléndida en bañador. Llevaba uno de color verde, muy ajustado, que le iba muy bien con su color de pelo y le hacía un cuerpo perfecto, señalando sus redondeces. Dejaron las toallas en el césped y se lanzaron de cabeza a la piscina los tres a la vez. Nadaron varios largos. Hacía bastante calor y el agua fresca les estimuló el cuerpo. Después se tumbaron un rato en la hierba, bajo los rayos abrasadores del sol, que no tardó en secar sus cuerpos.

La abuela había hecho preparar unos canapés variados y la asistenta filipina colocó los platos en la mesa del porche. Los chicos se cambiaron de ropa y se sentaron a la mesa, dispuestos a dar cuenta de aquellos alimentos, que debían de estar deliciosos, y cuya apariencia despertaba el apetito, más aún después de un agradable baño.

—Me ha contado Julián que ustedes dos son músicos —dijo Sofía.

—Así es. Ahora estamos jubilados —contestó la abuela—, pero siempre nos hemos dedicado a la música, aunque yo con menor fortuna que Emilio —dijo, señalando con la cabeza al abuelo.

Emilio permaneció callado, asintiendo, escuchando la conversación con interés y sin dejar de observar a Sofía.

Julián lo notó algo más torpe que la última vez que lo vio.

—Mi abuelo hace virguerías con el violín y además es director de orquesta. Y mi abuela tiene una voz de soprano magnífica.

—Gracias, hijo, no es para tanto —dijo Emilio.

Eva miró a su nieto sonriendo. Se disculpó y se levantó de su asiento para dirigirse al interior de la casa.

—Regreso enseguida —dijo.

Volvió con dos álbumes de fotos. Entregó uno al Rubio y otro a Sofía, y se sentó junto a ella.

Julián protestó un poco, dijo, «abuela, por favor...», pero Sofía manifestó que estaba encantada de ver aquellas fotografías. Se trataba de algunas de las imágenes de la vida artística de Alicia Pardo y de los abuelos, de los premios que habían conseguido, de las personas distinguidas y notables del mundo de la música clásica con quienes se habían relacionado... Se mostraron contentos y orgullosos de lo que habían sido y querían compartir con los amigos de Julián sus recuerdos, recopilados durante parte de sus vidas en aquellos cuadernos de fotos.

Sofía estuvo atenta a las explicaciones de la abuela y les hizo una serie de preguntas, que Eva o Emilio contestaron con satisfacción.

Julián consultó su reloj y dijo que se hacía tarde y debían volver a Madrid. La abuela les propuso que se quedaran a comer, pero él no aceptó con la excusa de que habían quedado con unos amigos. Prometió a Eva que volverían a verlos en otra ocasión y se despidieron de los abuelos.

Ya de vuelta en el coche, Sofía dijo que había quedado entusiasmada con la amabilidad y distinción de los abuelos. Formaban una pareja encantadora, se los veía a los dos muy felices, y habían tenido una vida intensa, viajando por todo el mundo, haciendo lo que les gustaba. Se notaba que amaban sus profesiones.

Julián volvió la cabeza desde el asiento del copiloto y se encontró con los ojos azules de Sofía que lo observaban con atención desde el asiento trasero, mientras el Rubio conducía pendiente de la calzada.

—¿Por qué no vamos a tomar unas cervezas al bar de la esquina con la calle Ferraz? —propuso el Rubio.

—De acuerdo —dijeron Sofía y Julián a la vez.

Al llegar, el Rubio los dejó junto al bar y se marchó a aparcar. Ellos se sentaron a una mesa en la terraza y poco después se les unió el Rubio. Pidieron tres cervezas y unas tapas, y charlaron sobre la proximidad del comienzo del curso.

Antes de reclamar más cervezas, Julián dijo:

—Quiero ir esta tarde a la Biblioteca Nacional para consultar la hemeroteca. Tengo entendido que tienen todos los periódicos publicados desde 1957. ¿Por qué no me acompañáis para ayudarme?

—Esta tarde no voy a poder. He quedado con mi chica para ir al cine —se excusó el Rubio.

—¿Y tú, Sofía? Necesito tu ayuda. Entre los dos la tarea será más llevadera.

—Claro, no tengo otra cosa mejor que hacer. Me gustaría ayudarte. ¿Qué información vas a buscar?

—Todo lo que pueda encontrar sobre mi madre.

—Nunca me has hablado mucho de ella. Debió de ser muy duro para ti perderla cuando aún eras un niño.

—Puedes imaginártelo. Fue una pérdida muy dolorosa. Tenía diez años cuando ella murió.

—Yo me quedé sin madre con seis años. Así que te comprendo perfectamente.

El Rubio movió la cabeza asintiendo. Y Julián preguntó:

—¿Murió también?

—No, se largó y nos dejó con mi padre —dijo Sofía.

—¿Se largó con otro hombre?

—Peor aún, con una mujer.

—¡Joder, qué fuerte! ¿Pero la veis?

—Muy de vez en cuando. Preferimos no verla, la verdad, se portó mal abandonándonos —dijo el Rubio.

Tras un silencio largo, Sofía volvió a interesarse por Alicia Pardo.

—Háblame de tu madre. Me interesa saber cómo era.

—La verdad es que mucho no la conocí. Solo puedo decirte que era una mujer preciosa, y afectuosa con todos. Tocaba muy bien el piano y se pasaba parte del día ensayando en su estudio; a veces se ausentaba varios días debido a su trabajo como solista. Viajaba con frecuencia.

—¿Aún la echas de menos?

—Pues claro que sí. Nadie te quiere igual que una madre. Y ella era muy especial.

El Rubio asintió.

Sofía movió la cabeza afirmando, y se le notaba que se había puesto circunspecta. También ella en ocasiones echaba de menos a su madre.

Dejaron el bar de la esquina con Ferraz, el Rubio se despidió y ellos dos se dirigieron en taxi a la Biblioteca Nacional, en el paseo de Recoletos. Al llegar preguntaron en la recepción cómo podían consultar la hemeroteca y tras realizar los

trámites administrativos que les explicó la señorita que los atendió, accedieron a la sala de los microfilmes.

En esa época todavía no habían comenzado a digitalizar los periódicos, así que tuvieron que buscar las noticias sobre Alicia utilizando una máquina de lectura de microfilmes. Era una tarea bastante laboriosa de modo que esa tarde se les pasó volando y hubieron de dejarlo para otra ocasión.

Volvieron al día siguiente y se sentaron frente a la máquina de microfilmes. Comenzaron a buscar información sobre Alicia Pardo en el diario ABC. Las noticias que encontraron eran bastante escuetas, hablaban de sus conciertos y recitales, y normalmente eran reseñas o artículos para alabarla. Encontraron esquelas de su muerte y un artículo necrológico que había escrito su abuelo y padre de Alicia, Emilio Pardo.

Fueron varias veces más a la Biblioteca Nacional en los días sucesivos y una de aquellas tardes Julián encontró una foto de su madre en el periódico ABC en la cual aparecía junto a un hombre al que ella cogía del brazo en actitud afectuosa.

En el pie de foto podía leerse: «Alicia Pardo, pianista española, después de su concierto en el Musikverein de Viena junto a Daniel Steiner».

Julián dio un respingo y se preguntó quién era ese hombre y si había habido algo entre él y su madre. Supuso que no era más que un amigo que la había invitado a cenar después del concierto, quizás un conocido suyo, relacionado con la música, un colega.

Sin embargo, la actitud que mostraban ambos en la foto le sugirió que eran algo más que amigos, y se movió inquieto en la silla.

—¿Quién es ese tipo de la foto? —preguntó Sofía.

—No tengo la menor idea. Es la primera vez que lo veo.

—Pues es un hombre muy interesante, guapo y bien alto.

Julián se encogió de hombros. Pidió una copia de la fotografía a la encargada de la sala y se la guardó en un bolsillo.

Desde la Biblioteca Nacional, Sofía y él regresaron al bar de la esquina con Ferraz con la intención de tomar unas cañas. Allí se encontraron con el Rubio y su novia que habían salido del cine y estaban tomando unas tapas.

Se sentaron con ellos y pidieron unas cervezas y unas raciones para cenar.

—¿Qué te ocurre, Julián? —le preguntó el Rubio.

—Nada.

—Te noto preocupado. Venga, ánimo, hombre.

Sofía permaneció en silencio. Si Julián no quería contarle, ella tampoco debía hacerlo, pensó.

—De verdad, no es nada —dijo Julián, mirando a su amigo.

Julián levantó el vaso y brindó por la amistad que los unía a los cuatro.

Esa noche bebió mucha cerveza, más de la que debía, y se retiró a su casa bastante achispado. Todo le daba vueltas. A pesar de ello, no pudo dejar de pensar en la foto de su madre con aquel hombre, y durmió inquieto.

Capítulo 19. Una foto reveladora

Al día siguiente se levantó muy temprano. Tenía un fuerte dolor de cabeza. Se tomó un analgésico con el café con leche, que fue lo único que desayunó, antes de bajar al Metro para dirigirse a las dependencias de la Brigada Central con la intención de hablar con el inspector Contreras.

Había ido con anterioridad varias veces en estos años a interesarse por la marcha de la investigación del asesinato de su madre. Ese día llevaba consigo una copia de la fotografía que había encontrado en la hemeroteca. Pensaba que esa imagen podía representar una pista importante para descubrir al culpable.

«¿Fue David Steiner el asesino de mi madre?», se preguntó a sí mismo. Y si no lo fue, tal vez él pueda aportar algún indicio importante.

Cada una de las veces que había visitado al inspector Contreras, este le había dicho lo mismo:

—Todo sigue igual. Lo siento mucho. No tenemos ninguna prueba para poder imputar a nadie. Es posible que fuera un ladrón, pero no dejó rastro alguno. Tomó sus precauciones. No tenemos nada nuevo.

Y Julián le contestaba de la misma manera.

—No lo creo, inspector. No creo que quien mató a mi madre fuera un ladrón. ¿Le disparó solamente por unas pesetas que debía de llevar en su monedero? ¿Eso piensa usted? Es difícil de creer, la verdad.

—No digo que lo piense, solo digo que es posible que fuera un ladrón.

El caso de Alicia Pardo era uno de los muchos crímenes que quedaban sin resolver por falta de pruebas.

Llevaba media hora en la Brigada, esperando la llegada del inspector Contreras. Estaba sentado en una silla del vestíbulo, leyendo la novela de Almudena Grandes, *Las edades de Lulú*, una historia de carácter erótico que trataba sobre una joven de quince años que se sentía atraída por Pablo, un profesor universitario amigo de su hermano. La eligió cuando leyó la sinopsis en una librería de la calle Princesa, pues pensó que existía un cierto paralelismo con lo que le ocurría a Sofía con su amante, Esteban, que era también profesor universitario.

Tan pronto vio a Contreras aparecer por la puerta de las dependencias de la Brigada, cerró el libro, lo guardó en su mochila, se levantó y se dirigió a su encuentro.

Se saludaron efusivamente con un apretón de manos.

—¿Qué tal estás, Julián?

—Bien. ¿Y usted, inspector?

—Muy liado. ¿Quieres un café? Hoy se me han pegado las sábanas y no he desayunado aún.

—De acuerdo. Lo acompaño.

—Espera un momento. Dejo el periódico en mi mesa y vuelvo.

Salieron de la Brigada y entraron en la cafetería de al lado, un lugar frecuentado por policías.

—Hola, inspector. ¡Buenos días!

—¡Buenos días, Quique!

—¿Qué les sirvo? —preguntó el camarero, un joven de sonrisa permanente.

—Yo, lo de siempre: café con leche y una ración de churros —dijo Contreras.

Julián pensó qué podía pedir. El dolor de cabeza había desaparecido. Finalmente dijo:

—Yo tomaré un café cortado.

—¿No quiere churros o algún bollo?

—No, solo el cortado. O mejor, ponme un par de porras, que tienen muy buena pinta —dijo, mirando hacia la barra— y todavía no he desayunado.

Mientras les preparaban los cafés, Julián sacó la copia de la foto que había hallado en la hemeroteca y se la entregó a Contreras.

—Mire esta foto, inspector. La encontré ayer en un ejemplar del diario ABC del año 1980.

—¡Ah! —dijo Contreras, observándola con interés—. Esta fotografía la he visto antes. Nosotros también buscamos en los periódicos de esos años. ¿O es que piensas que no sabemos hacer nuestro trabajo?

—No, inspector, no es eso. Yo solo intentaba conocer mejor a mi madre y, buscando artículos sobre ella en los periódicos, encontré esta fotografía. Enseguida pensé que podría ayudarles en la investigación y por eso estoy hoy aquí.

—Bueno, pues..., muchas gracias. Parece ser que tu madre y este hombre eran muy amigos.

—¿Muy amigos? ¿Qué insinúa?

—Ya veo. No sabes nada de este asunto. Tu madre y este señor se conocieron en Viena cuando ella estuvo estudiando allí. Después de regresar a Madrid él solía viajar expresamente para verla cada vez que daba un concierto en alguna ciudad europea, e incluso se desplazaba a veces a Madrid para estar con ella. Se veían en secreto.

—¿Mi madre y este tipo eran amantes?! —dijo Julián, señalando a Steiner en la foto.

—Sí. Daniel Steiner y tu madre tuvieron una aventura, y tu padre se lo imaginó el día en que vio esta foto en la prensa. Tus padres discutieron y al parecer tu madre no lo negó. Cuando interrogamos a tu padre por primera vez, no nos habló de ello, no sé por qué lo ocultó, tal vez porque no quiso airear este feo asunto familiar, pero, finalmente, ante la evidencia de la foto con Steiner que yo le mostré, lo admitió y nos contó la historia de la infidelidad de tu madre.

»Mariana también estaba al corriente y nos dio su versión del asunto que, en esencia, coincidía con la información que nos había suministrado tu padre. Steiner y tu madre tuvieron un *affaire* que duró casi tres años. Tus padres se reconciliaron y Steiner desapareció de la vida de tu madre para siempre.

—¡Claro!, ahora lo entiendo todo, por eso mi madre se marchó una temporada a La Moraleja con mis abuelos. Yo me quedé con mi padre y Mariana. Más tarde mi madre volvió a casa. Y desde ese día noté que mis padres no se hablaban, solo se decían lo imprescindible, buenos días, buenas noches..., y comenzaron a dormir en habitaciones distintas. Ella se quedó en la de matrimonio y él se mudó a la de invitados. Unas semanas después, él regresó a dormir con ella, hicieron las paces y volvieron a comunicarse con normalidad.

—Daniel Steiner era un melómano y se ve que debido a esa pasión que sentía por la música conoció a tu madre en Viena. Era el propietario de una fábrica de piezas y repuestos para automóviles y le iba muy bien desde el punto de vista financiero. Tenía mucho dinero. Lo investigamos a fondo a través de la Interpol. Y no encontramos nada con que poder inculparlo. Estaba completamente limpio.

»No tenemos constancia de que el día en que mataron a tu madre, ni en los días anteriores, cruzara la frontera española. A menos que lo hiciera clandestinamente y que ni la policía francesa ni la española se enteraran. Que también puede ser, no digo yo que no. En principio, creemos que él no es el asesino de tu madre, pero no podemos descartarlo.

—No lo vi en el funeral —dijo Julián pensativo.

—Es lógico. Puede ser que se enterara de la muerte de Alicia por la prensa, pero no supiera la fecha del sepelio. O bien, que no quisiera venir por evitar un encuentro con tu padre.

Julián se encogió de hombros y preguntó:

—¿No hablaron con él? ¿No lo interrogaron?

—Sí. Lo hicimos. Y él nos contó la historia que había vivido con tu madre.

—¿Y qué más?

—Nada más. El día en que mataron a tu madre él tenía una coartada. Y no logramos encontrar ningún indicio para inculparlo.

Capítulo 20. Una doble vida

Regresó cabizbajo a su casa. Ese día decidió no acudir a las clases en la facultad. Se metió en su cuarto y se dejó caer en la cama vestido como iba.

Estaba tumbado boca arriba con las manos entrelazadas debajo de la cabeza, mirando al techo, pensando que su madre los había traicionado a él y a su padre, cuando Mariana llamó a la puerta de su habitación con los nudillos.

—¿Puedo pasar?

—Sí, pasa.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enfermo?

—No. Estoy bien.

—No has ido hoy a clase. ¿Por qué?

—No tenía ganas. Ya le pediré los apuntes al Rubio otro día.

Julián se incorporó, apoyó la espalda en el cabecero de la cama y sacó del bolsillo superior de la camisa la copia de la foto de su madre con Steiner.

Le pidió a Mariana con un gesto de la mano que se sentara en el borde de la cama, y le entregó la foto.

—Mira.

—¿Es esto lo que te disgusta? —dijo Mariana después de observar la fotografía.

—Sí. Mi madre nos engañó. Llevaba una doble vida. El inspector Contreras me lo ha contado todo.

—¿Te lo ha contado todo? ¿Qué te ha contado?

—Que mi madre y este individuo tuvieron una aventura. Y que tú lo sabías.

—Pues sí, lo sabía.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—Tu madre me había hablado de su relación con Daniel Steiner, y me hizo prometerle que no se lo contaría a nadie. Le juré que no lo haría. Sin embargo, a la policía sí se lo dije. Era necesario, me pidieron los nombres de las personas con quienes se relacionaba tu madre y no pude negarme.

—Nos engañó a mi padre y a mí.

—No la juzgues. Ella sufrió mucho por haberse enamorado de Daniel, se sentía culpable, pero lo quería y era feliz con él. Tenía un grave dilema: dejaros a tu

padre y a ti y marcharse con Daniel a Viena, o permanecer con vosotros dos y olvidarse de Steiner. Finalmente tu madre reflexionó, entró en razón y decidió quedarse aquí contigo. Lo hizo por ti. Me dijo que no podía abandonarte.

—¿Siguió viéndose con Steiner?

—Sí, pero fue por poco tiempo. Acabó resignándose y lo dejó a él. Me contó que era un hombre muy atento con ella y estaban enamorados, pero un día le dijo que no podían seguir viéndose, se dio cuenta de que aún quería a tu padre y no deseaba haceros daño, ni a él ni a ti.

—¿Steiner estaba casado también, como mi madre?

—No. Se había divorciado y tenía un hijo y una hija mayores que tú. Tu madre hizo un gran sacrificio por ti al dejarlo. Tenlo en cuenta y no la juzgues.

—Pero me dijiste que mi padre y ella se querían y que ella era feliz.

—Sí, eso es cierto, pero tu padre era como era, la quería a su modo y pasaba demasiado tiempo trabajando. Llegó un momento en que... Bueno, deja de hacerme preguntas o se me quemará la comida.

Mariana se marchó a la cocina tras cerrar la puerta de la habitación de Julián, y este volvió a tenderse en la cama, tomó la foto de su madre y Steiner, y la escrutó de nuevo. Seguía pensando que su madre lo había engañado, pero se dijo que quizás Mariana tenía razón, no debía juzgarla.

Rompió la copia de la foto y echó los trozos a la papelera.

Permaneció en la habitación hasta que Mariana le dijo que la comida estaba lista.

Esa misma tarde Sofía telefoneó a Julián para saber cómo se encontraba después del descubrimiento de la foto de su madre con Steiner.

—¿Quieres que nos veamos esta tarde?

—De acuerdo. Si te parece bien, quedamos en el bar de la esquina con Ferraz a las siete. Tengo algo importante que contarte —dijo Julián.

—Yo también he de contarte algo —replicó ella.

—¿Qué es?

—Luego te lo digo.

Él estaba más animado que por la mañana, después de hablar con Contreras, y la llamada de su amiga lo animó aún más.

Cuando ella apareció en el bar, Julián la esperaba sentado a la barra con una cerveza en la mano. Se dieron un beso suave en los labios, y ella pidió también una caña.

—¿Qué te has hecho en el pelo?

—Me lo he cortado a lo chico. Estoy harta de mis rizos, no sabes cuánto me costaba peinarme.

—Has hecho bien. ¡Estás guapísima!

—Gracias. Qué amable. ¿Nos sentamos a una mesa? —propuso Sofía.

—Claro.

—Mira, esa que hay vacía junto a la ventana está bien.

Julián pidió otra cerveza antes de sentarse.

—Quería contarte que esta mañana he ido a ver al inspector Contreras. Le he mostrado la foto de mi madre que encontramos en la hemeroteca, y me ha dicho que la fotografía la conocía y había investigado a Steiner. Me ha contado que mi madre y él fueron amantes nada menos que casi tres años. ¡Tres años!, ¿te imaginas? Mariana lo sabía y se lo contó a la policía el día en que descubrieron el cadáver de mi madre. Y mi padre también lo sabía.

—¡Vaya sorpresa! Ahora que lo dices, en esa foto parecía que tu madre y Steiner eran más que amigos. Lo siento, tenías a tu madre en un pedestal y resulta que era una persona normal, con virtudes y defectos como todo el mundo. ¿Te ha decepcionado conocer que tenía un amante?

—Creo que sí, pero sus razones tendría para liarse con ese Steiner. Mariana me ha dicho que mi madre lo dejó a él porque no quiso renunciar a mí. Mis padres habían discutido debido a ese asunto, pero acabaron haciendo las paces y mi madre rompió con Steiner.

—Pues mi madre sí renunció a sus dos hijos y se largó. Eso no se lo perdonaré nunca. Tuviste mejor suerte que yo.

—De poco me sirvió. Me quedé sin ella poco después de que abandonara a su amante. Fíjate, tal vez me hubiera gustado conocerlo, ver a mi madre feliz y vivir con ella en Viena.

—Por cierto, ¿qué te ha dicho el inspector sobre la marcha de la investigación? —dijo ella, intentando cambiar de asunto.

—Que no hay nada nuevo. Piensa que la hipótesis del robo es la más probable, pero no estoy de acuerdo con él. Es una manera de justificarse, de tirar balones fuera. Está claro que después del tiempo transcurrido han abandonado el caso y acabarán archivándolo.

—Lo siento mucho.

Apuraron sus cervezas y permanecieron en silencio unos segundos, con la vista puesta sobre la mesa y los vasos vacíos.

—¿Quieres otra?

—No, Julián.

—Yo sí —dijo él y le hizo una seña al camarero.

—Con esta llevas tres desde que estoy aquí contigo.

—¿Ah, sí? ¿Llevas el control de lo que bebo?

—Claro que no. No seas suspicaz. Me preocupo por ti.

—Perdona, ya lo sé. ¿Qué es eso tan importante que tenías que decirme?

Sofía respiró hondo. No sabía cómo empezar. Julián volvió a preguntar.

—¿Qué te ocurre? De pronto te has puesto muy seria y misteriosa.

—He roto con Esteban —dijo de súbito.

—¿Cómo?! Yo creía que ya lo habías hecho.

—No, pero he decidido que es lo mejor. Además, he sabido que está casado.

—¿Qué hacías con un tío mayor que tú, y además casado?

—No sabía que estuviera casado. Creía que era sincero. Y también creía que lo amaba. Ahora es distinto, me he dado cuenta de mi error y de que a quien quiero es a ti.

Julián se acercó a Sofía y, pasándole el brazo por los hombros, la atrajo hacia sí y le dio un beso. Ella lo rodeó con sus brazos y cerró los ojos.

Capítulo 21. La dedicatoria

El Rubio llevaba algún tiempo saliendo con María, una estudiante de Filología Inglesa que vivía en la calle Guzmán el Bueno, compartiendo piso con dos chicas, estudiantes también en la Universidad Complutense de Madrid.

María había nacido en un pueblo de la provincia de Zaragoza. Bonita, de piernas bien torneadas, pelo negro y ojos marrones. Cultivada, era una consumidora voraz de libros. Había leído todos los disponibles en las bibliotecas municipales de su pueblo y de las poblaciones aledañas.

El Rubio y ella se reunían a veces con Julián y Sofía.

Se veían a menudo en el bar de la esquina con Ferraz. Los cuatro formaban un grupo muy unido. Les gustaba hablar animadamente de cualquier cosa que surgiera, bebían cerveza, charlaban de política y, a veces, se quedaban hasta la madrugada conversando de literatura. Se atrevían a criticar a Borges, Joyce o Faulkner con la misma espontaneidad con que alababan a García Márquez, Vargas Llosa o Carlos Fuentes, escritores del llamado boom latinoamericano de los años setenta, de los que habían leído algunas de sus obras más conocidas. Los cuatro estaban de acuerdo en que *Cien años de Soledad* era una de las mejores novelas que habían leído nunca.

María solía sacar un tema de conversación relacionado con su mayor afición: la lectura. A veces comentaba la última novela que había devorado, y los demás entraban a opinar sobre las tesis que ella proponía y defendía, aun cuando no la hubieran leído. Un día les dijo que un libro le duraba a lo sumo una o dos noches, si le gustaba, y si no, lo dejaba sin terminar. No quería perder el tiempo. María leía mucho más que todos ellos juntos, pero hablaba poco, prefería escuchar. Sin embargo, cuando exponía sus opiniones, con una elocuencia elegante, con una seguridad envidiable y sin levantar nunca la voz, dejaba a los otros sin argumentos.

Una noche, a las tantas de la madrugada, cuando habían dejado de beber y comer tapas, María les propuso escribir un relato colectivo. A todos les pareció una idea divertida y enseguida aceptaron el reto y se pusieron a ello.

María lo inició escribiendo un par de líneas en un folio en blanco y los demás tenían que continuar la historia. Y así lo hicieron, no sin esfuerzo. Consiguieron llenar dos hojas completas entre bromas y risas, y la novia del Rubio guardó el manuscrito con el compromiso de revisarlo y pasarlo a limpio antes de mostrarles el resultado a los demás.

En sus ratos libres consiguió darle forma al primer capítulo y a una sinopsis de lo que podría llegar a ser una novela romántica. Lo leyó a sus amigos y les propuso el desafío de continuar la historia de manera colectiva, tal como había empezado, pero ellos renunciaron aduciendo que no se sentían capacitados. Entonces

ella la escribió en solitario y con el paso del tiempo la narración creció y creció hasta convertirse en el borrador de una novela.

María sabía que lo suyo era escribir, contar historias, y decidió dedicarse de lleno a la literatura.

Cuando contó sus planes al grupo, Julián le comentó que su padre era escritor, había publicado una novela de título *No mires atrás, amor* y estaba escribiendo otra en ese momento.

Mostró interés por conocer a Fernando Soler y por leer su libro. Preguntó a Julián dónde podía adquirirlo y sobre qué trataba. Él reconoció que no lo había leído, y ella se lo recriminó.

—¿No lo has leído?! ¿No sentiste ninguna curiosidad por saber qué contaba tu padre en su novela?

—La verdad es que no, pero ahora que lo dices... Tienes razón al extrañarte de que no lo haya hecho. La leeré —dijo Julián convencido.

—Deberías hacerlo, y comentarle a tu padre tus impresiones.

Una de aquellas tardes, Julián llegó al bar de la esquina con Ferraz con tres ejemplares de la novela de su padre, que ya se había leído, y le entregó un ejemplar a cada uno de sus amigos. Era un libro encuadernado en tapa dura, de trescientas cincuenta páginas, en cuya portada figuraba la fotografía de una mujer mirando de soslayo hacia atrás, como si sintiera nostalgia del pasado, o del lugar del que había huido obligada por las circunstancias políticas de su país.

No mires atrás, amor era la primera novela que una editorial importante le había publicado a Fernando Soler. Si bien en un principio el libro tuvo un éxito de ventas moderado, unos meses más tarde de su publicación recibió muy buenas críticas en todos los medios. A partir de ese momento se convirtió en un *best seller*, y Fernando se transformó en un escritor reconocido no solo por la crítica, sino también por los lectores. Tenía en el cajón de su escritorio un par de novelas terminadas que aún no había publicado, y encima de la mesa de su despacho, varias ofertas de editoriales reputadas que debía estudiar detenidamente.

Les contó a sus amigos de qué trataba el libro de su padre. Les hizo este resumen:

«Narra la historia de José María Uriarte, un militar que se ve obligado a huir a Francia en 1939, tras la derrota de las fuerzas republicanas en la Guerra Civil Española, con el fin de evitar las represalias del nuevo régimen del general Franco. Se refugia en el campo de Gurs, al sur de Francia, con otros miles de excombatientes republicanos.

Su esposa, Nerea Aguirre, cruza los Pirineos con el hijo de corta edad de ambos y se instala en Gurs, una población cercana al campo de internamiento del mismo nombre donde se hallaba su esposo.

Meses después consiguen reunirse y emigran a México.

El barco en el que viajan los tres naufraga durante la travesía del Atlántico, debido a una violenta explosión en la sala de máquinas. El hundimiento del navío es tan rápido que solo un diez por ciento del pasaje logra embarcar en los botes salvavidas. Solo Nerea consigue salvarse. José María y su hijo desaparecen con el resto de los pasajeros y parte de la tripulación.

Un carguero norteamericano acude a rescatar a los supervivientes al recibir la llamada de socorro del navío siniestrado. Los encuentra, extenuados y ateridos, y los transporta a Nueva York.

Después de ser atendidos y de superar los controles del Departamento de Inmigración, Nerea es aceptada en los Estados Unidos de América y consigue rehacer su vida en Queens, gracias a la ayuda de una mujer argentina que la contrata para trabajar como cocinera en el restaurante que regenta.

Nerea se casa con un irlandés y tienen dos hijos, un niño y una niña. A partir de este momento la novela cuenta las vicisitudes de la nueva familia y sus dificultades para adaptarse a su nueva vida americana».

—No quiero contaros nada más para no desvelar qué le ocurrió a la familia. A mí me ha gustado muchísimo, y no lo digo porque el autor sea mi padre. Os recomiendo que la leáis.

Unos días después María, cuando hubo terminado de leer la novela Fernando Soler, la comentó entusiasmada con el grupo en el bar de la esquina con Ferraz.

—Me ha encantado la novela. La historia es maravillosa, muy entretenida y está muy bien contada. Te atrapa de principio a fin. Julián, tu padre es un magnífico narrador. Me gustaría conocerlo algún día y que me dedicara el libro.

—Se lo diré —le prometió Julián.

El encuentro entre Fernando y María se produjo en la casa del paseo del pintor Rosales. Julián la acompañó, le presentó a su padre y se marchó a su habitación. Ella llevaba consigo la novela de Fernando Soler que le había regalado Julián. Fernando la invitó a un café y se sentaron juntos en el sofá del salón de la casa.

Tuvieron una larga conversación, más bien fue un monólogo de Fernando, sobre libros, escritores, géneros literarios..., incluso sobre ortografía y gramática, y también hablaron de proyectos. Fue una charla enriquecedora, en especial, para María.

Ella le dijo que había leído su novela y le había encantado.

—Tiene un argumento de los que te atrapa desde el principio hasta el final, un estilo claro y elegante, y una genial caracterización de los personajes. Es una novela conmovedora que me ha hecho sentir muchas emociones.

—Muchas gracias.

—Me encantaría que me la dedicaras —le pidió, mirándolo a los ojos con ternura.

Se sintió halagado por la buena crítica y por la solicitud de la firma. Tomó el libro que le ofrecía María, buscó una de las primeras páginas y escribió esta dedicatoria:

«Para mi querida María, escritora y amiga, con mi agradecimiento y afecto infinitos».

Luego la firmó y fechó en Madrid.

María leyó la nota, se acercó y le dio las gracias a Fernando con un beso en la mejilla.

A continuación le habló de su propia novela, y le comentó cómo había surgido la idea en el bar de la esquina con Ferraz. Fernando se ofreció a leerla cuando la tuviera acabada.

—Muchas gracias —le dijo sin dejar de mirarlo a los ojos y posando una mano con suavidad en el antebrazo de él, como un signo de cariño.

María se despidió de él y de Julián y dejó el piso del paseo del Pintor Rosales con la sospecha de que se había enamorado de Fernando o, al menos, de que se sentía muy atraída por él.

«Podría ser mi padre, lo sé, pero es tan atractivo, sabe tanto de literatura que no me resistiría a dejarme caer en sus brazos si me lo pidiera», se dijo a sí misma.

De pronto María pensó en su novio. No pudo evitar compararlos y sentir remordimientos. Fernando era mucho más refinado, maduro y atractivo que el Rubio. Pero este era su prometido, habían hecho planes para un futuro juntos, y se querían.

Capítulo 22. Schubert y Rachmaninov

Año 1991

—¿Quieres que vayamos esta tarde al cine? Me apetece ver *El silencio de los corderos*. La han estrenado hace poco y me han dicho que es una película muy buena —dijo Julián por teléfono.

—Sí, tengo que estudiar, pero hoy no me apetece. Vámonos al cine, me tomo la tarde libre. Yo también he oído hablar muy bien de esa película. El director es Jonathan Demme, y los protagonistas son Jodie Foster y Anthony Hopkins.

—Es de suspense. La echan en los cines Fuencarral y Rosales —Julián miró su reloj y añadió—: Llegamos a tiempo de ver la próxima función si vamos al Rosales, que está ahí mismo, en la calle Quintana.

—Pues vámonos ya —dijo Sofía, cogiendo su bolso y poniéndose en pie.

Se apresuraron y al llegar a las puertas del cine comprendieron que no sería fácil conseguir dos entradas que no fueran de las primeras filas, había una cola bastante larga. No obstante, lo lograron para el pase siguiente de las ocho en la penúltima fila.

Se acomodaron en sus butacas y, nada más empezar la película, ella se agarró del brazo de Julián. En determinados momentos volvía la cabeza hacia él y cerraba los ojos para evitar mirar las escenas que le daban miedo.

Cuando terminó la película, salieron a la calle y él le preguntó si le había gustado.

—Me ha encantado, pero ha habido momentos aterradores. Es una película sobrecogedora. Está muy bien hecha. ¿Y a ti, qué te ha parecido?

—Me ha parecido muy buena. Una de las mejores películas que he visto últimamente. ¿Quieres que tomemos unos vinos antes de volver a casa?

—Es un poco tarde, pero sí, tomemos algo.

Entraron en un bar de la zona y Julián pidió dos tintos y una ración de patatas bravas. Comentaron más a fondo la película y estuvieron de acuerdo en que la actuación de Hopkins en el papel de Hannibal Lecter había sido magistral.

—Qué desasosiego suscitaba ese sorbido que hacía con la boca —dijo Sofía.

—Es verdad —dijo él—. Yo creo que ella también ha interpretado muy bien su papel.

—Lo he pasado genial —dijo Sofía, dándole un beso suave en los labios.

—Te acompaño a tu casa, no vaya a sorprenderte un caníbal en una esquina y te coma el hígado —dijo él, imitando con la boca al protagonista de la película.

—No seas tonto. No hagas esas bromas, estoy muy impresionada.

Al llegar al portal de la casa de Sofía, Julián se acercó a ella y la besó. Ella lo abrazó y disfrutaron de un beso profundo, largo y placentero para ambos, antes de despedirse.

—¿Nos vemos mañana?

—Sí. Llámame —dijo Sofía.

—De acuerdo, lo haré.

Julián regresó caminando a su casa, silbando la melodía de la película que acababan de ver juntos.

Al día siguiente, a media tarde, quedaron de nuevo en verse en el barrio de Argüelles, a la salida del metro de la esquina de Alberto Aguilera. Eran las cinco de la tarde. Se metieron en un bar con la intención de tomar un café.

Se sentaron a una mesa y antes de pedirlo, Julián le propuso:

—¿Por qué no vamos a mi casa y lo tomamos allí?

—¿Para qué? ¿No estará tu padre?

—No. Quiero presentarte a Mariana.

—¿A Mariana? ¿Por qué? Ya me has hablado de ella un montón de veces.

—Es verdad, pero me gustaría que la conocieras en persona, es para mí como una madre. Nos tomamos un café en casa y te enseño mi habitación.

—Está bien, por mí de acuerdo.

Salieron del bar y se encaminaron por la calle Marqués de Urquijo hasta la casa del paseo del Pintor Rosales. Julián saludó al conserje y subieron en el ascensor hasta la tercera planta, cogidos de la mano. Abrió la puerta y entraron en el vestíbulo del piso.

Julián llamó a Mariana, pero esta no contestó. Él pensó que habría ido a hacer la compra al supermercado.

Estaban solos en la casa.

—Acompáñame, te enseño mi cuarto.

Ella lo siguió. Entraron en la habitación de Julián y este la invitó a sentarse en la cama. Ella dirigió la mirada hacia los posters y fotos de las paredes. Reconoció a Alicia —la había visto antes en varias fotografías en casa de los abuelos de Julián y

también en la que aparecía con Steiner— en una fotografía enmarcada en la que mantenía a Julián en brazos cuando este era un niño de corta edad. Le cogía una mano, como si intentara ocultarla para que no se le vieran los dedos.

—Sois tu madre y tú, ¿verdad? —dijo Sofía.

—Sí. Yo tenía un año y mi madre veintinueve.

—Está muy guapa, y tú también.

—Me parezco mucho a ella.

—Es cierto —confirmó Sofía, y, cambiando de tema, añadió—: Tenéis una casa preciosa y muy grande.

En eso oyeron que alguien había entrado en el piso.

—Es Mariana. Ven voy a presentártela —dijo él, levantándose y ofreciéndole la mano para que ella se la cogiera y se alzara también.

Salieron de la habitación y cuando se dirigían a la cocina se encontraron con Gertrude.

—¡Hola, Julián! Hoy he terminado las clases antes. Ha habido un simulacro de alarma de incendios en el colegio y después nos han dado la tarde libre, así que me he ido de compras.

—Hola, Gertrude. Esta es Sofía. Es hermana de mi amigo el Rubio.

—Sí, me acuerdo de tu amigo. Encantada —dijo Gertrude, y le dio dos besos en la mejilla a Sofía—. ¿Julián, sabes dónde está Mariana?

—No lo sé. Debe de haber ido a la compra.

—Okey... ¿Queréis un café o algo?

—No te molestes. Ya hemos tomado café.

—Okey. Veo que queréis estar solos. Así que os dejo. Tengo que preparar las clases de mañana. Estaré en la habitación por si necesitáis algo.

Julián no respondió.

—Ha sido un placer conocerte, Sofía.

—Lo mismo digo, Gertrude.

Los dos jóvenes volvieron al cuarto de Julián. Él puso un vinilo en su tocadiscos y se sentó en la cama al lado de Sofía. El disco lo había grabado su madre.

—Es Beethoven —dijo Julián.

—Sí, lo sé. Es la sonata «Claro de Luna» —dijo Sofía—. Oye, no me habías hablado mucho de Gertrude.

—No me cae bien. Y está muy rara. No sé cómo mi padre la aguanta. Discuten muy a menudo. A veces vuelve muy tarde o está varios días sin venir a

dormir. Al principio se llevaban estupendamente, ahora ya no. Pero dejemos eso. Estás muy guapa con el pelo corto.

—Gracias, me gusta que me lo digas otra vez.

—Es la verdad.

Julián pasó un brazo por los hombros de Sofía, la atrajo hacia sí y la besó. Se dejaron caer en la cama y siguieron besándose y tocándose hasta que oyeron que Mariana había vuelto.

Mariana entró en la cocina y se dispuso a guardar la compra en los armarios y en el frigorífico.

Sofía consultó su reloj y dijo:

—Es muy tarde. Tengo que marcharme a casa, aún debo estudiar un rato.

—¿No quieres conocer a Mariana?

—Prefiero dejarlo para otra ocasión. Debo de estar horrible —dijo Sofía, incorporándose en la cama y retocándose el cabello con las manos.

—De acuerdo. Te acompaño a tu casa —dijo él.

Se levantaron de la cama y se ajustaron la ropa. Dejaron la habitación y caminaron de puntillas por el pasillo, intentando no hacer ruido, hasta llegar a la puerta de entrada. Julián cerró por fuera con suavidad.

Salieron al paseo del Pintor Rosales y comenzaron a caminar en dirección a la casa de Sofía.

Él le preguntó:

—¿Te gusta la música clásica?

—Claro que sí. No soy una entendida, pero me encanta la música en general, y también la clásica.

—Intentaré conseguir entradas para el Auditorio, este domingo hay un programa muy interesante, incluye la *Sinfonía n.º 8* de Schubert, también conocida como *Inconclusa* o *Inacabada*, y el *Concierto para piano n.º 2* de Rachmaninov, que interpreta una pianista rusa muy buena. Este concierto me encanta, recuerdo que lo tocaba mi madre y lo he oído cientos de veces.

—¿Por qué llamaron *Inconclusa* a la *Sinfonía n.º 8* de Schubert?

—Porque solo tiene dos movimientos y lo normal era, y sigue siendo, que una sinfonía tuviera cuatro.

—¿Y se sabe por qué no la terminó?

—Hay diferentes teorías sobre eso. Una de ellas considera que al enterarse el compositor de que padecía sífilis abandonó la obra y le entregó la partitura a un amigo. Cuarenta años después fue encontrada e interpretada por primera vez en

Viena. La octava junto con la novena son las obras sinfónicas más conocidas de Schubert.

—¡Qué interesante!

—El concierto para piano de Rachmaninov es uno de los más bellos que se haya escrito nunca, el más melódico. Es muy famoso. Fragmentos de este concierto se incorporaron en la banda sonora de más de una docena de películas de Hollywood de los años 40 y 50. Billy Wilder lo utilizó en *La tentación vive arriba* y en *Con faldas y a lo loco*, dos películas en las que aparecía Marilyn Monroe.

—Me encantan tus explicaciones. Sabes mucho de música. Oye, ¿por qué no invitamos a María y a mi hermano a venir con nosotros al concierto?

—Me parece una buena idea. No obstante, antes de sacar las entradas llamaré a tu hermano para asegurarme de que pueden acompañarnos.

Se dieron un beso y se despidieron en el portal de la casa de Sofía.

Julián regresó caminando a la suya. Pensaba en su chica y en lo mucho que la quería.

Capítulo 23. Un cadáver en el río

Año 1992

Un hombre que circulaba en su coche a muy poca velocidad por la autovía de circunvalación M-30 se sorprendió al distinguir en el río Manzanares, muy cerca del estadio de fútbol Vicente Calderón, lo que parecía el cuerpo sin vida de una mujer.

Cuando llegó a la oficina lo comentó con uno de sus compañeros de trabajo, quien lo animó a denunciarlo a la policía y, sin más demora, descolgó el teléfono y marcó el 091.

—¿Está usted seguro de que era el cadáver de una mujer? —le preguntó un agente después de pedirle que se identificara.

—Sí, estoy completamente seguro. Era el cadáver de una mujer.

Eran algo más de las nueve de la mañana del viernes trece de marzo cuando las sirenas parpadeantes de sonido estridente bramaban en la autovía de circunvalación atrayendo las miradas de los conductores. Estos intentaban apartarse para dejar paso libre a dos coches patrulla, seguidos, a cierta distancia, por una ambulancia.

Los automovilistas se preguntaban qué ocurría. Muchos daban por hecho que había habido un accidente de tráfico, y algunos lanzaban por la boca todo el repertorio de palabrotas que conocían, sin dejar de mirar el reloj.

Los coches de la Policía Nacional y la ambulancia se detuvieron en la margen derecha del afluyente del Jarama, después de descubrir el cuerpo de la mujer en el lugar indicado por el conductor que había avisado por teléfono.

El cadáver había quedado retenido por una de las presas que jalonaban el río, y no había ninguna duda de que se trataba de una mujer, estaba completamente desnuda, la cabeza parcialmente hundida en el agua.

Los policías comenzaron las diligencias.

En primer lugar, realizaron una inspección ocular del lugar de los hechos. A continuación, uno de los agentes avisó por radio a la comisaría para que informaran al juez de guardia. Este se personó en el sitio una buena media hora después, acompañado por un médico forense.

Entretanto los policías de uniforme habían acordonado la zona con conos de seguridad para indicar a los conductores que había ocurrido un incidente, y con el fin de desviar el tráfico de uno de los carriles de la autovía. En unos minutos el atasco que se organizó en la M-30 fue descomunal. Por una parte, porque los automovilistas, al pasar por la zona demarcada por la policía, reducían la velocidad mirando a los ocupantes de los coches vecinos, encogiéndose de hombros, y tratando de averiguar cuál era el motivo de aquel embotellamiento; por otra, porque era viernes, un día en que el tráfico normal en la hora punta solía ser más denso que el resto de la semana.

Por su parte, el magistrado llamó a la Brigada Central para requerir la presencia inmediata de la Policía Judicial en el lugar de los hechos. A continuación, ordenó sacar el cadáver del río tomando las precauciones precisas, tales como, por ejemplo, envolverle las manos en bolsas de plástico y taparlo con una manta, con el propósito de preservar las posibles evidencias que pudieran localizarse en el cuerpo.

Una vez depositado el cadáver sobre el asfalto, el forense se acercó y lo examinó con atención en presencia del juez. Se trataba de una mujer de unos treinta y cinco años, de cabello rubio, cuya muerte habría sido causada por un disparo en la frente, y su cuerpo arrojado al río esa misma madrugada. El forense no descubrió ninguna otra señal de violencia física, ni indicios de violación, solamente halló el orificio de entrada de la bala por la frente. No encontró ningún rastro o material orgánico en las uñas de la difunta.

Algunos periodistas que habían acudido al lugar, con sus cuadernos de notas y sus cámaras, obtuvieron fotografías de la víctima desde distintos ángulos, y de diferentes partes de su cuerpo desnudo, especialmente de la cara y de la frente.

El forense certificó la muerte y el juez ordenó cubrir el cadáver de nuevo con una manta.

Mientras se llevaban a cabo las diligencias junto al río, el inspector Ferrer, jefe del grupo de Homicidios de la Brigada, asignó el nuevo caso a los inspectores Contreras y Moreno, que en esos días se dedicaban a investigar la muerte de un indigente que había recibido varias puñaladas en el tórax y el abdomen, debajo del paso elevado de la plaza de España, donde dormía habitualmente.

Los inspectores de la Policía Judicial se dirigieron rápidamente al lugar de los hechos. Cuando llegaron, saludaron al juez y al forense, y se dispusieron a realizar su trabajo.

Se enfundaron unos guantes de látex desechables, examinaron el cadáver e interrogaron a los policías uniformados que habían llegado con anterioridad al escenario del crimen.

Más tarde intercambiaron información con el juez y el forense, y tomaron notas en sus respectivos cuadernos.

En esto, acudió la Policía Científica y se aprestó a rastrear la zona en busca de posibles indicios inculpatórios que pudieran llevar a detener al responsable del homicidio.

Cuando terminaron los inspectores, Contreras le comentó a Moreno:

—Este crimen me recuerda al de Alicia Pardo, ocurrido hace nueve años. También ella murió de un disparo en la frente. ¿Recuerdas ese caso?

—Sí, me acuerdo perfectamente. Pero aparte del disparo en la frente, no veo por qué te lo recuerda. No parece que el móvil del crimen sea el mismo. En aquel caso pudo tratarse de un robo, y en este no me lo parece.

—Sí, tienes razón, no parece que el móvil sea el mismo. Tal vez ahora estemos ante un crimen de violencia de género. Tampoco el escenario es el mismo. Sin embargo, no es muy normal encontrar un cadáver en Madrid con un tiro en la frente.

—Sí, es raro. Además las dos víctimas son mujeres.

—Tendremos que esperar a los resultados de la autopsia para saber si existe alguna conexión entre ambos crímenes. Si el calibre de la munición empleada fuera de nueve mm Parabellum y los de balística determinasen que ambas balas fueron disparadas por la misma pistola, tendríamos una coincidencia incuestionable y estaríamos más cerca de descubrir quién lo hizo —afirmó Contreras.

—Desde luego, por comparación de las dos balas podría saberse si fueron disparadas por la misma pistola. Solo nos faltaría encontrar el arma y a su dueño —añadió Moreno, afirmando con la cabeza varias veces.

—Cosa que no será fácil, es más, me temo que será casi imposible.

Moreno asintió de nuevo.

Terminadas las diligencias, el juez ordenó el levantamiento del cadáver y su traslado al Instituto Anatómico Forense, en la Ciudad Universitaria.

Los periódicos publicaron la noticia en la edición vespertina, sobre la desconocida hallada en el río Manzanares, informando del suceso y especulando sobre qué habría ocurrido.

Los inspectores regresaron a las dependencias de la Brigada. Moreno escribió el atestado y lo guardó en una carpeta de archivo en la que no pudo escribir el nombre de la víctima encontrada en el río Manzanares. Dejó el informe sobre el escritorio y los dos compañeros se fueron a comer al bar de Quique.

Capítulo 24. La autopsia

El informe de la autopsia confirmó las conclusiones preliminares del forense. Se trataba de una mujer de treinta y cinco años cuyo cuerpo habría sido arrojado al río entre las dos y las tres de la madrugada del doce al trece de marzo, y la muerte se había producido como consecuencia del disparo recibido en la cabeza, descartando la asfixia por inmersión, puesto que los pulmones no contenían agua. No había ningún otro signo de violencia en el cuerpo, excepto alguna rozadura producida por el empuje del agua contra la presa donde había quedado retenido. Ni moratones, ni restos orgánicos en las uñas. No había habido contacto físico directo entre la víctima y el agresor, ni violación, pues no se encontraron restos de semen. No se halló nada que pudiera tener valor probatorio.

La bala extraída de la cabeza era del calibre nueve mm Parabellum y, según el informe de balística forense, habría sido disparada por una pistola Super Star, de fabricación española, usada por el Ejército Español en los años 70.

Las huellas dactilares obtenidas de la mano derecha del cadáver permitieron a la policía identificar a la víctima, por comparación con las disponibles en los archivos policiales, así como conocer su dirección en Madrid.

A Contreras le sorprendió comprobar que la dirección encontrada coincidía con la del domicilio de Fernando Soler.

No tardó en ponerse en contacto telefónico con el padre de Julián para comunicarle el fatídico hallazgo y las circunstancias asociadas a la muerte de Gertrude.

Fernando al oír la noticia enmudeció, no supo qué decir. Cuando consiguió serenarse, preguntó:

—¿Muerta?! ¿En el Manzanares? ¿Quién ha podido hacerle una cosa así?

—No sabemos quién lo ha hecho, ni disponemos de ninguna pista todavía. Estamos en ello. Necesitamos que se persone usted en el Instituto Anatómico Forense para identificar el cadáver.

—De acuerdo. ¿Cuándo debo ir?

—Puede venir esta misma tarde a las cinco, si le viene bien.

—De acuerdo. Allí estaré.

No cabía ninguna duda, era Gertrude Hoffmann.

—¿Es Gertrude! —dijo Fernando con una expresión que denotaba su dolor emocional. Un dolor intenso por la pérdida de Gertrude y por la manera en que había muerto, de un disparo en la frente, como Alicia.

Volvieron a tapar el rostro blanquecino de la joven norteamericana con la sábana que cubría todo su cuerpo y lo introdujeron en la cámara frigorífica del depósito de cadáveres.

—Así que Gertrude Hoffmann vivía en la casa de usted. ¿Era familia suya? —inquirió Contreras.

—No exactamente —respondió Fernando que aún no se había rehecho de la fuerte impresión que le había producido la visión del cadáver.

—¿Entonces, quién era? ¿Por qué vivía con usted?

—Era mi pareja sentimental desde hace varios años.

Contreras sacó un cigarrillo de su cajetilla y lo encendió. No le ofreció ninguno a Fernando. Dio una primera calada y expulsó el humo hacia un lado.

—Lo siento mucho. Tiene usted muy mala suerte con sus parejas, ¿no cree? —dijo el inspector con sarcasmo.

Fernando bajó la vista, la ira que le provocó aquella afirmación lo impulsaba a reaccionar. Intentó calmarse para no descargar un puñetazo con todas sus fuerzas en la cara del inspector, apretó los puños y no dijo nada.

El inspector se atusó el bigote y le preguntó:

—¿Gertrude tiene familia en Madrid?

—No. Vivía conmigo y no tenía a nadie más que a mí en Madrid.

—Entonces ¿puede hacerse cargo del cuerpo para su inhumación?

—Por supuesto que sí. Pero primero llamaré a sus padres a los Estados Unidos a ver qué disponen y me haré cargo de todo. ¿Cuándo se puede retirar el cadáver?

—Cuando usted quiera. El juez ya ha dado permiso para que los familiares dispongan del cuerpo.

Fernando asintió y dijo:

—Esperaré a ver qué deciden hacer sus padres.

—Haga usted lo que tenga que hacer. En unos días lo llamaré para interrogarlo —dijo Contreras—. Si tiene previsto viajar en los próximos días, le ruego que no salga de Madrid.

—¿Piensa acaso que la he matado yo?

—No puedo descartarlo. Lo lamento mucho, es mi trabajo.

—Está bien, cuando usted quiera.

De vuelta en el coche a las dependencias de la Brigada, el inspector Contreras le preguntó a Moreno qué opinaba de Fernando Soler.

—Teníamos que haberlo presionado más para que confesara —dijo el inspector Moreno—. Era el momento oportuno.

—¿Tú crees que es nuestro hombre?

—Creo que sí. Es muy sospechoso que le haya pasado esto con sus dos mujeres. Un disparo en la frente...

—Pero no tenemos ninguna prueba —dijo Contreras, interrumpiendo a su compañero.

—Yo pediría una orden de registro domiciliario, a ver si encontramos el arma en su casa —replicó Moreno.

—¿Tú crees que un asesino guardaría el arma homicida en su propia casa? Me extraña mucho, David.

—A mí también, pero no debemos descartarlo.

—En eso estoy de acuerdo contigo. Primero vamos a detenerlo e interrogarlo, a ver si conseguimos que confiese. Debemos pedir al juez instructor una orden de detención por sospechoso de homicidio. Si consiguiéramos algún indicio de que ha podido hacerlo él pediríamos una orden de registro domiciliario, si no, no creo que el juez acceda a firmarla —dijo Contreras.

—Bien, yo me encargo. Otra cosa que deberíamos hacer es averiguar quién coño era Gertrude Hoffman, a qué se dedicaba, con quién se relacionaba.

—Sí. De momento tenemos que interrogar a la asistente y al hijo de Fernando Soler, a ver qué nos cuentan ellos de la norteamericana.

Los medios de comunicación no tardaron en ponerse al corriente de quién era Gertrude Hoffmann y publicaron nueva información sobre qué relación tenía con el escritor Fernando Soler, sobre su nacionalidad, y a qué se dedicaba en Madrid.

Fernando se refugió en su casa y estuvo unos días sin acudir a la facultad. Solo escribiendo podía evadirse de aquella difícil situación en que se encontraba.

Después de conocerse la noticia de la muerte de Gertrude, el teléfono no dejaba de sonar en su domicilio. Mariana lo atendía y le pasaba notas informándole de quién lo había llamado para darle el pésame, o qué periódico quería entrevistarle.

Al día siguiente Fernando devolvió las llamadas a cada uno de los amigos y compañeros de la facultad para darles las gracias. No aceptó entrevistas de la prensa ni de la televisión. Se dijo a sí mismo que eran unos buitres que solo buscaban carnaza.

Tan pronto se enteró Julián de quién era la chica asesinada en el Manzanares llamó a su novia.

—¿No te has enterado?! Han encontrado muerta a Gertrude en el río Manzanares.

—¿¡Muerta?! ¡Qué putada! No sabía nada. Estoy en Babia.

—¿¡No lo sabías?! ¡Si lo han publicado en la prensa y lo han dicho en la televisión! Incluso han publicado alguna foto.

—No me he enterado de nada. Qué tonta. Estoy de exámenes y... ya me conoces, no me da el tiempo para ocuparme de otras cosas, apenas miro la televisión.

—¿Tu hermano tampoco lo sabe?

—No me ha dicho nada.

—Habla con él. Ahora tengo que colgar. Te llamo más tarde.

Fernando telefoneó a los padres de Gertrude, poco después de identificar el cadáver, para darles la dolorosa noticia de la muerte de su hija. La madre, con la voz entrecortada por el llanto, dijo que querían verla y que intentarían volar a Madrid tan pronto como consiguieran los billetes de avión.

Vivían en una pequeña población, de nombre Sargent, en el centro del estado de Nebraska. Fernando pidió que retuvieran a Gertrude en la morgue hasta que llegaran sus familiares a Madrid.

Entretanto se informó a través de la embajada de los Estados Unidos de los trámites que se precisaban para el traslado del cadáver a su país, y realizó todas las solicitudes y gestiones al respecto por si el deseo de sus padres era llevarse los restos de su hija.

Un día después de conocer la noticia, los padres de Gertrude llegaron a Madrid conmocionados y cansados por el viaje. Se alojaron en un hotel céntrico donde Fernando les había reservado una habitación, y se pusieron sin demora en contacto con él.

Fernando acudió a verlos al hotel y les contó todo lo que sabía sobre la muerte de su hija y las gestiones que había realizado para su traslado. Les ofreció las pertenencias que Gertrude tenía en su casa, pero ellos rehusaron llevarse nada. Le dijeron que hiciera con sus cosas lo que le pareciera bien a él. Solo querían el cuerpo de su niña para trasladarlo a su pueblo natal.

Dos días después, los padres de Gertrude viajaron con los restos mortales de su querida hija a Sargent. La enterraron en el cementerio de la localidad y llamaron después a Fernando para pedirle que cuando detuvieran al asesino, los llamara. Necesitaban saber quién lo había hecho y por qué.

Capítulo 25. El interrogatorio

Después de recabar información sobre Gertrude Hoffmann a Julián y a Mariana, por separado, los inspectores decidieron que era el momento de interrogar a Fernando Soler como presunto autor del crimen puesto que, aunque no tenían pruebas, los indicios eran más que razonables.

El inspector Moreno pidió una orden de arresto al juez instructor y en cuanto la hubo obtenido se presentó con su compañero Contreras en el domicilio de Fernando Soler en un coche policial sin distintivos.

Eran las siete de la tarde. Una tarde ventosa y desapacible de marzo. Fernando se encontraba en su gabinete, trabajando en su nueva novela.

Mariana lo avisó de la llegada de los policías, a los que hizo entrar y esperar en el vestíbulo mientras iba a avisar a Fernando. Este salió a recibirlos de mala gana, interrumpiendo su trabajo y, después de los saludos, los invitó a pasar al salón.

Contreras le dijo que no hacía falta, le enseñó la orden y le anunció allí mismo que estaba detenido como sospechoso del asesinato de Gertrude Hoffmann, le leyó sus derechos y añadió:

—Si conoce a algún abogado, llámelo y, si no, búsquese uno. Lo va a necesitar.

Fernando intentó aparentar calma. Pensó las palabras apropiadas antes de decir:

—Soy inocente. No necesito ningún abogado. No había visto a Gertrude desde varios días antes de su muerte.

—Vamos a ponerle los grilletes y nos va a acompañar a las dependencias de la policía. No oponga ninguna resistencia y será mejor para todos —le dijo Moreno.

—Déjenme, al menos, que me cambie de ropa.

—Claro, pero no intente nada.

Se marchó a su habitación acompañado por el inspector Moreno. Contreras permaneció en el vestíbulo fumándose un cigarro.

Fernando obedeció cuando el inspector Moreno le ordenó que pusiera sus brazos en la espalda y este lo esposó. Se mantuvo quieto, conteniendo la indignación que lo dominaba.

Cuando regresaron al vestíbulo, miró al inspector Contreras y le preguntó a dónde lo llevaban.

—A los calabozos de la Brigada Central de Policía Judicial.

Fernando no dijo ni una palabra más, sabía que cualquier cosa que hablara podría perjudicarlo más tarde.

Mariana avistó la escena con el ceño fruncido y los ojos acuosos. Fernando al verla así le dijo que no se preocupara y que hablara con Julián, que le explicara lo ocurrido y le dijera que pronto regresaría a casa.

Estaba anocheciendo y hacía un viento fresco y racheado cuando salieron del edificio del paseo del Pintor Rosales.

El inspector Moreno, que llevaba cogido del brazo a Fernando, lo ayudó a subir a la parte trasera del vehículo policial, protegiéndole la cabeza con una mano. Contreras se sentó detrás, junto al detenido, frotándose las manos frías, y Moreno se acomodó en el asiento del conductor, colocó la sirena azul en el techo del vehículo y condujo lo más rápido que pudo hasta la Brigada, abriéndose paso por entre el denso tráfico que circulaba por la ciudad a esas horas.

Después de hacerle consignar sus pertenencias, y tomar nota de su nombre y dirección, un policía de uniforme acompañó a Fernando Soler a los calabozos, en la planta baja del edificio. Cerró la puerta tras él y el detenido se sentó sobre la colchoneta de una cama de hormigón de noventa centímetros de ancha, colocó la cabeza sobre sus manos abiertas, los codos apoyados en las piernas, y comenzó a sollozar en silencio. Nunca antes había estado en una celda, y se sentía derrotado y confuso, aun cuando tenía claro que su detención debía de obedecer a un error, no podían tener ninguna prueba contra él.

Poco después se enjugó los ojos húmedos con un pañuelo, se dijo a sí mismo que todo se aclararía y pronto podría volver a su casa; se echó en la cama sobre el costado izquierdo, mirando hacia la pared.

Más tarde el policía uniformado que lo encerró le llevó un bocadillo y un botellín de agua. No tenía hambre, pero se incorporó y bebió un par de tragos para humedecerse la boca, que notaba seca, pastosa, como si no le quedara un ápice de saliva. A continuación se tendió de nuevo en la cama e intentó no pensar en su complicada situación. Se encontraba en una celda de los calabozos de la policía como sospechoso del asesinato de su pareja Gertrude, esperando a que lo llamaran para ser interrogado.

Para él la situación en que se veía era irracional.

Intentó dormir, pero su cerebro era un caos, los pensamientos se le acumulaban en desorden, incapaz de procesarlos. Tenía que conseguir ordenarlos y dar respuesta a cada uno de ellos, preparar el interrogatorio al que iba a ser sometido a la mañana siguiente. Al fin consiguió entrar en un sueño ligero que duró solo unas horas.

Muy temprano lo despertó un agente de policía distinto al del día anterior, lo acompañó a los aseos y, cuando hubo terminado, lo condujo de nuevo a la celda sin darle ninguna explicación.

—¿Cuándo piensan interrogarme?

—No lo sé.

—¿Va a traerme algo para desayunar?

—Sí. Ahora mismo le traigo un café con leche y un bollo.

Los inspectores no tenían ninguna prisa en interrogarlo. Pensaban que cuanto más se demoraran en hacerlo más nervioso se pondría Fernando Soler y acabaría confesando su crimen.

Habían solicitado la presencia de un abogado de oficio, ante la negativa del detenido a llamar a un letrado.

A media mañana lo llevaron a la sala de interrogatorios, una habitación pequeña que disponía como único mobiliario de una mesa y dos sillas.

De nuevo le hicieron esperar una buena media hora hasta que llegó el abogado. Este habló con él a solas y le dijo que podía negarse a contestar, pero él le aseguró que no tenía ningún problema en hacerlo.

Al fin, los inspectores entraron en la sala, donde el detenido estaba sentado a la mesa, muy tranquilo, o al menos eso aparentaba, acompañado de su abogado.

El inspector Contreras lo saludó y se interesó por su estado de salud. Le preguntó si había dormido bien. Fernando le dijo que no había pegado ojo, había extrañado la cama.

Moreno le quitó las esposas y Contreras se acomodó en la silla frente a la que ocupaba Fernando, los separaba la mesa. Moreno permaneció de pie, apoyada la espalda en la pared, observando al detenido, con un cuaderno en la mano izquierda y un bolígrafo en la derecha, preparado para tomar notas.

El abogado también estaba de pie, junto a su cliente.

Fernando preguntó si podía fumar un cigarro. Contreras le dijo que sí y le ofreció uno rubio de su cajetilla. Sacó un encendedor del bolsillo y prendió el pitillo en los labios de Fernando. El inspector encendió otro para él. Fernando dio una calada intensa como si hiciera varios meses que no fumaba. Inhaló el humo con ansia. Cuando este invadió sus pulmones tosió ligeramente antes de exhalarlo hacia arriba.

Contreras se estiró los dedos de la mano izquierda y miró al detenido. Después se atusó el bigote antes de hablar.

—Bueno..., Fernando, esta vez parece que no tiene usted ninguna coartada como en aquella otra ocasión, cuando asesinó a su esposa —afirmó Contreras.

El abogado se acercó a su cliente y le recordó que no tenía por qué contestar. Pero él sí lo hizo.

—No necesito ninguna coartada, inspector. Yo no he matado a Gertrude. Ni maté a Alicia. Nunca podrán demostrarlo porque *yo no lo hice* —dijo, resaltando estas últimas palabras, y continuó—: Ya le dije ayer que llevaba días sin verla.

El inspector Contreras volvió a alisarse el bigote mientras pensaba. Luego preguntó:

—¿Dónde estuvo usted la noche del doce al trece de marzo?

—En mi casa, con mi hijo y Mariana, mi asistenta. Ellos podrán confirmarlo.

—Sí, pero supongo que ellos se acostarían antes que usted, y quizás una vez que ellos estaban en la cama usted salió de su casa sin que lo vieran ni oyeran.

—Sí, claro, eso es posible, pero no lo hice. Esa noche no salí de mi casa, estuve trabajando hasta bastante tarde.

—Dice usted que llevaba días sin ver Gertrude. ¿Por qué?

—Sí. A Gertrude le gustaba salir por la noche, se marchaba y en ocasiones no volvía a casa a dormir. Ni siquiera me avisaba. Otras veces volvía muy tarde. Por este motivo discutíamos con reiteración. Unos días antes de morir se marchó prácticamente con lo puesto. Nuestra relación había tocado fondo.

—Y eso ocurrió precisamente unos días antes de que fuera encontrada sin vida en el río, y usted no tuvo nada que ver con su muerte. ¿Es eso lo que sostiene?

—Sí, así es.

—¿Qué día se marchó Gertrude de su casa?

—Exactamente fue el martes diez de marzo. Lo recuerdo perfectamente. Ese día habíamos discutido acaloradamente. Cogió algo de ropa y de aseo, lo metió en una mochila y se fue. Pensé que cuando se le pasara el enfado volvería, como había ocurrido otras veces, pero ya poco me importaba si regresaba o no.

—Y no regresó, ¿no es eso? Apareció con un tiro en la frente en el río Manzanares.

—Así es. Pero yo no lo hice.

—¿Tiene usted licencia de armas?

—No.

—Supongo que no tiene ninguna pistola.

—No.

Moreno escribió una nota en su cuaderno y Contreras volvió a estirarse los dedos, antes de alisarse el bigote y seguir preguntando.

—¿Dónde cree usted que estuvo Gertrude desde el martes diez hasta la madrugada del doce al trece de marzo? —preguntó Contreras.

—No lo sé. No me dijo a donde iba ni yo me dedico a espiarla. Supongo que se quedaría a dormir en casa de alguna amiga suya.

—¿Puede darnos los nombres de las personas que frecuentaba?

—No. No conozco a sus amigos. Ella no solía contarme dónde había estado ni con quién. Y yo, normalmente, como le he dicho, no le preguntaba. Si alguna vez lo hacía, ella me reprochaba que la controlara y de ahí venían muchas de nuestras trifulcas. Cuando la conocí compartía piso con una compatriota suya, estudiante en la

Facultad de Filología, pero Gertrude me comentó hace algún tiempo que su compañera había regresado a los Estados Unidos. No tengo la menor idea de con quién estuvo esos días.

—Una relación muy extraña la suya con la norteamericana, ¿no cree?

—Ya se lo he dicho, estábamos a punto de romper. Lo nuestro se había acabado. Ella era muy aficionada a salir por las noches y a mí, con sinceridad, no me apetecía acompañarla, prefería quedarme en casa a escribir. Cuando la conocí le gustaba acudir a las salas de conciertos y las discotecas conocidas de la Movida Madrileña, y en ese ambiente se sentía como pez en el agua, pero yo no. Había gente muy rara por ahí.

—¿Sabe al menos a qué lugares solía ir?

—La conocí en el Rock-Ola en el año 1984, un lugar frecuentado por frikies, famosos del espectáculo y del cine, y amantes del Rock y de la música pop, pero esa sala cerró en 1985, según he oído. Pregunten en la sala Revólver, ella iba por allí algunas noches.

Contreras permaneció un rato en silencio observando a Fernando, sin quitarle la vista de encima. Este ni se inmutó. Le mantuvo la mirada sin pestañear siquiera.

El abogado pidió a Contreras que terminara el interrogatorio y dejara en libertad a su cliente, dado que no había ninguna prueba contra él.

Moreno seguía de pie, tomando notas en su cuaderno y observando las reacciones de Fernando.

Este pidió otro cigarrillo y preguntó:

—¿Cuándo van a soltarme?

—Puede ser que hoy mismo o mañana, depende de usted. Debe ayudarnos a terminar con esto —dijo Contreras—. Ahora volverá al calabozo y tratará de recordar con quién se veía su novia. Haga memoria. Me extraña que usted no lo sepa. ¿Nunca se lo dijo en una de esas discusiones acaloradas que mantenían?

—Si se veía con alguien en particular, nunca me lo dijo, como es natural.

—¿Ni siquiera cuando ustedes se peleaban?

—No. Nunca hablaba de sus amigos. Ya se lo he dicho.

Contreras miró a Moreno, esperando que este hiciera alguna pregunta más. Pero Moreno movió la cabeza negando. Contreras llamó al policía uniformado para que condujera a Fernando al calabozo.

El abogado reiteró en vano su petición de que dejaran en libertad a su cliente.

El agente de uniforme volvió a colocarle los grilletes y se lo llevó.

Cuando Fernando hubo abandonado la sala de interrogatorios, Contreras le preguntó a Moreno qué opinaba.

—Hay algo en él que no me gusta. No me convence esa seguridad que muestra, pero no creo que haya sido él. A menos que se le fuera la cabeza por un ataque de celos. Es evidente que Gertrude le ponía los cuernos. Sin embargo, no me parece un tipo de los que no sabe controlarse, al contrario, es un hombre pacífico —dijo Moreno.

—Sí, puede que se trate de una infidelidad de la chica y una venganza por celos. Es decir, violencia de género. Deberíamos averiguar con quién salía la americana —dijo Contreras.

—Tendríamos que pasarnos por la sala Revólver a ver si alguien la conocía y puede darnos información, o decirnos con quién se veía Gertrude —dijo Moreno.

—Sí. Y hablar con Julián y la asistenta con el fin de confirmar si Fernando estuvo en su casa la noche del crimen, como él dice, y qué pueden contarnos sobre Gertrude —dijo Contreras, y añadió—: Mañana volveremos a interrogarlo. Veremos si después de otra noche de calabozo, reflexiona y se anima a confesar. Si no dice nada nuevo tendremos que dejarlo en libertad. De momento, no hay motivos para retenerlo por más tiempo. Informaremos al juez a ver qué decide él.

—No creo que Fernando confiese. Parece que está muy seguro de sí mismo —dijo Moreno.

—Puede que solo sea una pose, que esté fingiendo. Quizás se derrumbe esta noche y mañana confiese.

—Ojalá.

El comisario Espinosa, jefe de la Brigada, llamó a su despacho a los inspectores del caso Gertrude y a Ferrer, el jefe del grupo de Homicidios. Los tres se hallaban en la sala de inspectores tomando un café y charlando animadamente. Apuraron los cafés y se dirigieron al despacho del comisario.

El inspector Ferrer llamó a la puerta con los nudillos.

—¡Pasad! —dijo Espinosa.

—¡Buenos días, comisario! —saludaron los tres.

Espinosa los miró con el gesto torcido. Ni siquiera les dio los buenos días.

—¡Sentaos! —dijo mientras dejaba en la mesa los documentos que estaba leyendo en ese momento—. ¿Cómo lleváis el caso de la chica del río? —espetó mirándolos con el rostro hosco.

—Hemos detenido a un sospechoso, Fernando Soler, el compañero sentimental de la víctima. Lo hemos interrogado y por el momento no hemos conseguido nada. El caso es similar al de Alicia Pardo, su mujer —dijo Contreras.

—Sí, sé quién es. Así que no ha confesado.

—Todavía no, comisario.

—¡Pues hacedle confesar! Tengo al jefe superior todo el día al teléfono. Dice que la Embajada de los Estados Unidos no para de preguntar cómo llevamos el caso Gertrude Hoffman.

—Hoy volveremos a interrogarlo. De todas formas parece inocente. No tenemos nada por el momento.

—Bueno, pues si es así, no podemos retenerlo más de setenta y dos horas, ya lo sabéis. Pero moveos, ¡coño! Hay un asesino suelto y tenemos que encontrarlo ya. Si no es Fernando Soler hay que dar con el culpable. ¡Hala!, a trabajar.

—A sus órdenes, comisario —dijeron los inspectores a la vez y salieron del despacho de su superior.

Capítulo 26. Algunas coincidencias

Julián estaba preocupado por el arresto de su padre como presunto asesino de Gertrude. Razonaba que si hubiera sido él, también podría haber matado a su madre, dado que los dos homicidios tenían en común el disparo en la frente y el hecho de que ambas víctimas estaban relacionadas estrechamente con él. Pero ¿qué motivos podrían haberlo llevado a cometer estos crímenes?, se preguntaba.

No concebía a su padre empuñando un arma y, mucho menos, disparándola con frialdad —de manera premeditada, no como consecuencia de una discusión acalorada, pues no se había encontrado ningún otro signo de violencia en los cuerpos— contra su propia esposa, y luego contra su amante.

«Es absurdo, no puede haber sido mi padre», se decía una y otra vez como un soniquete.

«Mi padre no es un asesino ni está mal de la cabeza. Por el contrario, es una persona normal, profesor universitario, escritor, un hombre sensible... No, no es posible que haya sido él. Por otra parte, nunca me ha hablado de tener una pistola, ni la he visto en ninguno de los cajones de su escritorio cuando he buscado algo de dinero o un cigarrillo. Ni en su armario ropero cuando he tomado prestada una de sus corbatas. Claro que si poseyera un arma supongo que la tendría a buen recaudo».

Julián se había enterado por la prensa y la televisión de cómo habían encontrado a Gertrude en el Manzanares. En las fotos que se habían filtrado a un medio de comunicación se avistaba la imagen de la norteamericana con un agujero de bala en la frente. Eran imágenes espeluznantes, fotogramas de película policíaca, que le resucitaban el recuerdo imborrable de su madre tendida en el suelo de la alcoba, tal como él lo había escrito una y otra vez en su mente partiendo del relato inicial de Mariana.

Continuó discurrendo.

«El día que mataron a mi madre él estaba en Salamanca, y la noche del doce al trece de marzo, se encontraba en casa. Recuerdo que esa noche me acosté tarde, pues al día siguiente tenía un examen parcial y quería prepararlo bien. Mariana se marchó temprano a su cuarto a escuchar la radio. Con todo, era posible que mi padre hubiera salido de casa sin hacer ruido, sin que ni Mariana ni yo lo hubiéramos oído, que hubiera matado a Gertrude, la hubiera arrojado al Manzanares y hubiera regresado después a casa. Pero todo eso es bastante complicado e improbable».

Julián deseaba, necesitaba creer que su padre era inocente de la muerte de Gertrude. En cuanto a matar a Alicia, pensaba que era mucho más improbable todavía. Era su mujer. ¿Cómo iba a dispararle a su propia esposa? ¿Por qué?

«No, mi padre no es un asesino», se repetía a sí mismo.

No obstante, la duda seguía atormentándolo. La policía lo había detenido. «¿Por qué? ¿Acaso tienen alguna prueba contra él? ¿O simplemente es el hecho circunstancial de la estrecha relación que mantenía con Gertrude?».

Precisaba hablar de ello con alguien. Pensó en Mariana, en acudir a los abuelos, pero de pronto se acordó de Sofía. Quería verla, confiarle sus dudas y razonamientos y que ella le dijera que no, lo convenciera con argumentos irrefutables de que no podía haberlo hecho su padre.

La llamó por teléfono y le dijo:

—Hola, Sofía. Necesito verte. ¿Puedes venir a mi casa ahora mismo?

—Estoy estudiando. Mañana tengo un parcial.

—Por favor. Te necesito. Ven. Me encuentro bastante mal.

—¿Qué te ocurre?

—Han detenido a mi padre como sospechoso del asesinato de Gertrude.

—¡Joder! ¿Han detenido a tu padre?! Eso sí que es fuerte. Ahora mismo voy.

Sofía cerró los apuntes, se aseó un poco, se cambió de ropa. Fue caminando deprisa hasta el paseo del Pintor Rosales. Subió al piso de Julián y pulsó el timbre de la puerta de entrada.

Mariana le abrió y al verla imaginó que era Sofía. Julián le había hablado mucho de la chica con quien salía.

—Hola, tú debes de ser Sofía, ¿verdad?

—Sí, y tú Mariana. Eres tal como te había descrito Julián... Te quiere mucho, ¿sabes?

—Lo sé. Yo también lo quiero a él. Es un chico muy sensible, bueno y agradecido. Sufrió mucho al quedarse sin madre tan pequeño, pero lo superó. Ya te habrás dado cuenta.

—Sí, claro que sí. Me ha llamado por teléfono y me ha dicho que han detenido a su padre por lo de Gertrude. Lo he notado muy nervioso.

—¡Pobre Gertrude! No entiendo por qué han detenido a don Fernando. Pasa, Julián está en su cuarto. Hoy no ha querido ni siquiera comer. Está muy afectado. A ver si lo animas un poco. Ven, te acompaño a su habitación. Sígueme.

Sofía asintió y se dejó guiar por Mariana, como si no supiera dónde encontrar el dormitorio de su novio, en el que ya había estado. Mariana llamó con los nudillos a la puerta.

—Pasa —dijo Julián.

—Hola, hijo. Ha venido a verte Sofía. ¿Qué tal estás? ¿Queréis que os traiga algo de merendar?

—No. Vete —respondió Julián, desdeñoso, desde la cama —, déjanos solos.

Sofía movió la cabeza de izquierda a derecha, mirando a Julián. No conocía esa conducta displicente de su novio.

Mariana salió del cuarto con la cabeza gacha, como un perro sumiso.

—Gracias por venir —dijo Julián, invitándola, con un gesto de la mano, a sentarse en el borde de la cama.

Sofía se acomodó, le tomó una mano a Julián y le dio un beso en la mejilla.

—Lo siento mucho. ¿Qué ha ocurrido? Cuéntame.

—La policía sospecha de mi padre por el asesinato de Gertrude y se lo han llevado detenido para interrogarlo.

—¿Tu padre?!

—Es absurdo. No creo que haya sido mi padre. Es incapaz de matar a una mosca.

—Entonces no te preocupes. Lo dejarán libre tan pronto vean que no ha sido él. ¿Acaso tienen alguna prueba?

—No lo sé. Espero que no.

Ella dejó la mano de Julián y le acarició la cara, le retiró el cabello de la frente. Se acercó a él y le depositó un beso en los labios. Le dijo:

—Anda, levántate, te duchas y nos vamos a dar un paseo. Esta habitación huele a tigre. Debes ventilarla —dijo Sofía, incorporándose y abriendo la ventana—. Respirar el aire de la calle te sentará bien.

—No me apetece. No tengo ganas de salir ni de ver a nadie.

—¿A nadie? —dijo Sofía con una sonrisa.

—Excepto a ti, claro.

—Como quieras, pero debo insistir. Vamos a tomar un café al bar de la esquina con Ferraz. Seguro que mi hermano estará allí con María. Se pasan la tarde juntos. No pegan palo al agua. Deberían estudiar más, verás qué mal lo van a pasar cuando lleguen los exámenes finales.

—¿Tu hermano? En ese caso..., tengo ganas de verlo, y también a María. Hace mucho que no quedamos los cuatro. Espérame un momento aquí mientras me ducho.

Julián volvió del cuarto de baño. Sofía no dejaba de mirarlo mientras él se vestía. Se sintió cohibido cuando notó que el miembro se le endurecía. Ella también lo advirtió, sonrió y no apartó la vista de esa parte del cuerpo de su novio.

—¿Por qué no nos quedamos un poco más y luego salimos? —propuso él.

—No estaría mal viendo cómo se te ha puesto eso. Pero ¿no querías ver a mi hermano y a su novia?

—Claro que sí, pero ellos pueden esperar.

—Anda, vístete.

Capítulo 27. El arma

Julián y Sofía bajaron al bar de la esquina y se encontraron con el Rubio y María que estaban sentados a una mesa haciéndose carantoñas. Se saludaron y el Rubio se puso en pie y le dio un abrazo fuerte a su amigo.

Con el semblante serio le dijo:

—Me he enterado de lo de Gertrude por la televisión. ¡Qué putada! ¿Han detenido al culpable ya? Te iba a llamar por teléfono.

María también se levantó de la silla para saludar con dos besos a Julián.

—Sí, es una putada, y la policía ha detenido a mi padre.

Al oír la noticia de la detención de Fernando Soler, María dio un respingo y preguntó:

—¿Qué dices?! ¿A tu padre? ¿Por qué?

—No lo sé. Es sospechoso de haber matado a Gertrude, pero creo que no tienen pruebas para inculparlo. Sé que es inocente.

—Lo lamento mucho. No puede ser él. Verás como todo se aclara —dijo María.

Todos se sentaron a la mesa y pidieron unas cañas. Julián cambió de tema de conversación.

—Mañana es el cumpleaños de mi abuelo. Quiero ir a verlo y llevarle un regalo. El pobre está bastante mal de su enfermedad. ¿Queréis acompañarme? Seguro que mis abuelos se alegrarán de veros.

—¿A qué hora vas a ir?

—Por la tarde. No sé, a eso de las seis.

—Por mí está bien —dijo el Rubio—. ¿Vamos los cuatro?

—Por supuesto que sí —dijeron las dos chicas a la vez.

—Le pediré el coche a mi padre —dijo el Rubio.

Cuando al día siguiente llegaron los cuatro al chalet de La Moraleja, Eva salió a recibirlos. El abuelo Emilio cumplía setenta y ocho años y la enfermedad de Párkinson, además de ser la causa de los temblores y la lentitud de movimientos que padecía, lo deprimía y le provocaba problemas respiratorios. Aún cogía de vez en cuando el violín pero enseguida lo dejaba en la funda al comprobar lo torpes que se movían sus dedos.

—El abuelo ha tenido un mal día y está descansando en la cama. Ahora lo llamo —dijo Eva.

—Abuela, si no se encuentra bien, déjalo descansar. Vendremos a verlo otro día.

—Le hará mucha ilusión saludaros, últimamente no viene mucha gente a visitarnos. Voy a ver si quiere levantarse.

Eva los dejó solos y se dirigió al dormitorio. Encontró a Emilio dormido en la cama. No quiso despertarlo, había pasado una mala noche. Volvió al salón y pidió disculpas a sus invitados.

—Lo siento, no he querido despertarlo. Duerme como un niño. ¿Qué queréis tomar?

—Nada, abuela. No te molestes.

—No es ninguna molestia. Preparo un café ahora mismo.

—¿No está la filipina?

—No tardará en llegar. Ha ido a hacer la compra semanal con el coche.

—Te ayudo —dijo Sofía, levantándose de su asiento.

—No hace falta, hija, pero te lo agradezco. Ven conmigo.

Las dos mujeres se dirigieron a la cocina.

—¿Cómo está mi nieto? Lo noto muy serio y apagado. ¿Qué le pasa?

—Está preocupado. Han matado a Gertrude y han detenido a su padre.

—¿A Gertrude? No lo sabía. No creo que haya sido mi yerno. Es un buen hombre. ¿Por qué lo han detenido a él?

—No lo sé. Supongo que por la relación que mantenía con ella.

Eva sacó la cafetera italiana de un armario de abajo e intentó abrirla. No podía desenroscarla, estaba demasiado apretada.

—Deme, ya la abro yo.

—Ya no tengo fuerza en las manos, hija.

—¿Dónde tiene el café?

—En el armario de arriba, a la derecha —dijo Eva, señalando con el índice—. ¿Julián y tú sois novios?

—Más o menos.

—O sea que sí. Es un muchacho muy noble e inteligente.

—Lo sé, Eva.

Unos minutos después regresaron las dos al salón. Sofía llevaba una bandeja con cinco servicios de café y una jarrita de leche, y Eva portaba la cafetera sobre un

plato pequeño. Después de dejarlo todo en la mesa, la abuela volvió a la cocina y regresó con un bizcocho que había horneado esa misma mañana la asistente filipina.

Estaban sentados a la mesa y la abuela sirvió los cafés y cortó el bizcocho en porciones.

—Me ha dicho Sofía que la policía ha encontrado muerta a Gertrude. ¡Qué barbaridad!, pobre chica. Ya no hay seguridad en esta ciudad. No sé a dónde vamos a llegar.

—Sí, abuela.

—¿Y tu padre?, ¿cómo está tu padre? —dijo Eva, dirigiendo la mirada a su nieto.

—Está muy afligido. Ha sido un golpe terrible para él.

—¿Y por qué lo han detenido?

—No lo sé, abuela. Espero que lo suelten pronto.

Todos movieron la cabeza asintiendo.

—¿Y vosotros dos cuándo vais a casaros? —dijo la abuela, mirando a Julián y a Sofía alternativamente.

El Rubio y María se miraron un instante y después dirigieron la vista hacia Julián y Sofía, esperando la contestación de su amigo y la reacción de ella.

Sofía se ruborizó y no dijo nada. Había pensado incontables veces que si Julián se lo pedía alguna vez, ella aceptaría. Atrás había dejado las dudas que abrigaba sobre él y su defecto en las manos.

«Si tuviéramos un hijo podría estar afectado por el mismo problema que padece Julián», llegó a pensar alguna vez.

Recordaba lo que le había explicado Julián en una ocasión sobre la posibilidad de que la polidactilia fuera transmitida de padres a hijos. Aun así, si se casaban y alguna vez tenían un hijo, lo aceptaría y lo querría, al igual que aceptaba y quería a Julián.

—No lo sé abuela, aún no hemos pensado en eso. Primero tenemos que acabar la carrera, ya habrá tiempo de formar una familia.

—Por descontado, primero tenéis que acabar los estudios y encontrar un buen empleo. Sofía me gusta mucho y hacéis una buena pareja.

—Gracias, Eva —dijo Sofía con las mejillas otra vez encarnadas.

—Voy a ver cómo está el abuelo. ¿Queréis más café? —dijo Eva, incorporándose de su asiento.

—No, gracias, abuela.

La abuela tardó un buen rato en regresar. Cuando la vieron aparecer por la puerta del salón, iba empujando una silla de ruedas en la que estaba sentado el

abuelo. No había ninguna expresión en el rostro de Emilio. Era un rostro neutro, de mirada perdida, como si no supiera dónde se encontraba. Sin embargo, al aproximarse a su nieto y reconocerlo, esbozó una sonrisa y saludó a todos los presentes moviendo la mano.

Julián se levantó y le dio un abrazo. Se enjugó los ojos con la mano, intentando que él no advirtiera que se le habían inundado de lágrimas, y le entregó el obsequio que le había comprado. Volvió a sentarse en su silla. El abuelo miró la caja envuelta en papel de regalo e intentó romperlo para descubrir el contenido. La abuela le preguntó si lo ayudaba y él dijo que sí con la cabeza. Cuando vio el frasco de agua de colonia, la misma que él usaba, volvió a sonreír mirando a su nieto y asintiendo de nuevo con la cabeza.

El abuelo estaba mayor. Más de lo que en realidad era.

Los cuatro jóvenes se quedaron un rato más conversando con ellos y se despidieron temprano.

—Abuela, debemos marcharnos, no queremos cansar al abuelo.

Emilio movió la cabeza para negar.

Estaba contento de ver a su nieto, pero lo cierto era que deseaba que se marcharan, quedarse tranquilo, notaba como una nube en la cabeza, una ligera molestia.

En el coche, camino de regreso a Madrid, Julián no abrió la boca. Iba pensando en lo que había significado para él su abuelo, lo mucho que lo quería, y en que ahora no era más que una sombra de lo que había sido.

El cuerpo lo traicionaba, y su mente era cada día más débil.

Después de un dilatado silencio, Sofía contó que había ido con Julián a ver la película *El silencio de los corderos* y la recomendó a su hermano y a María. Les contó un resumen del argumento y tuvo que esforzarse para no desvelar nada importante.

Esa noche Julián estuvo buscando por toda la casa la pistola que habría usado su padre para matar presuntamente a su madre y después a Gertrude.

Estaba convencido de que él no era el asesino, pero ¿y si encontraba la pistola? Y si conseguía hallarla, ¿cómo sabría si era la misma que había disparado las dos balas asesinas?

Cuando no le quedaba ningún lugar donde mirar, se acordó de la caja fuerte empotrada en una pared del estudio de su padre. Lo había visto abrirla alguna vez y sacar o meter documentos o dinero.

Desconocía la combinación.

Probó con la fecha de nacimiento de su padre, la de su madre, la suya, combinaciones de ellas... No pudo dar con la clave de apertura. Revolvió de nuevo en los cajones del escritorio buscando en vano el número secreto escrito en algún papel, en algún cuaderno, en alguna agenda. Y nada.

No la encontró, pero en cambio halló una agenda de Gertrude en el cajón del tocador de la habitación de matrimonio. La hojeó. En ella solo había nombres y números de teléfono que no tenían ningún significado para él.

Mariana se alarmó al verlo rebuscar como un loco en cada rincón de la casa.

—¿Qué andas buscando?

—Nada —dijo desdeñosamente.

—¿Cómo que nada? Anda, dime qué es a ver si puedo ayudarte a encontrarlo.

—No. Déjame en paz, por favor.

—Está bien. ¿Has cenado algo?

—No tengo ganas de cenar. Me voy a la cama.

—Buenas noches, y que descanses —dijo Mariana, muy preocupada por el comportamiento de Julián.

Aun cuando comprendía el estado de ánimo que lo embargaba, por la detención de su padre y la muerte de Gertrude, no le gustaba que la tratara de esa manera. Él siempre había sido un muchacho respetuoso con ella.

Julián pensó que aquella agenda podría interesar a la policía. Tal vez en ella pudieran encontrar algún indicio inculpatório.

Capítulo 28. La agenda

Al día siguiente por la mañana un policía de uniforme llevó a Fernando Soler a la sala de interrogatorios. Este había pasado una mala noche de insomnio. Los inspectores Contreras y Moreno volvieron a interrogarlo, en presencia del abogado de oficio, intentando presionarlo al máximo para que confesara, pese a las quejas del abogado.

No pudieron conseguirlo, ni obtener información alguna que poder usar para inculparlo, o que les pudiera servir para avanzar en la investigación. Fernando insistía en argüir que no conocía a los amigos con los que se relacionaba su compañera sentimental. Solamente les dijo que se había llevado algo de ropa en una mochila, después de la última discusión que habían mantenido.

—Imaginé que regresaría pronto como había hecho alguna otra vez o que, al menos, volvería a llevarse todas sus pertenencias. Supuse que me llamaría. Sin embargo, no me llamó ni volví a verla hasta el día en que me pidieron ustedes que fuera a identificarla al Instituto Anatómico Forense —aseguró Fernando Soler con mucho aplomo—. Y me enteré de lo que le había ocurrido por la televisión y la prensa.

Si Fernando mentía la policía no podía demostrarlo.

Así que después de informar al juez de los resultados del interrogatorio, este decidió dejarlo en libertad sin necesidad de agotar el plazo máximo legal de setenta y dos horas de arresto.

Fernando llegó a su casa a mediodía. Estaba agotado por los nervios que había soportado, la incertidumbre de cuándo lo dejarían libre y lo poco que había dormido en la incómoda cama de la celda.

Saludó a Mariana y preguntó por Julián.

—No ha vuelto aún. ¿Quiere que le sirva la comida a usted?, he preparado unas lentejas estofadas y de segundo hay salmón a la plancha.

—Sí, sírveme ya, tengo hambre y mucho sueño. Solo tomaré las lentejas y un poco de fruta.

—¿Cómo le ha ido con la policía?

—Bien. No disponen de ninguna prueba contra mí, así que han tenido que dejarme libre. ¿Qué tal se ha tomado mi hijo lo de mi detención?

—Lo noto preocupado y muy alterado.

—¿Acaso piensa que he podido hacerlo yo?

—No me ha dicho nada. Estos días, desde la detención de usted, apenas me ha dirigido la palabra, y cuando lo ha hecho ha estado conmigo muy antipático.

—Luego hablaré con él. No tiene motivos para estar preocupado por mí. Y tú, Mariana, ¿qué opinas?

—Que no puede ser usted, don Fernando.

—Yo no he matado a Gertrude. Puedes estar segura.

—Lo sé. Usted la quería, pero Gertrude era una persona muy inestable. No sé cómo aguantaba usted sus idas y venidas.

—Mariana, no hables mal de ella, ahora está muerta.

—Lo que usted diga, don Fernando, pero siempre pensé que esa mujer no le convenía.

—Ya sabes que nos queríamos, pero últimamente estaba muy rara.

En eso oyeron a Julián que acababa de cerrar la puerta de entrada. Al ver a su padre, se echó en sus brazos y los ojos se le anegaron de lágrimas.

—No llores, hijo. No tienen ninguna prueba contra mí.

—Tú no has sido, ¿verdad?

—Claro que no. ¿Tienes alguna duda? ¿Tú crees que yo tendría valor para hacer algo así?

—No lo creo, papá.

—¿Cómo has tardado hoy tanto?

—Acabo de pasar por las dependencias de la Brigada Central de Policía Judicial.

—¿De la policía? ¿Por qué has ido allí? ¿Acaso te han llamado para interrogarte?

—No, he ido a enterarme de cómo estabas y cuándo volverías a casa. Quería verte. El inspector Contreras me ha dicho que te habían dejado libre. Me ha preguntado qué hiciste el día que mataron a Gertrude y cuánto hacía que ella se había marchado de nuestra casa.

—¿Y qué les has dicho?

—La verdad. Que ese día estuviste en casa y que ella hacía unos días que no aparecía por aquí.

—Así fue. Gracias, hijo, por intentar verme. Me hubiera gustado mucho hablar un rato contigo y que comprobaras que estaba bien. De todas formas, aunque aún hubiera estado allí, no te habrían dejado verme, está prohibido visitar a un detenido en los calabozos.

—¿Te han tratado bien, papá?

—Sí, han estado muy correctos. Y me han interrogado en vano.

Julián se sentó a la mesa y Mariana le sirvió el primer plato.

—Le entregué al inspector Contreras la agenda de Gertrude. Así podrán investigar a las personas cuyos nombres aparecen escritos en ella con sus números de teléfono.

—Bien hecho, pero ¿dónde encontraste esa agenda?

—En uno de los cajones del tocador de tu alcoba.

—¿Has estado buscando en los cajones?!

—Sí, papá.

—¿Qué pretendías encontrar en ellos?

—Algo de Gertrude que pudiera ayudar a la policía.

—Está bien, pero ya sabes que no me gusta que andes curioseando en las cosas de Gertrude y tampoco en las mías. Debemos respetar la privacidad de las personas. ¿No has estudiado eso en la carrera? Es un derecho fundamental que todos tenemos. No lo vuelvas a hacer, ¿de acuerdo? Si quieres algo, pídelo.

—Perdona, tienes razón. Yo solo pretendía ayudar, y a Gertrude ya no le afectará el que haya estado rebuscando en sus cosas.

—Anda, acábate esas lentejas que ha preparado Mariana. Huelen que alimentan y están buenísimas.

Mientras comían, Fernando le preguntó a Julián si había pensado en operarse las manos. Este se extrañó de que se interesara por ello, pues no había sacado ese asunto nunca.

—Lo he pensado muchas veces, papá, y decidí hace tiempo no hacerlo. Me da mucho miedo.

—Creo que es lo mejor. Recientemente he hablado con dos cirujanos. Uno de ellos me ha dicho que la operación entraña ciertos riesgos; sin embargo, para el otro es una cirugía sencilla.

—Por ahora no lo quiero hacer. Me he acostumbrado a mis manos tal como son y no me afectan para desempeñar una vida normal.

—Por cierto, me dijo Mariana que sales con una chica muy guapa. ¿Sois novios?

—Más o menos.

—A ver cuándo me la presentas. ¿Es amiga de María, la chica que vino a verme para hablarme de su novela?

—Sí. Sofía es la hermana del Rubio, el novio de María. Salimos los cuatro con frecuencia.

—María es una mujer muy guapa y amable, me dijo que le había gustado mi novela y que se la habías regalado tú.

—Yo también la he leído y me ha parecido interesantísima. Me atrapó desde el principio hasta el final y la leí de un tirón.

—Me alegro de que lo hayas hecho. Creía que no te interesaba la literatura.

—Sí me interesa, pero no leo mucho, la verdad. ¿Qué estás escribiendo ahora?

—Otra novela. Si quieres te la dejaré leer cuando la termine y así me das tu opinión.

—Me encantaría, papá. Por cierto, María estudia Filología Inglesa y le gusta mucho leer y escribir.

Fernando asintió.

—Quiere dedicarse a escribir —añadió Julián.

—Lo sé.

Julián carraspeó y dijo:

—Papá, tengo que irme a estudiar. Me alegro de que hayas vuelto. Te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti, hijo. Tenemos que hablar más a menudo tú y yo. Yo me voy a dormir un rato. Estoy cansado, en la celda he dormido poco y mal.

Julián se acercó a su padre y le dio un abrazo. Luego se marchó a su dormitorio.

Capítulo 29. Dos listas

El inspector Moreno estaba elaborando dos listas de nombres y números de teléfono, extraídos de la agenda de Gertrude, cuando apareció Contreras por la Brigada, más tarde de lo habitual. En una de las listas colocaba a los hombres y en la otra a las mujeres.

—Hola, David —dijo Contreras, dejando el periódico en el escritorio—. ¿Bajamos a tomar un café?

—¿Qué te ha pasado hoy?

—He tenido que acompañar a mi madre al ambulatorio para unos análisis de sangre y orina.

—¿Qué le ocurre?

—Nada. Una revisión.

—El comisario está muy nervioso, ha preguntado por ti un par de veces y me ha llamado a su despacho para que le informe una vez más de cómo llevamos el caso de la americana —respondió Moreno—. Me ha dicho que vayas a verlo en cuanto llegues.

—¡Joder, qué pesado! Está bien, ahora iré. ¿Has encontrado algo en la agenda de Gertrude?

—No, solo he sacado una lista de nombres y teléfonos. Mejor dicho, dos listas.

—¿Hay alguna anotación en la agenda que pueda ayudarnos?

—No, no he observado nada especial. Solo hay una visita prevista al dentista, las horas de clase, fechas de cumpleaños, un concierto de música pop, y alguna que otra reunión del colegio donde trabaja, pero no figuran nombres, excepto los del directorio de teléfonos. Yo creo que deberíamos llamar a toda esta gente para averiguar qué conexión tenían con ella y si conocen algo que podamos relacionar con su muerte.

—Déjame ver las listas.

Moreno le extendió los dos folios y le dijo:

—Podríamos empezar a telefonar a los hombres, ellos son los que cometen más del 90 % de los homicidios.

Contreras paseó la vista de arriba abajo por la hoja de los hombres. De pronto la detuvo ante el patronímico de uno de ellos.

Dio un respingo al leer Andrés Castro en la lista.

—¡Coño! ¿Te suena de algo este tío? —dijo, señalando el nombre del exnovio de Alicia Pardo.

—Andrés Castro... pues no, no caigo.

—Ese día no me acompañaste, fui solo a entrevistarlo a su casa, en el paseo de Extremadura, por eso no lo recuerdas. Busca en la carpeta del caso Alicia Pardo el informe que redacté después de mi visita.

Moreno se incorporó de su sillón y se dirigió a uno de los archivadores. Buscó por orden alfabético hasta encontrar el expediente de Alicia y regresó a la mesa de trabajo con él. Se sentó frente a Contreras y hojeó los documentos hasta encontrar el informe que buscaba, lo sacó de la carpeta y se lo entregó a su compañero. Este encendió un cigarrillo, le dio una calada y lo dejó en el cenicero; leyó el documento en voz alta mientras se alisaba el bigote.

Acto seguido proyectó su mirada sobre Moreno y le dijo:

—Cuando lo entrevisté me pareció un tío raro, pero no encontré ningún indicio que justificara su detención. Sin embargo, ahora parece que hay algo, resulta que este tío está en la agenda de Gertrude. ¡Qué coincidencia! Deberíamos interrogarlo o ir a verlo a su casa sin avisarle siquiera.

—Ya me acuerdo de este tipo. Alicia y él fueron compañeros de estudios y novios. Cuando fuiste a verlo, impartía clases de Música en un colegio. Supongo que ahora estará en el trabajo, si es que aún sigue dando las clases.

—Esperaremos a la tarde. Vamos a tomarnos un café. A la vuelta nos dedicamos a preparar la entrevista y decidimos qué hacer.

—Javier, recuerda que el jefe quiere verte.

—¡Coño!, es verdad. Lo había olvidado. Me tiene hasta los huevos.

Contreras se dirigió al despacho del comisario Espinosa y llamó con los nudillos a la puerta.

—¡Pasa!

El inspector entró y permaneció de pie frente a la mesa de su superior, esperando que este lo invitara a sentarse, cosa que no hizo.

—Dígame. ¿Qué desea?

—¿Qué te ha ocurrido esta mañana que has llegado tarde? —dijo el comisario con un tono severo.

—He tenido que llevar a mi madre al ambulatorio.

—¿Cómo está tu madre? —dijo Espinosa, suavizando el tono.

—Bien, era solo para un análisis que le había mandado el médico, pero está bien. Un análisis de rutina, ya sabe, para medir el colesterol y esos otros indicadores que se descontrolan con la edad.

—Ya le he preguntado al inspector Moreno sobre el caso Gertrude Hoffmann. Me ha dicho que tenéis una agenda suya. ¿Habéis encontrado algo?

—Entre los teléfonos hemos encontrado el nombre de un sospechoso y esta misma tarde iremos a entrevistarlo. Y en cuanto podamos llamaremos al resto de los teléfonos de la lista por si acaso.

El comisario miró su reloj, sacó un cigarro de la cajetilla que guardaba en el cajón y después de encenderlo dijo:

—Si necesitáis ayuda, dímelo.

—De momento no.

—Entonces... ¡Hala!, a trabajar. Mantenedme informado en tiempo real. Ya sabéis la presión que tenemos del juez y de los americanos.

Los inspectores decidieron entrevistar al sospechoso en su propia casa. Cuando llegaron al apartamento de Andrés Castro eran aproximadamente las seis de la tarde. Contreras pulsó en el interfono el botón de la vivienda del sospechoso, y no obtuvo respuesta alguna.

—No habrá llegado aún —dijo Moreno.

—Vamos a esperarlo un rato, si no llega lo llamamos y lo citamos en comisaría. Mientras, si te parece bien, nos tomamos un café en ese bar de enfrente —dijo Contreras, señalando el bar con el dedo— y volvemos después.

—Sí, hace un frío que pela en la calle.

Estuvieron vigilando la puerta de entrada al edificio desde un ventanal del bar. Pasado un rato Contreras vio llegar a Andrés Castro.

—¡Vamos. Es ese! —dijo Contreras con un gesto de la cabeza.

Pagó los cafés y los dos inspectores se dirigieron hacia el bloque de viviendas donde habitaba Andrés Castro. Llamaron desde el telefonillo exterior y Andrés preguntó quién era.

—Soy el inspector Contreras.

—¿Qué desea?

—Necesito hablar con usted. Solo serán unas preguntas.

Andrés le abrió desde arriba.

Contreras tosió antes de entrar en la cabina del ascensor. Dio gracias a Dios de que funcionara. Recordó que lo pasó mal la otra vez cuando fue a entrevistar a Andrés.

—Deberías dejar de fumar, esa tos que tienes no me gusta nada.

—Sí, cualquier día lo dejo.

Andrés esperaba la llegada de Contreras detrás de la puerta. Sonó el timbre y la abrió.

—Hola, comisario Contreras.

—No soy comisario, solo inspector. Veo que se acuerda de mí —dijo, y señalando a Moreno se lo presentó—. Este es mi compañero David Moreno.

Andrés le extendió la mano y Moreno se la estrechó.

—Pasen y perdonen el desorden, no me ha dado tiempo... Hoy tuve una reunión en el colegio y ha durado más de lo que yo pensaba.

—No se preocupe. Vamos al asunto —dijo Contreras, expeditivo—. ¿Sabe quién es Gertrude Hoffmann?

—Desde luego que sí. Me he enterado por los medios de su muerte. ¡Qué pena! Era una mujer muy guapa y buena profesora.

Los inspectores se miraron con complicidad y sorpresa. Contreras preguntó:

—¿La conocía usted?

—Sí, era mi profesora de inglés.

—¡Ah!, era su profesora de inglés. ¿Cómo la contrató? —preguntó Contreras.

—A través de un anuncio. La llamé, me dijo cuánto cobraba y nos pusimos de acuerdo en el precio y el número de clases por semana.

—¿Sabe usted que era la compañera sentimental de Fernando Soler?

—¿De quién?

—Del exmarido de Alicia Pardo.

—No, no lo sabía.

—¡Es extraño! ¿Ustedes dos daban la clase y no hablaban de sus vidas privadas? ¿Nunca le habló de la relación que la unía con Fernando Soler?

—No, nunca. Ya le he dicho que nuestro trato era meramente profesional. Ella me daba las clases y yo le pagaba sus honorarios cada semana —dijo Andrés con un tono menos cordial que el que había usado al principio.

—¿Dónde se veían para las clases?

—Aquí mismo, en mi casa. Ella venía una hora por la tarde dos días por semana, me daba la lección de inglés y se marchaba. Alguna vez, si no podía por alguna razón, me avisaba por teléfono y recuperábamos la clase otro día.

Los inspectores volvieron a mirarse y Contreras continuó:

—¡Qué raro! ¿Nunca hablaban de sus aficiones, del trabajo, de con quién salían...? ¿Daban la clase y no hablaban de nada más?

—Ya le he dicho que no —dijo Andrés de manera tajante.

—Es decir..., Gertrude venía a su casa, le daba la lección y se marchaba. Nunca hablaron de nada que tuviera que ver con sus vidas privadas, ni le habló de su relación con Fernando Soler —dijo Contreras con sorna.

—Sí. ¿Qué tiene eso de extraño?

—Nada, que no me lo creo.

—Pues es la pura verdad. Ella era una persona muy introvertida, buena profesora, eso sí, pero muy suya. Y mi deseo era aprender inglés, nada más. No me interesaba su vida privada, ni creo que la mía le interesara a ella.

Contreras se alisó el bigote, guardó silencio unos instantes y miró a su compañero indicándole con un gesto de la mano que continuara él con la entrevista.

—¿Dónde estuvo usted los días doce y trece de marzo? —preguntó Moreno.

—En Madrid, como todos los días.

—¿Qué hizo la noche del doce al trece de marzo? —dijo Moreno.

Andrés se encogió de hombros y contestó:

—No lo recuerdo. Tal vez hice lo que hago normalmente: preparar las clases, ver un rato la televisión, cenar y leer.

—¿No notó en Gertrude un cambio en su conducta durante los días que precedieron a su muerte? —preguntó Contreras.

—No. No percibí nada distinto a los otros días.

—Mire, sería de mucha ayuda para la investigación que intentara recordar algo que le hubiera llamado la atención. Si fuera así, por favor llámeme a este número de teléfono —dijo Contreras, entregándole su tarjeta—. En cualquier caso, puede que nos veamos en otra ocasión.

—Cuando ustedes lo necesiten, llámenme.

Los inspectores se levantaron, se despidieron de Andrés y se marcharon.

Al día siguiente el inspector Contreras y su compañero llamaron por teléfono a todas las personas de la agenda de Gertrude. No obtuvieron ninguna información relevante que pudieran relacionar con su muerte.

En cuanto a Andrés Castro, el motivo de su conexión con la Extranjera había quedado aclarado adecuadamente. No había pruebas para inculparlo. No obstante, pensaron que la relación entre alumno y profesora que les había descrito Andrés era extraña, poco creíble. Les pareció que mentía o, al menos, que les ocultaba algo, pero no tenían por el momento ninguna prueba concluyente para pedirle al juez una orden de detención.

Capítulo 30. María

María terminó la novela que estaba escribiendo. La había revisado varias veces y en cada una de ellas había hallado fallos inexplicables. Debía volver a leerla pero no podía esperar más, le quemaba en las manos, necesitaba la opinión de su amigo escritor.

Llamó por teléfono al padre de Julián.

—Hola, Fernando, ya la he terminado.

—¿Terminado el qué?

—¡Mi novela!

—Ah, pues déjame que la lea y te doy mi opinión.

—¿Lo harías por mí?

—Pues claro, ya te lo dije.

—No quisiera hacerte perder tu preciado tiempo.

—En absoluto. Será un placer para mí leerla y servirte de ayuda. De verdad.

Quedaron en verse en la cafetería de la facultad después de que Fernando acabara de impartir sus clases. María llegó antes que él y se sentó a una mesa. Llevaba el manuscrito en una bolsa de tela. Cuando Fernando entró en el local ella levantó el brazo para que la viera.

Se saludaron y él se acomodó en una silla junto a ella. Dejó la cartera de mano en el suelo. Le preguntó a María qué quería tomar. Se acercó a la barra y pidió dos cafés cortados. Volvió a la mesa con los cafés. Ella sacó su borrador de la bolsa y se lo entregó.

—Me da mucha vergüenza que lo leas.

—¿Por qué? —dijo Fernando mientras hojeaba el documento encuadernado en gusanillo, con tapas transparentes de plástico.

—Porque es mi primera novela y seguro que habré cometido muchos errores. Y porque quizás no te guste.

—Cometer errores es lo normal. No te preocupes por eso. Los escritores siempre tenemos dudas sobre lo que hemos escrito. Eso también es normal.

—Y también me da vergüenza por pudor. Es ficción, pero hay mucho de mí en esta novela.

—Eso también nos ocurre a casi todos los que escribimos. Nos apoyamos en retazos de lo que hemos vivido a lo largo de los años sin apenas advertirlo. No debes preocuparte, insisto.

—Espero que te guste y me indiques lo que no te parezca bien y se pueda mejorar. Confío mucho en tu opinión.

—Te hablaré de mis impresiones cuando la lea. Y si veo algo que a mi entender esté mal te lo diré. Seré sincero. Es la mejor manera de ayudar a un escritor que empieza.

Estuvieron más de una hora conversando sobre libros y géneros literarios, sobre el gozo que produce escribir y, en especial, terminar una obra, y la incertidumbre que engendra su publicación. A Fernando le cautivaba escribir novela histórica, era el género en el que se sentía más cómodo, aunque también le gustaba el thriller y tenía en mente un nuevo proyecto sobre este género.

María escuchaba en silencio, mirando a Fernando con admiración, no solo por lo que decía y por cómo lo decía, sino además porque era un hombre atractivo. Muy atractivo.

«Es un hombre maduro, mayor que yo, podría ser mi padre, pero me gusta. Me gusta mucho», se decía a sí misma.

Fernando la llevó en su coche hasta el portal del edificio donde vivía, en el barrio de Argüelles. Le dio un beso en la mejilla y se despidió de ella sin bajarse del auto.

Esa noche María advirtió que se estaba enamorando de Fernando. No conseguía alejarlo de su mente. Pensaba en él como amante, no como un colega de las letras.

Se dio cuenta de que el problema era cómo decírselo al Rubio. ¿Debía confesarle que le gustaba otro hombre? ¿O era prematuro? ¿Y si su enamoramiento era solo imaginario, o un sentimiento momentáneo, pasajero?

El problema era también Julián. ¿Qué pensaría de ella? ¿Cómo había podido dejar a su novio y enamorarse de su padre?

Y, por descontado, el problema era cómo se lo tomaría Sofía. ¿Seguiría considerándola una amiga después de romper con su hermano por otro hombre?

Con estas dudas se durmió al fin. Pero tuvo un dormir inquieto, poco profundo. Esa noche se despertó varias veces, pensando en el padre de su amigo Julián.

Algún tiempo después Fernando leyó la novela de María en un par de noches. Le gustó la historia, pero había muchas cosas que cambiar o corregir. No quería herir a María ni quitarle la ilusión por la escritura, debía ser constructivo y a la vez honesto. Lo cierto era que le faltaba mucho para llegar a ser una buena escritora. Tenía madera e interés, pero eso no era suficiente, debía trabajar mucho más si quería llegar a serlo.

La llamó por teléfono y la citó en el bar de la facultad a la hora en que él finalizaba las lecciones de la tarde.

Ella llegó puntual y se sentó a una mesa a esperarlo, la misma donde le había entregado el borrador. Alrededor había otras mesas ocupadas por estudiantes. María no dejaba de mirar la hora en su reloj de pulsera, y vigilaba la puerta de entrada a la cafetería. Cuando lo vio aparecer su corazón trepó incontrolable hasta su garganta.

Fernando la saludó con un beso en la mejilla y se sentó enfrente de ella. Sacó de su cartera el borrador y lo posó sobre la mesa, dándole un suave golpe con la mano abierta.

—Me ha gustado mucho —dijo al fin—. La historia es buena y está bien escrita.

—¿Tu crees de verdad que es buena?

—Claro que sí, si no, no te lo diría. Ahora bien, le hace falta un pulido. Trabajarla un poco más. Debes revisar los diálogos para caracterizar mejor a los personajes, retocar algún pasaje, alguna descripción y poco más; en el texto te he anotado algunas sugerencias en rojo y he marcado las erratas que he observado. Poca cosa.

María cogió el borrador y lo ojeó con impaciencia, buscando las anotaciones de Fernando, temiendo que fueran muchas.

—Gracias. Eres muy amable. Me dedicaré a corregirla en los próximos días siguiendo tus consejos. No sabes cuánto te lo agradezco —reiteró.

—No tengas prisa. Léela varias veces. Luego déjala reposar una temporada, y la vuelves a leer. Cuando la tengas lista me la dejas de nuevo para echarle un vistazo. ¿Has pensado publicarla?

—No, no lo he pensado, ¿quién se interesaría por esta novela? Sé que no es fácil publicar. De todas formas lo intentaré. ¿Me ayudarías a redactar una carta para enviarla a algunas editoriales? Si se interesaran por la novela y me ofrecieran un contrato, aceptaría con mucho gusto. Sería fantástico, pero no quiero hacerme ilusiones vanas.

—Cuenta con mi ayuda. Yo puedo recomendarte a mi editor. No sé si servirá de algo, la verdad, pero por intentarlo nada se pierde. De momento, trabájala un poco más y revísala. Creo que es una buena historia, pero, ya sabes, las editoriales no suelen arriesgarse con un autor novel y tienen sus preferencias por los temas de moda, los más demandados por los lectores. Ya sabes..., el negocio ante todo.

—¿En serio? ¿Me recomendarías a tu editor?

—Por supuesto que sí. —Fernando miró su reloj y dijo—: Es muy tarde, ¿nos vamos?

Cuando salieron a la calle, María se aproximó a él y le dio un beso suave en los labios. Él la miró a los ojos, sorprendido. Le pasó el brazo por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó.

—No sé si esto que hemos hecho será bueno para ti —le dijo él.

—¿Qué quieres decir?

—Que no te convengo. Podría ser tu padre.

—Lo sé y no me importa. Me gustas mucho.

Fernando, que también se sentía atraído fuertemente por ella, se dijo a sí mismo que debía ir con cuidado. No quería lastimarla.

«Quizás para María no soy más que una ilusión, un sentimiento fugaz», se dijo.

—Sube, te llevo a casa —dijo Fernando cuando llegaron a su coche.

Ella se acomodó en el asiento de al lado del conductor y él arrancó. Los dos iban en silencio, pensando en el beso que acababan de darse, pero principalmente en lo que sentían el uno por el otro.

Estaba segura de que se estaba enamorando de Fernando Soler, pensaba en ello y en que deseaba decírselo, pero aún no era el momento.

Capítulo 31. Muerte en Madrid

La nueva novela de Fernando Soler se publicó poco antes de las fiestas de Navidad con el título *Muerte en Madrid*. Un thriller psicológico ambientado en la capital de España en el último cuarto del siglo xx, después de la muerte del general Franco. Contaba la historia del asesinato violento de una pianista en su propia casa, y la posterior investigación llevada a cabo por la policía.

La editorial emprendió una campaña de marketing sin precedentes, confiaban mucho en Fernando Soler y en su nueva novela. Realizó una distribución masiva del libro, que podía encontrarse en la mayoría de las librerías del país, hipermercados y grandes almacenes.

La campaña publicitaria contemplaba la asistencia del escritor a diversos eventos de promoción que tendrían lugar en las principales provincias españolas, con la finalidad de presentar el libro y firmar ejemplares. María, aprovechando las vacaciones de Navidad, aceptó la invitación de Fernando y lo acompañó en algunos de estos viajes publicitarios.

La prensa se hizo eco de la noticia y publicó, en las páginas culturales, reseñas de la novela y fotografías del escritor con algunos de sus admiradores, especialmente lectoras, en las que aparecía el autor firmando su libro a la terminación del acto de presentación, o mostrándolo en sus manos, con una sonrisa amable para la ocasión.

En unas imágenes emitidas por la televisión, en el telediario de la noche, se hablaba del escritor y de su nuevo libro. En ellas aparecía María a su lado, saliendo del hotel en donde se había celebrado una de las presentaciones de Fernando.

El Rubio, al ver aquella imagen en la pantalla, sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho. María no le había avisado de aquel viaje con el padre de Julián, y se imaginó lo peor.

De repente comprendió la conducta distante de su novia con respecto a él. Desde hacía algún tiempo había notado en ella una frialdad repentina, un alejamiento inexplicable, un silencio tenaz; en suma, un cambio de actitud en la relación que mantenían, pero no pensó ni por asomo que la metamorfosis que sufría su novia se debía a que estaba saliendo con otro hombre y no solo eso, sino que además ese hombre era el padre de su mejor amigo.

El Rubio, enrabiado, descolgó el teléfono y llamó a Julián.

—Oye, ¿has visto el telediario?

—No. ¿Por qué?

—¿Tú sabías algo? —le preguntó después de comentarle las imágenes que acababa de ver en la televisión, y confesarle sus dudas con respecto a su novia.

—No. No tenía la menor idea. ¿Y tú?

—Lo sospechaba. Estaba bastante rara últimamente. Pretextos para no salir, evasivas, silencio, indiferencia: apenas me llamaba, y cuando yo lo hacía no atendía el teléfono ni me devolvía las llamadas.

—¿Estás seguro de lo que dices? Puede que no sean más que figuraciones tuyas. Un malentendido.

—¿Por qué no me había dicho nada de ese viaje? Pensaba que estaba en su pueblo. Estoy completamente seguro de que está liada con tu padre.

Julián se quedó mudo unos segundos. Al cabo dijo:

—¿Tú crees? Si es verdad lo que dices, me jode un montón. ¿Y tú, cómo estás?

—Muy mal. Cómo quieres que esté. Destrozado. No ha sido sincera conmigo, solo tenía que habérmelo contado. Quizás yo lo hubiera entendido, o quizás no, no lo sé, pero mentirme, ocultarme la verdad, me parece muy triste. Yo confiaba en ella.

—¿Sofía está al corriente? —preguntó Julián.

—No lo sé. No he hablado con ella de este asunto.

Julián estuvo buscando las palabras que debía usar para no herir a su amigo más de lo que estaba, y lo único que se le ocurrió fue proponerle quedar en el bar, donde solían verse, para hablar de ello.

—Vamos a tomarnos unas cañas al bar de la esquina con Ferraz y lo hablamos. Quizás estés equivocado.

—No, no me apetece. Estoy hecho polvo.

—Venga, hombre, ánimo. Te espero en el bar, ¿de acuerdo?

El Rubio colgó y estuvo un rato pensando si deseaba ir o quedarse. No le apetecía salir de su casa ni ver a nadie. Pero pensó que una charla con Julián podría ayudarlo. Al final apagó la televisión, se cambió de ropa y fue al encuentro de su amigo.

Cuando llegó al bar, Julián lo esperaba sentado en la barra, seguro de que su amigo aparecería. Se levantó del taburete y se dieron un abrazo. Le preguntó qué quería tomar. Una caña, respondió el Rubio. Con los vasos de cerveza en la mano se sentaron a una mesa tranquila y aislada en un rincón.

—Entonces ¿tú crees que mi padre se ha liado con María? —dijo Julián sin rodeos.

—Eso parece. Pero quizás no sea culpa de tu padre. Ella no dejaba de hablar de su novela y de lo mucho que la había impresionado y ayudado tu padre. Era una obsesión. Luego, de pronto, dejó de llamarme.

—Quizás no haya nada entre ellos sino solo el interés por la literatura.

—No seas ingenuo. Una tía no se va de viaje con un hombre a menos que haya algo serio entre los dos. El caso es que lo veía venir, y me jode un huevo no haberme dado cuenta de hasta qué punto habían llegado las cosas entre ellos. ¿Por qué no me lo contó? —dijo el Rubio, conteniendo la furia que lo colmaba.

—Lo mejor es que hables con ella y aclaréis la situación cuanto antes. Puede que no sea más que un malentendido, insisto.

—No lo creo. Ojalá me haya equivocado, pero por desgracia sé que estoy en lo cierto.

—De todas formas debéis hablarlo y dejar las cosas claras entre vosotros.

—Tendrá que ser María la que me llame y me dé una explicación. No pienso mover un dedo para marcar su número de teléfono.

Julián se encogió de hombros y dirigió la mirada hacia los vasos vacíos en la mesa sin encontrar las palabras adecuadas para seguir intentando animar a su amigo. Por otro lado, pensaba que si era verdad lo que el Rubio se temía, estaba convencido de que su padre tenía bastante culpa de lo que estaba acaeciendo entre él y María.

—¿Quieres otra cerveza? —dijo al fin Julián.

—Sí. ¿Por qué no?

María terminó de pasar las vacaciones de Navidad en su pueblo natal, con sus padres, y regresó a Madrid. Tuvo que afrontar la realidad que, con las fiestas navideñas, había dejado aparcada hasta su regreso a la vida cotidiana.

Al llegar a su casa de Madrid llamó por teléfono, sin demora, al Rubio.

Se citaron y le contó lo que este ya se imaginaba: estaba saliendo con el padre de Julián desde hacía un par de meses.

—No te había dicho nada porque me resultaba demasiado difícil contártelo. No sabía cómo hacerlo y no quería hacerte daño. Lo siento mucho, no he podido evitarlo.

—¡Joder... Qué putada! —dijo el Rubio, y añadió: ¿Estás enamorada de él?

—Sí. Creo que sí. Lo siento, de verdad.

No hubo gritos ni reproches. Había ocurrido y basta.

No obstante, el Rubio le pidió que reconsiderase su actitud, le habló de la diferencia de edad entre ella y Fernando, intentó hacerle ver que podía tratarse solo de un delirio pasajero sobrevenido por la ilusión de publicar su novela, por la admiración que sentía hacia un novelista reconocido como Fernando Soler. María no quiso escucharlo. Estaba segura de lo que hacía, de lo que sentía por Fernando.

Fernando, entretanto, acabó el plan de viajes y presentaciones que le había encomendado la editorial y volvió a impartir sus clases en la universidad. Había

vendido y dedicado montañas de libros. Su novela, que estaba llamada en un principio a vender algo más de dos mil ejemplares, consiguió superar en poco tiempo las tres mil copias, y asegurarse una segunda edición y hasta una tercera. Se encontraba eufórico, exultante, creía que al fin había conseguido realizar su sueño de convertirse en un escritor reconocido por la crítica y aclamado por el público lector. Lo llamaban para entrevistarlos desde la televisión, la radio y la prensa. Y desde otras editoriales para ofrecerle un contrato para publicar su próxima novela.

Él se dejaba querer y aceptaba contento todo o casi todo lo que su tiempo le permitía.

Julián temía que su padre llevara a María a vivir en su casa, como había hecho con Gertrude. No podía hacerse a la idea. Su amiga viviendo bajo el mismo techo que él y acostándose con su padre era algo que no podría soportar. Si eso ocurriera, pensó, «tendría que marcharme y buscar un lugar donde vivir». Ya era hora de emanciparse y evitar así coincidir con su amiga María en la misma vivienda.

Sofía estaba dolida con María pero la comprendía. Pensaba que su hermano y ella no eran compatibles. Tarde o temprano tenía que ocurrir algo así, y más valía que fuera ahora y no más adelante cuando la relación entre ellos estuviera más consolidada.

Fernando y María se veían a diario.

Él la recogía en el apartamento de la calle Guzmán el Bueno o ella iba a esperarlo a la facultad, y pasaban el resto de la tarde en el coche, aparcado en la zona aledaña a la Facultad de Medicina, o junto al pinar que había en las proximidades de la iglesia de la Ciudad Universitaria.

En el interior del vehículo hablaban de muchos temas, en especial, de literatura, y se besaban con pasión. Hacían planes para un futuro juntos.

Una de aquellas tardes, Fernando le propuso a María que se mudara a vivir con él a su piso del paseo del Pintor Rosales.

—Tengo un piso muy grande. Si te vienes a mi casa podremos estar juntos más tiempo.

—Me encantaría vivir contigo, pero debemos dejar pasar algún tiempo hasta que tu hijo se haga a la idea y pueda aceptar nuestra relación. Supongo que no estará muy contento de mi ruptura con su mejor amigo.

—Tienes razón. Eres una mujer muy sensata. Y muy guapa, ¿lo sabes? Por eso y porque me gustas mucho, estoy loco por ti.

—Y yo también, Fernando. Tú me gustas mucho también. Y te quiero. Pero hay cosas que deben esperar.

—Me encantaría que viviéramos juntos, como cualquier pareja, pero esperaré, no te preocupes —dijo Fernando.

—Debemos esperar. No quiero ser el motivo de un alejamiento entre vosotros. Conozco a Julián y sé que debe de estar muy incómodo por lo nuestro. Así que no echemos más leña al fuego.

—Lo que tú digas, amor.

Capítulo 32. La desaparición

Habían transcurrido tres meses desde aquella conversación que mantuvieron Fernando y María, en el coche de él, cuando ocurrió un hecho extraordinario: María desapareció.

Esa tarde había quedado en la cafetería de la facultad con Fernando, como en otras tantas ocasiones, y ella no se presentó a la cita. Ni siquiera lo llamó para disculparse.

Cansado de esperar, preocupado por si le había ocurrido algo, molesto también por el plantón injustificado, Fernando consultó su reloj de pulsera y también el reloj grande de la pared. Se incorporó, pagó la consumición y la llamó a su casa desde el teléfono de monedas de la cafetería. No obtuvo respuesta alguna, ni de ella ni de ninguna de sus compañeras de piso.

Esa noche volvió a llamarla desde su domicilio, esperando encontrarla en casa, y conocer al fin el motivo por el que no se había presentado a la cita, ni avisado de que no iría.

Estaba disgustado y preocupado.

—Hola, quiero hablar con María —dijo en tono categórico.

—¿No está contigo? —inquirió una de las dos compañeras de piso.

—No. Habíamos quedado en la facultad esta tarde, estuve esperándola una larga media hora pero no apareció.

—Pues aquí no ha vuelto aún.

—¿¿No ha vuelto?! ¿No os ha llamado?

—No. Tampoco nos ha llamado. No sabemos nada de ella desde que se marchó esta mañana.

—¿No os dijo a dónde iba?

—No. Es de suponer que fue a la facultad, como siempre.

—Por favor, tan pronto como llegue, dile que me llame —rogó Fernando—. Colgó y se mantuvo unos instantes observando el teléfono, esperando que el timbre sonara y fuera María quien llamara.

Pero María no lo llamó esa noche.

Tampoco lo hizo al día siguiente ni al día después. No atendía las continuas llamadas telefónicas de Fernando, y las compañeras de piso le dijeron que no había regresado a casa.

Fernando, alarmado, telefoneó a los padres de María, que tampoco sabían nada de su paradero. Pensó qué debía hacer, y decidió que era el momento de ir a la comisaría de policía.

Se encaminó a la comisaría de la calle Rey Francisco, la más cercana a su domicilio, para interponer una denuncia por la desaparición de su amiga. Contestó a todas las preguntas sobre la chica que le hizo un policía uniformado y se marchó cabizbajo.

Transcurrió una semana y las pesquisas de la Policía Nacional y la Guardia Civil no habían dado ningún resultado positivo, no habían encontrado rastro alguno de la joven, a pesar del ingente dispositivo policial desplegado en su busca. Ni sus compañeras de piso, ni su familia más cercana, ni sus condiscípulos de la universidad, ni Julián, el Rubio o Sofía, ni Fernando Soler pudieron aportar más información que cuándo la habían visto por última vez, qué estudiaba en la Complutense, qué costumbres tenía, qué amistades frecuentaba. Y muy poco más. Sus compañeras pudieron informar, además, de cómo iba vestida el día en que desapareció.

El caso de María Lagos se divulgó con profusión en todos los medios de comunicación. Se hablaba de ella en los telediarios y programas de radio de las emisoras de mayor audiencia, en los periódicos locales de la capital y en los nacionales.

Los días siguientes a la desaparición la mayoría de la gente sentía lástima por la chica desaparecida, pensaban que tal vez no podrían encontrarla con vida, como había ocurrido en otros casos similares, y a la vez se alegraban de que no les hubiera ocurrido a ellos o a sus familiares nada parecido.

Después de dos semanas, ya casi nadie prestaba atención a la noticia que de manera esporádica se transmitía en los medios; en la televisión, principalmente. No había nada nuevo de qué informar, y solamente sus allegados, Fernando Soler, el Rubio, Sofía, Julián y los padres de María se interesaban por lo que decía la televisión. Todos ellos seguían atentos a las informaciones que emitía la cadena nacional, con la esperanza de que María siguiera aún con vida.

Mucha gente la daba ya por muerta.

Fernando Soler se refugió en la escritura de su nueva novela. Era la única manera de evadirse del recuerdo de María, de no pensar en ella a todas horas.

Con todo, algunas preguntas seguían inquietándolo: ¿Por qué sus parejas habían sido asesinadas? ¿Era también la muerte el destino que habría sufrido María? ¿Quién podría haber hecho una cosa así? ¿Qué motivación lo alentaba?

Ocasionalmente, la policía recibía llamadas de personas que aseguraban haber visto a la chica desaparecida.

Una de esas llamadas la realizó un hombre que la habría reconocido en unos grandes almacenes de Madrid. La describió como una joven de veintitantos años, de pelo negro y bonitas piernas. Dijo que se parecía mucho a la mujer de las fotos que había visto en la televisión. Es más, juraría que era ella, afirmó satisfecho, pero a

requerimiento de la policía el individuo no quiso identificarse, no deseaba complicarse la vida en declaraciones ni en posibles comparencias ante la justicia, bastante tenía él con afrontar sus propios problemas, pensaba, y ya había contribuido suficientemente proporcionando la información de que disponía.

Unos aseguraron haberla visto en Zaragoza, otros en Calatayud, algunos más afirmaron que la habían localizado en su pueblo natal, y estaban convencidos de que era ella.

Tales declaraciones no pudieron ser confirmadas por los agentes de la policía.

María se había desvanecido igual que una nube de verano, sin dejar rastro alguno.

Sin embargo, cuando parecía imposible hallar una pista, un hilo del que tirar, una vía de investigación clara a seguir para encontrarla, el inspector Contreras recibió una llamada telefónica.

Una llamada inesperada y extraña.

Era una voz que llegaba deformada a su oído a través del auricular, como si el comunicante hubiera tapado el micrófono de su teléfono con un pañuelo, o estuviera alterando la voz a propósito para no ser reconocido.

Esa persona aseguraba que sabía dónde se encontraba María. Contreras pidió al inspector Moreno que avisara a la centralita para que grabaran la conversación y localizaran el número de teléfono origen de la llamada. Esta se grabó y más tarde se identificó el número, que pertenecía a una cabina pública de teléfono de monedas de Madrid, desde donde se habría efectuado la comunicación.

El inspector Contreras le preguntó al confidente de la voz enmascarada por qué lo llamaba a él.

—Porque te conozco —dijo tuteándolo— y quiero ofrecerte la posibilidad de que seas tú quien consiga el mérito de encontrar a la chica desaparecida.

—¿Por qué quieres que sea yo quien la encuentre?

—Ya te lo he dicho, porque te conozco y me caes bien. Eres un tipo inteligente y sabrás encontrarla.

—¿De qué me conoces?

El comunicante guardó silencio. Contreras pensó que era una voz de hombre, pero no lograba siquiera sospechar quién era.

—Dime, ¿María está viva?

—De momento sí, aún está viva, pero le queda poco tiempo. Debes darte prisa.

—¿Dónde está?

—Búscala, utiliza tu capacidad de análisis, tu inteligencia, tu intuición y los medios de que dispones. Aún estás a tiempo de encontrarla y salvarla.

—Si lo haces por dinero, no hay ningún problema. Dime cuánto quieres y te lo conseguiré.

El individuo colgó el teléfono sin contestar a la proposición que le había hecho el inspector.

Contreras permaneció sentado en su sillón, meditando un buen rato mientras se atusaba el bigote. Encendió un cigarro, lo empezó a fumar con avidez, y luego despacio, calada tras calada, haciendo volutas con el humo al expulsarlo, mientras comentaba con el inspector Moreno la charla que había mantenido con el presunto secuestrador.

De súbito apagó el cigarrillo en el cenicero y se levantó de su asiento sin decir palabra, como si se le hubiera ocurrido algo importante.

Moreno lo siguió. Se dirigieron a ver al jefe del Grupo de Homicidios, el inspector Ferrer.

Después de comentarle la conversación telefónica que acababa de mantener, los tres se encaminaron hacia el despacho del comisario Espinosa para informarle y recabar su opinión.

Los cuatro policías intercambiaron impresiones e hipótesis varias sobre el asunto.

Habló primero el comisario Espinosa para decir:

—El hombre de la voz desfigurada —al parecer es la voz de un hombre— ha dicho que conoce el lugar donde se encuentra María, y parece que aún está viva, pero no ha dicho dónde está. Es muy probable que la tenga él. Lo que no entiendo es por qué te ha llamado.

—Puede tratarse de un secuestrador, y quiere llamar nuestra atención, aunque no parece muy probable que quiera dinero, puesto que no ha solicitado un rescate, ni ha respondido a mi propuesta —dijo Contreras, y añadió—: Ha colgado, como si le hubiera ofendido que le ofreciera dinero a cambio de soltarla, o tal vez para ponernos nerviosos. Puede que vuelva a llamar para pedir el rescate. Estoy convencido de que volverá a telefonar.

—Parece que quiere que la encontremos —dijo Moreno. ¿Pero tampoco entiendo por qué?

—A lo mejor no es más que una nueva información falsa de las muchas que hemos recibido —indicó el inspector Ferrer—. O quizás alguien que pretende burlarse de nosotros.

—No hay más alternativa de momento que esperar a que se produzca una nueva llamada del hombre de la voz disimulada que, por otra parte, ha asegurado conocer a Contreras. Yo también estoy seguro de que volverá a llamar —dijo el inspector Moreno.

El comisario, después de la conversación mantenida con sus subordinados, asignó la investigación de lo que podía ser un nuevo caso de homicidio —no estaba

convencido de que la chica estuviera aún con vida— a los inspectores Contreras y Moreno.

Los tres policías, Contreras, Moreno y Ferrer, salieron del despacho del comisario Espinosa en silencio para regresar al puesto de trabajo del jefe del grupo. Se sentaron alrededor de la mesa y entre los tres trazaron un plan de actuación.

El plan consistía en entrevistar a las personas del entorno social de María Lagos, oír una y otra vez la grabación de la llamada telefónica del desconocido, palabra por palabra, intentando encontrar un detalle que los llevara a reconocer al tipo que había llamado, puesto que si él conocía a Contreras, como había afirmado, este le conocería a él; y, entretanto, esperar a que volviera a llamar.

Para Contreras el caso de María Lagos se había convertido en una obsesión. Intuía que si descubría al secuestrador de la chica, si es que se trataba de un secuestro, y ella aún estaba viva, podría llegar a esclarecer los asesinatos aún sin resolver de Alicia Pardo y Gertrude Hoffmann. Asesinatos que tenían algunas coincidencias: las dos víctimas eran mujeres, estaban relacionadas afectivamente con Fernando Soler, y las dos habían muerto de un disparo en la cabeza. María también estaba relacionada sentimentalmente con Fernando Soler, pero afortunadamente aún podía estar viva y la prioridad del inspector era encontrarla antes de que se produjera un desenlace fatal e irreversible.

Los dos inspectores, Contreras y Moreno, sacaron del archivador los expedientes de Alicia Pardo y Gertrude Hoffmann y se concentraron en el estudio de cada uno de los documentos archivados, intentando hallar algún hilo del que tirar, algún indicio que se les hubiera pasado inadvertido en las investigaciones llevadas a cabo hasta la fecha.

Parecía claro que Fernando Soler era la persona que reunía el mayor número de indicios en su contra, era el sospechoso número uno, pero no disponían de ninguna prueba concluyente contra él. Todo apuntaba hacia el padre de Julián, pero era demasiado sencillo, demasiado obvio que él fuera el asesino.

¿Y Andrés Castro? Un tipo que había tenido una infancia desgraciada, un hombre introvertido, con tendencia a la depresión..., ¿acaso no era un presunto culpable también? ¿No habrían pasado por alto algún indicio importante?

Contreras encontró un atestado en el expediente de Alicia, que él mismo había redactado, en el que mencionaba a Beatriz, una amiga íntima de Alicia, e informaba de una conversación que había mantenido con ella y con Fernando Soler, a propósito del acoso telefónico al que había sido sometida Alicia Pardo por un desconocido después de dar a luz a su hijo.

Mencionaba en dicho atestado que un individuo, que distorsionaba su voz al realizar las llamadas, había estado acosando a la pianista, recriminándola por haber tenido un hijo.

—Esta información podría llevarnos a relacionar aquel asunto del acoso telefónico a Alicia con el secuestro de María —dijo Contreras después de leer en voz alta el informe que él mismo había escrito tiempo atrás.

—Desde luego que sí —comentó Moreno—, esto nos permitiría descartar a Fernando Soler.

—Seguramente sí. Pero seamos prudentes.

Capítulo 33. El portafolio

Eran las nueve y cuarto de la noche cuando la abuela Eva llamó a Julián. Él estaba estudiando en su habitación y se levantó al oír el timbre del teléfono para atenderlo, pensaba que era Sofia.

—¡Dime, cariño!

—El abuelo se encuentra mal —dijo Eva con la voz quebrada—. He llamado a una ambulancia y estoy esperándola.

—Ah, eres tú, abuela. ¿Qué le ocurre al abuelo?

—Se ha atragantado tomando la sopa y no puede respirar bien. Se asfixia, no tiene fuerzas para toser y expulsar lo que haya en sus bronquios o en sus pulmones. No sé qué tengo que hacer. Estoy nerviosa. Les he dicho que no tarden en enviar la ambulancia, que era muy urgente.

—Voy para allá. Tranquilízate, verás como todo se soluciona.

Se cambió de ropa a toda prisa, le dijo a Mariana a donde iba y pidió un taxi.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mariana.

—El abuelo... Parece que no se encuentra bien.

Llegó a La Moraleja poco después que la ambulancia. Saludó a la filipina y entró en la habitación donde se encontraba el abuelo acompañado por la abuela y el médico, que lo acababa de atender. Estaba recostado en la cama, apoyada la espalda en un almohadón, tranquilo, los ojos cerrados, con una mascarilla de oxígeno en la boca y un cable conectado al dorso de la mano. Al verlo en ese estado de decaimiento se le humedecieron los ojos.

El médico de urgencias le dijo a Eva que por esta vez se había salvado, pero aún tenía algún resto de alimento en los pulmones, lo que podría dar lugar a una infección pulmonar. Le había suministrado un antibiótico por la vía y quería llevárselo al hospital, pero la abuela se negó.

—Espero que se recupere, pero si tiene que morir, prefiero que sea en su casa, en su propia cama. No en un lugar frío e impersonal como es una habitación de hospital —dijo Eva.

No deseaba que Emilio pasara por eso una vez más. La última vez que lo ingresaron se desorientó tanto que ni siquiera podía reconocer a su propia esposa. Después de volver a casa tardó unos días en saber dónde se hallaba.

Julián telefoneó a su padre y le comunicó lo que ocurría con el abuelo. Le dijo que esa noche se iba a quedar en La Moraleja, acompañándolo, para que así la abuela pudiera descansar unas horas. Fernando le pidió que se pusiera la abuela al teléfono.

—Eva, ¿quieres que vaya por si me necesitáis?

—No es necesario, Fernando. Ahora Emilio está bien y Julián nos acompaña. Te lo agradezco mucho.

—Si hiciera falta, no dudes en llamarme. Estaré en casa.

—Lo haré.

El anciano seguía conectado al cable del gotero y respiraba el oxígeno por la mascarilla. No había intentado desconectarse, estaba sereno y cansado.

Julián se acomodó en un sillón al lado de la cama de Emilio, abrió un libro que había cogido de la biblioteca de los abuelos y estuvo leyendo hasta que se quedó dormido.

A la mañana siguiente el abuelo había mejorado ostensiblemente. Tanto era así que llamó a Eva y le pidió que le entregara a Julián el portafolio de cuero donde guardaba su colección de documentos de Chaikovski.

Era para su nieto, como le había prometido algún tiempo atrás.

Eva fue a buscarlo y volvió con el portafolio de piel. Emilio le indicó que se lo diera a Julián. Este lo abrió y sacó todos los papeles que contenía, guardados cuidadosamente, cada uno por separado en un archivador de cartón. En total había ocho cartas manuscritas del autor de *El Lago de los cisnes*, una partitura inédita e inacabada, escrita de su puño y letra, el manuscrito de Nadezhda y varios de los documentos que escribió el genio ruso de la música cuando era funcionario del ministerio de Justicia.

Julián los hojeó y le dio las gracias y un abrazo largo al abuelo. Guardó de nuevo los documentos en el portafolio con la firme convicción de que nunca los vendería —aunque estuviera necesitado de dinero—, tal como le había sugerido el abuelo cuando le contó aquella interesante historia sobre Chaikovski y su benefactora Nadezhda von Meck.

Al ver a Emilio restablecido y a la abuela mucho más tranquila, pidió un taxi, se despidió de los dos y regresó a Madrid, contento de que el abuelo hubiera mejorado y hubiera sido capaz de reconocerlo, y también feliz por el regalo, pero, a la vez, se marchó del chalet triste. Emilio era una sombra de lo que había sido.

Rememoró mientras iba en el taxi, camino de vuelta a Madrid, las muchas veces que había oído sus discos, las ocasiones en que había acudido al Auditorio a escucharlo en directo, y las que lo había visto dirigir la orquesta, elegante, delgado, alto y enérgico, y se percató una vez más de lo mucho que lo quería.

Después de la muerte de su madre, los abuelos Emilio y Eva habían sido, junto con su padre y Mariana, las personas que más habían influido en su vida, y en su manera de afrontarla. Las personas que más lo habían querido. Sabía que un día

los perdería a todos ellos, como había perdido a su madre, pero se decía a sí mismo que tenía mucha suerte de que aún estuvieran con vida, y deseaba tenerlos cerca mucho tiempo aún.

Cuando se acercaba a su casa en el taxi, pensó en Sofía y en cuánto la quería a ella también.

Al llegar, lo primero que hizo fue llamarla por teléfono. El padre de Sofía le dijo que estaba en la facultad.

—Dígale que me llame en cuanto llegue, por favor. Soy Julián.

—Hola, Julián. No te preocupes, se lo diré.

Julián le estaba contando a Mariana lo que le había ocurrido al abuelo cuando oyó el timbre del teléfono. Se incorporó de la silla y fue deprisa a descolgarlo.

—¡Díme!

—Hola. Me ha dicho mi padre que me has llamado. ¿Qué pasa?

—Nada. Que te quiero mucho.

—Y yo a ti. ¿Pero me has llamado para decirme solo eso?

—¿Te parece mal?

—Claro que no; al contrario. Me alegro mucho de que lo hayas hecho.

Julián le comentó el susto que les había dado el abuelo, que había pasado la noche en La Moraleja y que Emilio estaba mejor por la mañana.

También le dijo que le había regalado el portafolio con los documentos de Chaikovski que coleccionaba el abuelo.

—Vente a casa esta tarde y te los enseño. Es una colección muy interesante y valiosa.

—De acuerdo. Tengo ganas de verte. ¿Sabes algo nuevo de María?

—No, no sé nada.

—¿Qué le habrá pasado? ¿Cómo ha podido desaparecer así, sin dejar siquiera una nota? ¡Pobre María!

—Tienes razón. Es muy extraño. Mi padre puso una denuncia, pero no sabe nada aún.

Después de colgar, Julián se dirigió a la cocina, donde se encontraba Mariana preparando la comida.

—Mariana, quiero pedirte disculpas. Sé que últimamente no me he portado bien contigo.

—Hijo, no me hagas llorar. Estabas muy confuso y preocupado con los últimos acontecimientos. Acepto tus disculpas.

—Dame un abrazo —dijo Julián acercándose a ella con los brazos abiertos.

Se abrazaron y Mariana le dijo que lo quería como si fuera su propio hijo.

Capítulo 34. El secuestro

María, atada de pies y manos, yacía aturdida sobre la cama de una habitación pequeña, amueblada con un armario ropero de dos cuerpos, una cama de noventa, una mesilla de noche, una silla, una lámpara en el techo. Los somníferos la mantenían dormida casi todo el día y la noche. A ratos despertaba e intentaba liberarse. Le dolían las muñecas y los tobillos, que estaban en carne viva, debido a las rozaduras que le producían las cuerdas que la sujetaban. Quería pedir auxilio, pero no podía gritar, ni siquiera podía hablar, tenía la boca sellada con cinta americana.

No sabía qué le había ocurrido, solo recordaba que alguien la seguía y que unos brazos fuertes la sujetaron, y después nada más. No comprendía por qué estaba en aquel cuarto, no conocía a su raptor, ignoraba el tiempo transcurrido desde su prendimiento. Se preguntaba quién era aquel individuo, al que nunca había visto, y por qué razón la había secuestrado; tampoco sabía si estaba solo o había alguien más ayudándolo.

Él le retiraba la cinta de la boca para que pudiera alimentarse, mientras la amenazaba con una pistola para que no gritara. Entonces ella le preguntaba por qué la retenía, y qué deseaba de ella, pero él no respondía. Se limitaba a ayudarla a comer y beber agua. Después de darle la comida, le limpiaba la boca con una servilleta de papel y volvía a tapársela con cinta de embalar. Ella derramaba lágrimas de rabia, miedo e impotencia. En horas predeterminadas de la mañana, del mediodía y de la noche, la desataba y la acompañaba al cuarto de baño, siempre con la pistola amenazante en la mano derecha. En esos momentos le destapaba la boca para que bebiera agua del lavabo y se la enjuagara.

María aprovechó uno de estos momentos para quejarse. Estaba sentada en la taza del váter y le dijo al hombre:

—Cierra la puerta, por favor. Necesito intimidad. Si estás ahí mirándome no puedo hacerlo.

—No. Tendrás que acostumbrarte a hacerlo con la puerta abierta. Lo único que te concedo es no mirarte.

María sintió un ataque de ira.

Se levantó del váter e intentó golpearlo con el puño cerrado, pero él le cogió el brazo, la redujo y la empujó con fuerza. Ella cayó al suelo, se dio con la cabeza en el bidet, y los ojos se le llenaron de lágrimas de dolor y de furia. Se tocó la cabeza y se miró la mano. No había sangre.

Cuando consiguió tranquilizarse, volvió a sentarse en el inodoro. Entonces él sonrió y cuando María hubo acabado, volvió a sellarle la boca y a atarla a la cama.

«Ante esta reacción de la chica, debo tener cuidado», pensó el secuestrador.

Lo había dispuesto todo a conciencia, hasta el más nimio detalle.

Una baja médica por motivos de salud le permitía vigilar a la joven día y noche.

La tarde en que la secuestró en el campus, poco después de que María se apareara del autobús, mientras se dirigía a la facultad para reunirse con Fernando, la siguió a unos metros de distancia. Ella se percató enseguida de que un desconocido la acosaba, sintió miedo y apresuró el paso intentando librarse de él. La noche se venía encima y el recorrido hasta la cafetería de la facultad estaba bien poco iluminado. Él miró a su izquierda y a su derecha. Se aseguró de que nadie podía verlo. Sacó del bolsillo de la cazadora un frasco pequeño y vertió en un pañuelo blanco de tela unas gotas de cloroformo. Apretó el paso y se aproximó a la chica. Le aplicó el pañuelo a la nariz mientras la sujetaba de la cintura con fuerza. María se resistió con sacudidas violentas de brazos y piernas e intentó pedir auxilio, pero al faltarle el aire tuvo que inspirar profundamente y poco después dejó de revolverse, cayó en un sueño profundo en los brazos del atacante. Este la llevó hasta su coche, que había estacionado cerca de la parada del autobús, y la introdujo en el asiento del copiloto. Miró de nuevo a un lado y a otro. Bloqueó a María con el cinturón de seguridad, la cabeza caída ligeramente hacia la izquierda, ignorante de lo que le estaba ocurriendo.

El secuestrador condujo hasta su casa y aparcó el vehículo lo más cerca que le fue posible del portal del edificio. Esperó con ella dentro del coche hasta que la calle se quedó desierta.

Nadie lo vio a esas horas salir del automóvil con un bulto en brazos, abrir la puerta de entrada del bloque de viviendas, entrar en el vestíbulo y meterse en el ascensor con María, que aún seguía dormida.

Llegó hasta el cuarto piso, abrió y entró en su casa. Depositó a la chica en la cama, ató sus brazos al cabecero y las piernas a las patas del somier con una cuerda de tender, y le tapó la boca con un buen trozo de cinta americana de embalar.

Todo le había salido bien hasta ese momento, tal como lo había urdido.

Ni un solo error, ningún imprevisto.

Se sentía satisfecho, eufórico. Dominaba la situación. Sabía que podía seguir adelante con su plan, pero aún no había llegado el momento de acabar con la chica. Necesitaba disfrutar del dominio que ejercía sobre ella, sentir que la tenía a su merced, que podía disponer de su vida a su antojo.

Quería comprobar una vez más que podía matar cuando él lo deseara. Era una sensación inenarrable. Saboreaba con placer esos momentos de incertidumbre, de inseguridad, de desaliento de su presa.

En suma, percibía el poder inmenso que significaba disponer de la vida de aquella mujer, María, la nueva amante de Fernando Soler.

No lo hacía por dinero. No.

Qué equivocado estaba el inspector Contreras. La venganza era su única motivación, su objetivo desde que Alicia no había comprendido que se querían, que podían haber sido felices juntos, que los dos estaban hechos el uno para el otro y lo había plantado por Fernando Soler.

¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué lo había abandonado? Andrés no conseguía comprenderlo.

Alicia era culpable y había pagado con su vida, y Fernando debía experimentar la misma sensación de vacío que sobreviene a la pérdida de una persona amada, la misma conmoción que lo había sacudido a él, como un fuerte temblor de tierra, cuando Fernando había osado quitarle a su novia.

Capítulo 35. El modus operandi

El asesinato de Alicia Pardo había sido gestado con bastante antelación, con escrupulosidad enfermiza, considerando cada uno de los detalles y los posibles contratiempos que pudieran surgir.

El *modus operandi* fue similar al que posteriormente había usado el homicida para asesinar a Gertrude, aunque entre ambos casos existían algunas variaciones forzadas por un escenario distinto.

Alicia debía morir en su propia casa del paseo del Pintor Rosales. La idea de allanar su hogar lo entusiasmaba, confería al hecho de matar un plus de excitación, de dominio sobre ella, de riesgo.

No se le ocultaba la dificultad que entrañaba la ejecución de un plan como este, era bastante peligroso, y era, además, la primera vez que mataba a una persona.

Había pensado y planificado cómo llevarlo a cabo, y esperó el momento oportuno, que se presentó cuando Fernando Soler asistía al congreso sobre literatura latinoamericana en la Universidad de Salamanca.

Sabía cómo abrir una cerradura, y disponía de una pistola de segunda mano, una Super Star de 9 mm Parabellum, que había conseguido de manera clandestina. Había realizado prácticas de tiro en la sierra madrileña y podía acertar en la diana, sobre todo, si el blanco estaba inmóvil y a poca distancia.

Tiempo atrás se había interesado por una vivienda en alquiler que enseñaba el portero de la finca donde vivía Alicia. Conocía, pues, cada rincón del piso del paseo del Pintor Rosales. Solo necesitaba encontrar a Alicia durmiendo plácidamente en su cama y amortiguar el estruendo del disparo, para no despertar a nadie en la vecindad, interponiendo, entre ella y el arma, un cojín.

Estaba al tanto de que Alicia había llevado a Julián con los abuelos esa tarde y que Mariana no estaba en la casa.

El día anterior había llamado a Alicia por teléfono, disimulando su voz.

Susurrando le había dicho:

—No he podido olvidarte, cariño. Aún te amo.

Alicia se quedó helada al oír aquellas palabras. Sintió que su corazón latía desbocado en su pecho.

—¿Quién eres? Por favor, por favor, dime quién eres —suplicó.

No recibió respuesta.

—No me hagas esto, por favor. Por favor... Deja de molestarme.

Silencio.

Unos segundos después el desconocido colgó.

Alicia relacionó la llamada con las de aquel hombre que, al igual que este, encubría su voz y estuvo acosándola poco después de que naciera Julián.

Pero no puede ser el mismo, se dijo, habían transcurrido muchos años para que aún quisiera molestarla.

Estuvo un buen rato pensando en lo que le había dicho aquel tipo, en quién podría ser y, finalmente, imaginó que sería un perturbado, uno de esos individuos que se dedica a meter miedo a la gente por teléfono, o un bromista de mal gusto o quizás «un sujeto inofensivo que dejará de molestarme cuando se canse. Lo mejor es no hacerle caso».

Estaba asustada, pero tenía que reaccionar y olvidarse del asunto. Si Fernando hubiera estado con ella esa noche se lo habría comentado, pero estaba en Salamanca, asistiendo al congreso de literatura y no quiso molestarlo por teléfono por una tontería así, aun cuando su instinto le pedía que lo hiciera.

«Seguro que Fernando me llamará más tarde para desearme las buenas noches, y entonces puede que se lo cuente», pensó.

La llamada del desconocido no se repitió.

Andrés Castro abrió la puerta de entrada al piso de Alicia con una ganzúa sin ninguna dificultad. Entró, cerró tras él y se dirigió de puntillas a la alcoba de matrimonio usando la luz tenue de una linterna pequeña. Ingresó con sigilo en la habitación, esperando hallar a Alicia dormida en su lecho, pero encontró que este estaba vacío.

No supo qué hacer. Se sintió confundido. El plan no contemplaba esta contingencia. Era un imprevisto.

«Tengo que pensar rápido», se dijo a sí mismo.

El arma estaba lista para disparar, el dedo índice situado en el gatillo ejerciendo una leve presión, pero el objetivo no se encontraba donde tenía que estar.

Volvió a poner el seguro y guardó la pistola.

Se escondió detrás de la cortina del ventanal que daba a la terraza del paseo del Pintor Rosales, se acomodó en el suelo, la espalda apoyada en el cristal de la ventana, las piernas flexionadas. Esperó pacientemente a que ella llegara. De vez en cuando estiraba las piernas para desentumecerlas.

Sabía que Alicia se encontraba en Madrid. Esa misma tarde la había seguido cuando llevaba a su hijo a La Moraleja, y después la había visto entrar en el portal de su casa. Lo que no conocía era que esa noche había salido a cenar, pero, estuviera donde estuviese, tenía la certeza de que volvería a dormir a su casa, en su propia cama.

«Si no viniera, me marcharé y aplazaré lo que debo hacer para otro día. Pero no será necesario, estoy convencido de que vendrá a dormir, y entonces la mataré», se dijo.

Así que esperó como un animal al acecho de su presa.

La espera detrás de la cortina se hizo larga, demasiado larga, pero finalmente Alicia apareció. La oyó abrir la puerta y entrar en la habitación, la vio desnudarse y dirigirse al cuarto de baño.

En ese momento él salió de su guarida, volvió a amartillar la pistola y, empuñándola, esperó a que ella saliera del baño.

«Tranquilízate», se dijo a sí mismo, y notó que el corazón le latía con fuerza en las sienes.

Alicia salió del cuarto de baño y se topó con él de frente. Se asustó al ver el arma y le preguntó quién era, y qué quería.

Andrés le disparó una sola vez sin pronunciar palabra alguna.

La bala salió de la Super Star, penetró por la frente de Alicia y quedó alojada en su cabeza.

Después de efectuar el disparo, quiso asegurarse de que Alicia estaba muerta o herida de muerte. Se aproximó a ella, le tocó el cuello con dos dedos y comprobó que su corazón aún latía, lento, a punto de detenerse.

Se levantó y miró en torno. Sobre una butaca encontró el bolso de la víctima. Sacó el billetero y apprehendió todo el dinero que encontró dentro.

A continuación abrió los cajones de la cómoda y del armario ropero y esparció la ropa y otros objetos por el suelo de la habitación.

Volvió a tomarle el pulso y lo notó muy débil. Apenas pudo percibir los latidos. Esperó unos instantes aún hasta que dejó de sentirlo.

Acto seguido salió del dormitorio, caminó hasta la puerta y abandonó la casa.

Bajó por las escaleras y salió a la calle. Nadie pudo verlo. Caminó deprisa hasta donde había estacionado el coche. Guardó en el maletero el pasamontañas, los guantes y la pistola, y se dirigió a su piso del paseo de Extremadura.

Cuando llegó a su casa envolvió la pistola con el trapo de franela y la guardó en su armario ropero, en el cajón de la ropa interior.

No se arrepintió de lo que había hecho. Antes al contrario, estaba completamente satisfecho.

«Todo me ha salido bien, tal como lo había planeado».

Al día siguiente miró ansioso los periódicos. Hasta la edición de la tarde no se hablaba del asesinato de la pianista Alicia Pardo. La policía no hizo ninguna declaración. El caso estaba bajo secreto de sumario.

Capítulo 36. Gertrude

Con la norteamericana tanto la preparación como la ejecución del plan habían sido más sencillas que en el caso de Alicia.

Andrés estaba obsesionado con Fernando Soler. Habían transcurrido varios años desde que asesinó a Alicia, y la necesidad de matar tornó con una fuerza irreprímible a su mente.

Gertrude no lo había traicionado a él, ella era inocente, pero Fernando debía volver a sentir el mismo dolor por la pérdida de su nueva amante que sintió él cuando le arrebató a Alicia.

El plan que había urdido fue tan minucioso como había sido el anterior. Todo debía cuadrar, funcionar igual que la maquinaria de un reloj. Había considerado todas las circunstancias posibles, al menos, todas las que se le ocurrieron en el momento de prepararlo.

Gertrude tenía la sensación de que la vigilaban. A veces sospechaba que alguien la seguía, volvía la cabeza buscando a su perseguidor, pero no lo encontraba.

Sin embargo, no era una sospecha, sino una realidad: alguien la vigilaba muy de cerca.

Andrés consiguió todo lo que necesitaba saber de su nueva víctima. Quién era, qué estudiaba en la universidad, cuál era su nacionalidad; conocía sus costumbres, su rutina diaria, los lugares que frecuentaba, cómo se ganaba la vida.

Y empezó a planearlo todo como había hecho la primera vez antes de matar a Alicia.

Cuando consideró que el plan estaba listo, llamó a casa de Fernando Soler.

—¿Sí? —contestó Mariana—. ¡Dígame!

—Deseo hablar con Gertrude Hoffmann.

—No está en casa. Aún no ha llegado. ¿Quién la llama?

Si esto ocurría, sabía qué decir.

—No se preocupe. Yo la volveré a llamar.

Mariana se encogió de hombros y colgó.

Unos días después Andrés consiguió contactar por teléfono con Gertrude.

—¿Díga?

—Hola. Mi nombre es Andrés. Te llamo porque me gustaría aprender inglés.

—¿Por qué me llamas a mí? ¿Quién te ha dado mi número de teléfono?

—Un amigo al que le diste clases. Me ha dicho que eres una buena profesora y yo necesito aprender inglés.

—Muchas gracias. En principio estaría de acuerdo en darte clases, pero tengo que mirar mi agenda y hacerte una evaluación para conocer qué nivel tienes.

—¿Por qué no nos vemos y concretamos?

—Okey.

Después de reunirse en una cafetería del centro, Andrés consiguió que Gertrude aceptara darle clases de inglés en su propia casa del paseo de Extremadura.

Ella iba dos tardes por semana.

Con el paso de los meses, entre ambos surgió una indudable empatía, no una atracción física, sino solo mental, espiritual —algo similar a la que se estableció un siglo atrás entre Chaikovski y Nadezhda von Meck, salvando las distancias y con la diferencia de que Andrés y Gertrude sí se conocían en persona, se veían dos veces por semana—.

Cuando ella llegaba al piso de Andrés por la tarde, este preparaba el té y, antes de empezar la lección de inglés, hablaban un rato de sus actividades cotidianas, de sus aficiones, de las discusiones que ella mantenía con Fernando Soler —provocadas por los celos irracionales que este sufría, y por su talento controlador—, y sobre la música, muy distinta, que les gustaba oír a cada uno.

Le contaba que Fernando era incapaz de comprender que ella necesitaba su propio espacio personal, le gustaba salir por la noche a divertirse con sus amigos, disponer de un poco de libertad. Andrés la escuchaba pacientemente, asintiendo y dándole la razón en todo, de manera sensata y razonada. Ella se lo agradecía y se sentía mucho mejor después de confesarle los conflictos que afluían, cada vez con más frecuencia, entre ella y su amante.

Una de aquellas tardes Gertrude había acudido a su cita en el piso del paseo de Extremadura sin ganas de impartir la clase, estaba muy enojada con Fernando, abatida, dispuesta a abandonarlo. Le contó a Andrés la fuerte discusión que había mantenido con él. Ella se había marchado de su casa con una mochila, dando un portazo, y deseando no volver a verlo, hasta olvidar la disputa. Luego, quizás, regresaría, harían las paces, como había ocurrido en otras ocasiones, y todo seguiría igual que antes.

Andrés le ofreció que se quedara a dormir en el cuarto de invitados todo el tiempo que necesitara, y ella aceptó instalarse esa noche con la idea de que al día siguiente, probablemente, regresaría al piso del paseo del Pintor Rosales.

Andrés preparó una cena ligera y se retiraron temprano, cada uno a su habitación.

A la mañana siguiente se levantó antes que Andrés y preparó el café; luego se dirigió al cuarto de baño. Se desnudó, llenó la bañera de agua templada hasta los tres cuartos de capacidad y se metió dentro.

Gertrude estaba enjabonándose cuando apareció Andrés empuñando el arma.

Al ver la pistola puso cara de extrañeza, los ojos bien abiertos, y exclamó:

—*Oh, my God!* ¡¿Qué haces?!

Fueron las últimas palabras que pudo pronunciar.

Andrés le disparó un tiro en la frente.

A continuación lavó el cuerpo de Gertrude con la manguera de la ducha y lo dejó en la tina. Después limpió a conciencia los azulejos y el suelo del cuarto de baño.

Se afeitó y se lavó con jabón. Se dirigió a su alcoba y se cambió de ropa. Metió el pijama y la ropa interior en la lavadora y apretó el botón de encendido. Permaneció de pie observando el giro del tambor y el movimiento de las prendas hasta que la máquina terminó y se paró; después sacó la ropa para tenderla.

Terminó de desayunar y se marchó al trabajo. Llegó puntual como siempre.

Esa noche envolvió el cuerpo de Gertrude con la cortina de plástico del baño y la ató con una cuerda de tender. Esperó sentado en el salón, viendo una película en la televisión, hasta pasadas las dos de la madrugada. Después cargó el bulto en hombros, salió de su casa y entró en el ascensor, apretó el botón de la planta baja. Dejó el cuerpo en el hueco de la escalera y salió a la calle para acercar su coche hasta el portal del edificio. Cargó el cadáver en el maletero y condujo hasta la orilla del río Manzanares.

Se detuvo en el arcén de la autovía M-30, arrastró el paquete, desató la cuerda y arrojó el cuerpo al río. Dobló la cortina y la guardó en el maletero junto con el cordel y los guantes.

Al llegar a su casa, lavó la cortina de plástico en la bañera, le puso los enganches y la volvió a colgar en la barra. Se desnudó, se metió en la bañera y se duchó frotándose las uñas con un cepillo, los brazos y todo el cuerpo con esponja y jabón.

Cuando hubo terminado, se puso el albornoz y metió toda la ropa que había llevado puesta en la lavadora. Luego se enfundó el pijama y se acostó.

Apagó la luz y estuvo oyendo la radio un buen rato.

Durmió igual que un niño.

Capítulo 37. La habitación de invitados

Dos días después de realizar la primera llamada telefónica al inspector Contreras, Andrés aún tenía a María atada a la cama, amordazada y dormida, en la habitación de invitados del piso del paseo de Extremadura.

Se acercaba el final.

Había llegado el momento de completar su siniestro plan.

Se dirigió hacia el armario ropero donde guardaba el arma y la sacó. No la había usado desde que le disparó un tiro a Gertrude.

Retiró el paño con que la envolvía y la desarmó parcialmente para limpiarla y lubricarla. Primero se aseguró de que estaba descargada, extrayendo el cargador y verificando que en la recámara no quedaba ningún cartucho; en segundo lugar introdujo un cepillo de nailon, mojado en nitro solvente, por el ánima; después pasó un cepillo de dientes pequeño por los bordes del cañón y la corredera; por último la lubricó con aceite de armas de fuego y, una vez montada, le pasó el trapo de franela para limpiarla por fuera. Parecía nueva. Estaba reluciente y lista para usar.

Después de dejarla sobre la mesa del comedor, cubierta con el mismo trapo, y pensar con detenimiento si debía hacerlo ya, descolgó el teléfono, tapó el micrófono con un pañuelo de tela y marcó el número del inspector Contreras.

—¿Sí?

—¿Es usted el inspector Jesús Contreras?

—Sí, soy Contreras, pero mi nombre no es Jesús.

—Perdone, un lapsus puede tenerlo cualquiera. ¿Es usted Javier Contreras o no?

El inspector recordó que muy poca gente lo había llamado Jesús en alguna ocasión, pero no consiguió localizar en su memoria quién lo había hecho ni cuándo.

—Sí, yo soy. ¿Y usted quién es?

—Todavía no has encontrado a María —dijo Andrés tuteándolo—. Sois bastante inútiles, ¿no crees?

De súbito Contreras recordó, y se dio cuenta de quién le estaba hablando.

—¿Eres tú?

—Sí, el mismo que te llamó hace un par de días. Tiempo suficiente para haber podido dar con el paradero de María.

—¿Está viva?

—Sí, aún está viva, pero no será por mucho tiempo.

—Dime dónde la tienes.

—Debes averiguarlo tú. Si te das prisa aún la encontrarás con vida.

—¿Quieres dinero?

—No. No necesito dinero. Solo quiero que sepas que ha llegado su hora.

—No la mates. Piensa que si lo haces acabaré dando contigo y pasarás el resto de tus días encerrado en la cárcel. No sé si has estado alguna vez en una prisión, te aseguro que no es un hotel de cinco estrellas, hay gente mala en un lugar así.

—No me importa. Yo ya he ejecutado mi plan. Bueno... todavía no, pero estoy a punto de terminarlo.

—Si no quieres dinero, ¿qué quieres?

—Nada.

—¿Por qué lo haces?

—Porque lo necesito, es un impulso que ya no consigo controlar. Y porque puedo y quiero hacerlo. Me costó la primera vez, pero ahora ya no. Ahora es muy fácil.

Contreras estaba convencido de que Andrés Castro era su hombre, el asesino que habían estado buscando durante tanto tiempo.

Intentó hacerlo confesar.

—Así que tú mataste a Alicia Pardo, ¿no es así?

Andrés guardó silencio y Contreras insistió.

—Di, ¿por qué la mataste?

No hubo respuesta.

—¿Y a Gertrude, también la mataste a ella?

Tampoco hubo respuesta esta vez.

El inspector sacó un cigarrillo de la cajetilla que tenía sobre la mesa y lo encendió con la mano libre, que le temblaba ligeramente, antes de decir:

—¿Por qué quieres matarla? Déjala libre.

—Necesito volver a experimentar esa sensación inigualable de poder. Tengo que hacerlo.

—Sí, te entiendo. En este mundo hay gente capaz de todo, ¿no es así?

—Es la pura verdad.

—Tú eres uno de esos tipos. Un chiflado capaz de matar a gente inocente por puro placer. Dime, ¿no es así?

Andrés permaneció en silencio. No esperaba ese golpe bajo.

«Yo no soy ningún chiflado», se dijo a sí mismo.

De repente Andrés se acordó de su madre. Se vio llorando y sintió cuánto le dolían las manos cuando le daba con la regla porque se había equivocado en una nota, y la visualizó gritándole: «Torpe, no vales para nada».

Se preguntó por qué. ¿Por qué su madre no lo había querido?

Esas imágenes las recordaba vivamente, las había reconstruido tantas veces en su memoria que no podía olvidarlas. Era como si estuvieran ocurriendo en ese preciso instante.

Colgó el teléfono y comenzó a llorar en silencio, tapándose la cara con las dos manos.

Contreras miró a Moreno y le dijo que sabía quién tenía a María.

—Ven, vamos a ver al jefe.

Ambos se levantaron y se dirigieron hacia la mesa de Ferrer.

Contreras le dijo:

—Hemos de darnos prisa. María aún está viva y sé quién la retiene. Ignoro si la tendrá en su casa, pero es muy probable que sí. Moreno y yo nos largamos echando leches al paseo de Extremadura. Vamos a detenerlo como presunto culpable de secuestro y asesinato.

—¿Asesinato?

—Sí. Es la misma persona que mató a su primera novia, Alicia Pardo, y más tarde a Gertrude Hoffmann.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy. Necesitamos el apoyo de un dispositivo policial y una orden de detención urgente. Espero llegar a tiempo de encontrarla aún con vida.

Capítulo 38. Un final inesperado

Los dos inspectores salieron de las dependencias de la Brigada y subieron en un coche policial sin distintivos. Moreno se sentó al volante, como de costumbre, y Contreras a su lado. Colocó en el techo la sirena azul y recorrieron el camino a toda velocidad, saltándose semáforos en rojo, sorteando el denso tráfico que había en ese momento en la capital, hasta llegar al edificio del paseo de Extremadura donde vivía Andrés Castro.

Dejaron el vehículo en doble fila. La puerta de entrada al bloque estaba abierta. En el ascensor vieron el cartel de averiado, como la primera vez que Contreras estuvo allí. Este soltó un repertorio de tacos antes de comenzar a subir las escaleras con su compañero a toda prisa. Se ahogaba y tuvo que detenerse unos instantes para tomar aliento.

Moreno continuó hasta el cuarto piso. Pulsó el timbre, pero no recibió respuesta. Volvió a llamar y gritó: «¡Policía. Abran la puerta o la echamos abajo!».

Esperó unos instantes y al cabo disparó a la cerradura con su arma reglamentaria; luego abrió la puerta de una patada.

Al otro lado se encontraba Andrés, de pie, con la pistola en la mano derecha, el brazo caído a lo largo de su cuerpo.

—Sabía que vendrías. No habéis tardado mucho.

Moreno al ver la pistola en la mano de Andrés Castro, le espetó:

—No hagas ninguna tontería. Deja el arma en el suelo, despacio, y levanta los brazos sin hacer ningún movimiento brusco.

El inspector Moreno apuntaba a Andrés con su arma y este le apuntaba al inspector con su pistola.

—¿Dónde está el inspector Contreras? —preguntó Andrés.

En ese momento entró Contreras inspirando profundamente para normalizar la respiración.

—¡Hombre, inspector!, has sabido que era yo. Eres un tío brillante —dijo Andrés riendo como un loco—. ¡Mi enhorabuena!

Contreras observó a su compañero y meneó la cabeza, dándose cuenta del peligro que corrían, y dispuesto a disparar si Andrés hacía algún movimiento sospechoso.

—¿Estás bien, David?

—Sí, tranquilo, estoy bien —dijo Moreno sin dejar de mirar a Andrés.

—Deja el arma en el suelo —repitió Moreno dirigiéndose a Andrés Castro.

—¿Qué quieres demostrar? ¿Acaso buscas notoriedad? Deja el arma como te ha dicho el inspector Moreno —insistió Contreras, apuntando también con su arma a Andrés.

—No quiero demostrar nada.

—¿Entonces por qué lo has hecho?

—Lo he hecho porque podía hacerlo y porque lo necesitaba.

—Tú mataste a Alicia, ¿por qué?

—Nos queríamos y me dejó plantado. Nunca debió hacerlo. Podíamos haber sido muy felices juntos.

—Pero, ese no es un motivo suficiente para matar, ¿no crees?

—Para mí sí lo fue. Ella me obligó a hacerlo.

—¿Y a Gertrude? Gertrude no te dejó, ¿por qué la mataste a ella también?

—No, ella no me dejó, pero Fernando Soler tenía que pagar de nuevo.

—¿Qué tenía que pagar Fernando Soler? ¿Qué te hizo él?

—Me quitó a Alicia.

—¿Y María dónde está?

Andrés no respondió.

Mientras apuntaba con la pistola a Contreras se sintió abrumado por los recuerdos del pasado. Visualizó de nuevo a su madre con la cara desfigurada por la ira y el alcohol blandiendo la regla y diciéndole:

«No vales para nada. Eres un niño torpe». «Un niño muy torpe».

Acercó el cañón de la pistola a su sien y comenzó a reír.

Era una risa aterradora.

—¿Qué vas a hacer? No. No lo hagas —le ordenó Contreras.

Andrés apretó el gatillo. Cayó inconsciente al suelo como un bulto pesado.

Moreno se acercó a él y le tomó el pulso en el cuello. Comprobó que había muerto.

A continuación buscaron a María. La encontraron desnuda en la bañera. Estaba aturdida, pero no había ningún signo de violencia en su cuerpo.

Poco después llegaron dos coches de la Policía Nacional y una ambulancia. El equipo médico reanimó y examinó a María, que estaba bien, pero, considerando lo que le había ocurrido, decidieron que era necesario trasladarla al Hospital 12 de Octubre.

La ingresaron y la mantuvieron en observación durante cuarenta y ocho horas.

La prensa y la televisión hicieron guardia en la puerta del hospital, esperando poder entrevistarla, a ella o a cualquier familiar o amigo que quisiera informar.

Fernando, Julián, Sofía, el Rubio, sus compañeras de piso, sus familiares fueron a verla mientras estuvo ingresada en el hospital.

Ella les contó someramente todo lo que le había ocurrido.

—He pasado mucho miedo. Creía que me iba a matar. Ese tío estaba loco.

Volvió con sus padres a su pueblo y unos días después regresó a Madrid, al piso de la calle Guzmán el Bueno que compartía con sus dos amigas. Deseaba volver a asistir a sus clases en la universidad tan pronto como se considerara preparada para hacerlo.

Durante ese tiempo reflexionó sobre la relación que mantenía con Fernando Soler. Llegó a la conclusión de que sentía por él una suerte de admiración, pero no amor como había creído cuando estuvo saliendo con él.

Se arrepintió de haber dejado al Rubio, pero pensó que era tarde para recuperarlo.

Echaba de menos las reuniones con sus amigos, las charlas sobre literatura y las cañas que tomaban juntos en el bar de la esquina con Ferraz.

Julián había intentado en numerosas ocasiones hablar con María, pero ella no había querido atender el teléfono. Había pedido a sus compañeras de piso que dijeran que no estaba en casa si alguien preguntaba por ella. Era todavía pronto para regresar a la normalidad, tenía que olvidarse de todo lo que le había acaecido en aquel apartamento del paseo de Extremadura y que aún recordaba con inquietud.

Unos meses después Julián consiguió que contestara a su llamada telefónica, y ella se alegró de oír su voz. No se habían visto en todo ese tiempo, solo una vez cuando él la visitó en el hospital.

—¿Cómo estás? —le preguntó Julián.

—Estoy bien. Gracias por llamarme.

—Te hemos echado de menos y hemos estado llamándote todos.

—Lo sé, y os doy las gracias. Te pido disculpas por no devolveros las llamadas.

—No necesitas disculparte. Oye, hemos quedado en el bar de la esquina con Ferraz. ¿Por qué no vienes?

—¿Quiénes habéis quedado?

—Nosotros. Sofía y yo..., y el Rubio.

María se conmovió al oír el apodo de su exnovio.

—¿Cómo está tu padre?

—Bastante bien. La verdad es que hablamos poco últimamente, pasa todo su tiempo libre escribiendo en su estudio.

—¿Una nueva novela?

—Sí.

—¿A qué hora habéis quedado en el bar?

—Esta tarde a las ocho.

—Está bien. No sé si podré ir.

—Anda, anímate. Te esperamos.

María acudió al bar de la esquina con Ferraz y se le soltaron las lágrimas cuando abrazó a sus amigos. Los cuatro se sentaron a una mesa y pidieron unas cañas.

Les contó con todo detalle la horrible pesadilla que había vivido en aquella modesta habitación del paseo de Extremadura, y cuánto temió por su vida. Todavía tenía miedo de andar sola por la calle. Pero estaba dispuesta a retomar su vida. Había decidido acudir a las clases de la facultad y volver a escribir.

—Esta vez será una historia real, la de mi secuestro —les dijo.

—Me alegra mucho, es un buen tema —dijo Sofía.

—¿Vas a volver con mi padre? —le preguntó Julián.

El Rubio dirigió su mirada hacia María, esperando su respuesta.

—No ha dejado de llamarme desde que me visitó en el hospital, pero no estoy preparada para eso —dijo mirando también al Rubio.

Este se encontró con los ojos de su exnovia, no apartó la mirada, pero no dijo nada.

Tomaron unas cervezas más y pidieron varias raciones para picar.

Después de cenar se despidieron y quedaron en llamarse pronto.

Epílogo

El informe de balística dio por seguro que la pistola con la que se suicidó Andrés Castro era la misma que había disparado las balas que mataron a Alicia Pardo y a Gertrude Hoffmann.

La tía de Andrés se hizo cargo de los restos mortales de su sobrino, que fue incinerado. Teresa Feijóo asistió con su esposo al sepelio. Estuvieron presentes también algunos compañeros del colegio donde trabajaba Andrés.

Unos años después del rescate de María, Sofía y Julián se casaron. Tuvieron un hijo que heredó el pelo color zanahoria de su madre y las facciones de su padre. Era un niño muy despierto que creció sano y solamente tenía cinco dedos en cada mano. Su padre le enseñó las notas musicales en el piano Steinway de su abuela Alicia y las aprendió rápido. Le pusieron de nombre Emilio, como el abuelo.

María no abandonó su afición por la escritura. Escribió una obra basada en un hecho real que había vivido ella misma: un asesino en serie que mataba por venganza y estuvo a punto de acabar con ella. Una editorial se interesó por la novela y la publicó. Se vendieron más de cinco mil ejemplares. Finalmente se casó con el Rubio y tuvieron dos hijos.

El abuelo Emilio murió con ochenta y cinco años. A su entierro asistieron numerosas personalidades del mundo de la música, tanto de España como de otros países. El ministerio de Educación, Cultura y Deportes le concedió a título póstumo la Medalla de Oro al mérito en las Bellas Artes.

Eva y la filipina continúan viviendo en la casa de La Moraleja. Julián y Sofía suelen ir con Emilio a comer con ellas los domingos, y en verano van a darse un chapuzón en la piscina. Eva le canta a su nieto con una voz queda pero increíble para su edad.

Fernando Soler sigue escribiendo a todas horas y publicando con éxito sus novelas. No volvió a casarse. Un día Julián le confesó que había dudado de él, había pensado que fue él quien mató a Alicia y a Gertrude. Le contó que había buscado la pistola por toda la casa. Se dieron un fuerte abrazo. Una vez por semana se reúnen en el piso del paseo del Pintor Rosales para charlar y tomar café o almorzar juntos.

Mariana continúa viviendo con Fernando Soler y quiere a Emilio, el hijo de Sofía y Julián, como si fuera su propio nieto. A veces hace de canguro para que sus padres puedan salir al cine y a cenar.

El inspector Contreras continúa investigando nuevos casos de homicidio en el ámbito nacional, dentro de la nueva organización de la Policía Judicial. Todavía se

pregunta por qué Andrés Castro lo llamó a él y por qué quería que encontrara a María.

Moreno pidió el traslado a la comisaría de una ciudad tranquila de provincias.

Mercedes, la abuela paterna de Julián, vive en una residencia atendida de ancianos. Fernando la visita un día a la semana. Alberto va a verla cuando viaja a Madrid. Julián a veces acompaña a su padre a la residencia de la abuela.

Agradecimientos

A mi familia por su apoyo y comprensión, en especial, a mi esposa, siempre mi primera lectora, por sus importantes sugerencias.

A la escritora Mayte Uceda por la revisión de este libro, por sus buenos consejos y por su inestimable apoyo.

A mi hermana Virtudes Navarro, profesora de piano, por la lectura del borrador y sus comentarios.

A la escritora Mercedes Gallego Moro cuya novela *La trampa*, de la serie policíaca Candela Luque, me ha servido como referente para entender mejor la organización policial de los años ochenta, posteriores a la Transición Española.

A un buen amigo, exinspector de policía, por sus explicaciones relativas al funcionamiento de la policía de finales del siglo pasado.

Al blog *Noble y Real* por el artículo «Una musa para Tchaikovsky: la condesa von Meck», publicado por Princeps Fidelísimus que, junto con el artículo «The patroness who made Tchaikovsky» de Anthony Tommasini, publicado en 1998 en *The New York Times*, me han permitido redactar el manuscrito de Nadezhda que aparece en el capítulo 17 de esta novela.

A todos aquellos que han leído mis libros y han contribuido a mejorarlos con sus comentarios y recomendaciones. A ellos les debo el seguir escribiendo.

A todos mis amigos de las redes sociales por su continuo y generoso apoyo.

A mis amigos senderistas que no han dejado de leerme nunca.

Muchas gracias.

El autor

Sobre el autor

Manuel Navarro Seva (Boris Rudeiko) nació en Callosa de Segura (Alicante, España), en 1947. Es ingeniero de Telecomunicaciones y escritor. Ha publicado cuentos en los foros literarios *Ventanianos*, *Bibliotecas Virtuales* y *Prosófagos*; en las revistas *Panace@*, *Prosofagia* y en su propio blog. Es coautor de los libros de cuentos *Atmósferas*, *Necroslogía*, *una Antología de la muerte*, *Del Miedo y otras islas* y *Algo que me urge contarte*; autor de los libros de cuentos *Cosas que nunca confesé a nadie*, *Sobre la sangre derramada*, *Otras cosas que no te conté*, *El hámster*, *El final de algo* y *La estación*; y de las novelas *Nevsky prospekt*, *Diario de un expatriado*, *Una mujer increíble*, *Isla Perdida* y *Desaparecida*.

Todos sus libros están publicados en Amazon.

Ha sido cofundador y miembro del equipo de redacción de la revista literaria *Prosofagia*, y colaborador de las revistas *A golpe de tecla* y *Making Of Ezine*.

Blog: <http://manuelnavarroseva.blogspot.com/>

Email: mdnseva@hotmail.com

Twitter: @ManuelNavarroSe

Facebook: Manuel Navarro



En la Feria Internacional del Libro de Miami, con motivo de la presentación de mi libro *El hámster*.

Noviembre de 2014

Índice

[Introducción](#)

[Personajes por orden de aparición](#)

[Capítulo 1. Seis dedos](#)

[Capítulo 2. Una llamada telefónica anónima](#)

[Capítulo 3. Don Gonzalo](#)

[Capítulo 4. Un hecho inesperado](#)

[Capítulo 5. El cuerpo tendido en el suelo](#)

[Capítulo 6. Mariana](#)

[Capítulo 7. Bala de nueve mm](#)

[Capítulo 8. Steiner](#)

[Capítulo 9. Una niña superdotada](#)

[Capítulo 10. Compañeros del conservatorio](#)

[Capítulo 11. Un hombre tranquilo](#)

[Capítulo 12. La Extranjera](#)

[Capítulo 13. Un viaje por la Toscana](#)

[Capítulo 14. Compartir los secretos](#)

[Capítulo 15. Solo fue un error](#)

[Capítulo 16. La joven pelirroja](#)

[Capítulo 17. El manuscrito de Nadezhda](#)

[Capítulo 18. Una pareja distinguida](#)

[Capítulo 19. Una foto reveladora](#)

[Capítulo 20. Una doble vida](#)

[Capítulo 21. La dedicatoria](#)

[Capítulo 22. Schubert y Rachmaninov](#)

[Capítulo 23. Un cadáver en el río](#)

[Capítulo 24. La autopsia](#)

[Capítulo 25. El interrogatorio](#)

[Capítulo 26. Algunas coincidencias](#)

[Capítulo 27. El arma](#)

[Capítulo 28. La agenda](#)

[Capítulo 29. Dos listas](#)

[Capítulo 30. María](#)

[Capítulo 31. Muerte en Madrid](#)

[Capítulo 32. La desaparición](#)

[Capítulo 33. El portafolio](#)

[Capítulo 34. El secuestro](#)

[Capítulo 35. El modus operandi](#)

[Capítulo 36. Gertrude](#)

[Capítulo 37. La habitación de invitados](#)

[Capítulo 38. Un final inesperado](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)

[Índice](#)

Estimado lector:

Si te gustó esta obra, por favor, recomiéndala y deja un comentario en Amazon o una reseña en tu web o blog. Otros lectores te lo agradecerán.

Muchas gracias,

Manuel Navarro Seva.

<https://www.facebook.com/manuel.navarro>

<https://twitter.com/ManuelNavarroSe>